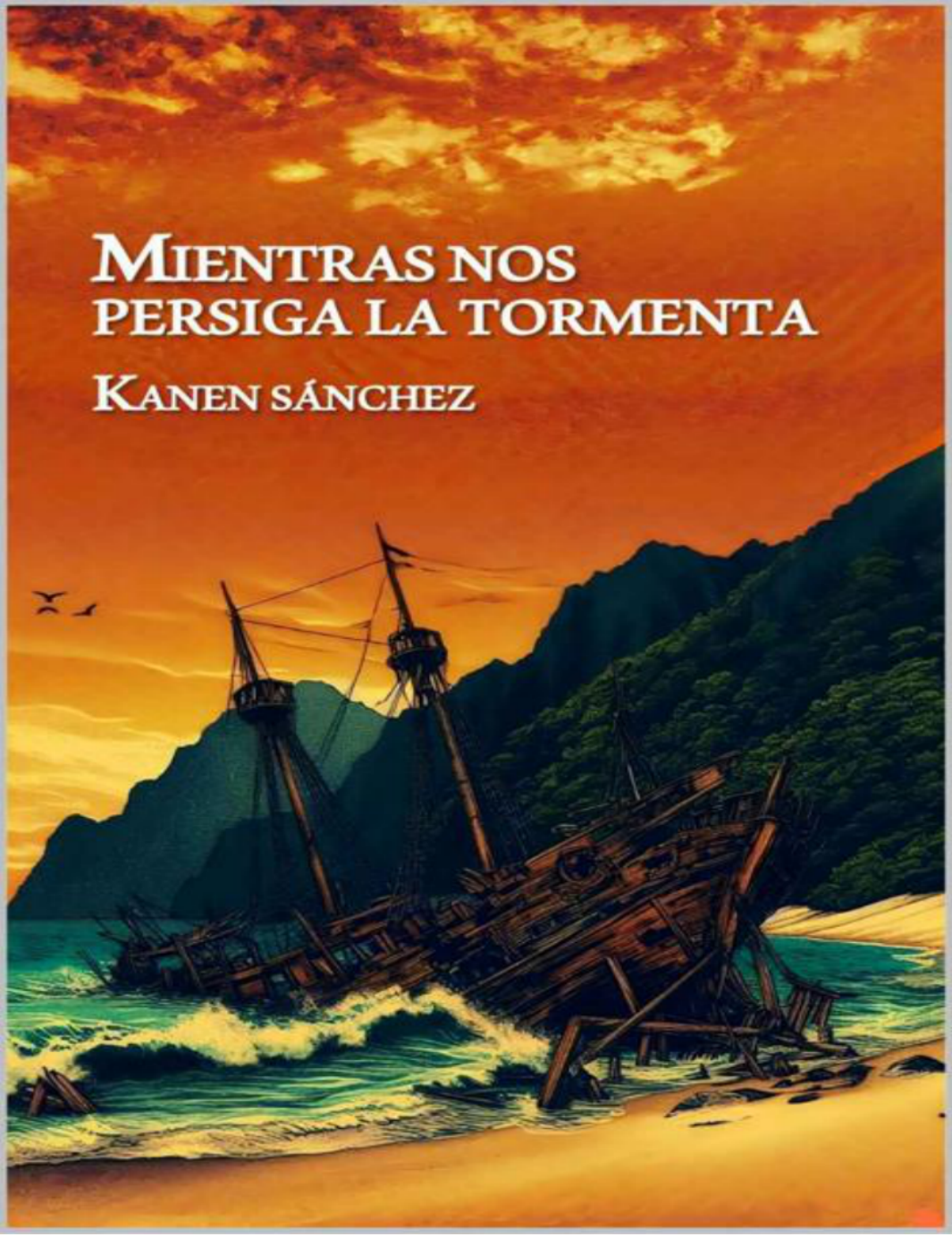
Mientras nos persiga la tormenta

Kanen Sánchez



Queda prohibida, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de la autora.

Los personajes, situaciones y hechos aparecidos en esta obra son ficticios y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

A todas las personas que habéis cosido mis alas rotas para volver a volar.

Capítulo 1

A decir verdad, no tengo muy claro de cuál fue el momento en que la goleta zozobró y nos fuimos a pique. Aquellas olas inmensas amenazaban la estabilidad del barco y por el nerviosismo del capitán sabíamos que sería un milagro si salíamos bien librados de la terrible tormenta.

Estaba muerta de miedo y en el interior del camarote todo volaba por los aires, produciendo un ruido ensordecedor que ponía los pelos de punta. Yo me mantenía atada al soporte del toallero tal y como nos había ordenado el capitán. Todo el mundo tenía prohibido salir del camarote hasta nueva orden, y debíamos permanecer sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared y atados, para evitar lesiones.

No recuerdo cuanto tiempo permanecimos en esas condiciones, hasta que me vi sumergida por un torrente de agua que entraba a borbotones por la puerta del camarote, inundándolo en cuestión de minutos. Por supuesto, el pánico se hizo presa de mí e intenté por todos los medios salir de aquella situación desesperada. Hay veces en que no tienes ni idea de cómo haces las cosas, lo cierto es que en cuestión de poquísimos minutos me hallaba zarandeada por enormes olas que dirigían mi cuerpo a su voluntad. La oscuridad me tragaba como a una mota en medio de la nada y dejé de luchar contra la inmensidad de aquel mar embravecido.

El salvavidas me mantuvo a flote y a merced de las corrientes marinas durante horas, creo que hubo instantes en que perdí la noción del tiempo y el espacio y me convertí en una muñeca de trapo inanimada. No puedo hacer un cálculo de las horas que me mantuve a la deriva, aunque sí puedo asegurar que aquella fue la noche más larga de mi vida. Hubo momentos en que pensé sin remedio en la muerte. Me convencí en que moriría ahogada y que quizás jamás encontrarían mi cuerpo. Pensé en mis padres, mis amigos y todo lo que dejaba atrás. No era posible que estuviera sucediendo aquello, no era posible que hubiera emprendido aquel viaje para hallar la muerte tan lejos de casa. Era inverosímil pensar que la ilusión de media vida se hubiera convertido en la pesadilla de una noche terrorífica.

Mi trabajo como botánica me había llevado a conocer diversos lugares del mundo y en esta ocasión me hallaba estudiando la flora del clima tropical monzónico. Para ello tuve que viajar hasta el sur de Tailandia y estaba haciendo un recorrido por las islas del mar de Andamán. Mis estudios hasta el momento no habían revelado nada nuevo, sin

embargo, estaba encantada de haber podido ver la exuberante y exótica vegetación de islas tan fascinantes como las Phi Phi o Koh tao. Llevábamos seis días de viaje y todo el mundo en la goleta era miembro de alguna universidad científica. Teníamos permisos especiales que fueron tramitados por nuestras respectivas embajadas y lo cierto es que cada cual trabajaba a su rollo y había buen ambiente entre nosotros. Estábamos en la estación seca y por ese motivo a todos nos sorprendió que el mal tiempo se adelantara con aquella violencia. Nadie imaginó el naufragio hasta que la goleta se partió en dos y fuimos literalmente engullidos y arrastrados mar adentro. Recuerdo que después de permanecer durante horas en el agua acabé arrojada como un fardo a la costa. La turbulencia y fuerza del mar me dio una soberana paliza en los momentos previos a alcanzar la orilla y salí reptando del agua sin la vitalidad o energía para poder ponerme en pie. Me arrastré unos metros por la fina y blanca arena hasta que agotada me desvanecí o dormí no lo podría precisar, solo sé que cuando desperté el sol había hecho estragos en mí y vomité todo el mar que me había tragado. Sin fuerzas para ponerme aún en pie gateé hasta la sombra de las palmeras y allí me quedé medio muerta hasta el día siguiente.

Al abrir los ojos no sabía donde estaba. De pronto pensé que había tenido la pesadilla más horrible de mi vida hasta que me incorporé y vi la calma del mar, la soledad, el silencio. Era imposible que aquello hubiera sucedido en verdad y por más que intentaba recordar no pude dilucidar durante bastante tiempo qué estaba haciendo allí, en aquel estado y sin nadie más a la vista. Me levanté y miré a mi alrededor, estaba en una de esas playas paradisíacas y a la que todos alguna vez en la vida hemos soñado con visitar. El mar era de un verde turquesa que quitaba el aliento y solo el sonido de aves sobrevolando aquel entorno mágico me llegaba a los oídos. A mi alrededor pude contemplar formaciones rocosas de piedra caliza tan enormes que habría sido imposible escalarlas y sobre sus cumbres como pelucas verdes las adornaba una densa vegetación.

La playa tenía cientos de conchas y podía distinguir claramente como los cangrejos se paseaban a sus anchas por la orilla despreocupados de las aves acuáticas y de mí misma. Avancé unos pasos y a medida que iba caminando las imágenes del naufragio me asaltaron como flases fotográficos. Tuve que detenerme y recapacitar sobre lo ocurrido y como fui a parar allí. Al principio me costó restaurar las imágenes a los momentos previos al naufragio, pero después todo comenzó a tomar forma en mi cabeza y acabé preguntándome qué había sido de la gente que me acompañaba en la goleta y la suerte que habrían corrido todos ellos, y no tardé en descubrir y comprender que para algunas de aquellas personas su viaje había terminado allí,

trágicamente. Vi los cuerpos a varios metros de la orilla y mi primer impulso fue lanzarme al agua y comprobar si seguían con vida. Eran dos hombres de la tripulación de unos cincuenta y treinta años aproximadamente y al acercarme hasta ellos mis dudas sobre su estado quedaron reemplazadas por el horror al ver sus velados ojos. Tardé un tiempo en recuperarme de la impresión y lloré como creo que no lo había hecho en toda mi vida. Y es que nunca he llevado bien mirar a la muerte de cara, ni el sufrimiento humano o de cualquier ser. Lo cierto, es que estaba acostumbrada a envolverme en mi mundo y descubrir el lado amable y hermoso de la naturaleza, no su despiadada violencia. Entendí entonces que quizás era la única superviviente y que posiblemente el mar me devolvería más cadáveres. Asimilar eso me mantuvo mirando hacia el mar durante horas hasta que al final comprendí que allí lo único que prevalecía era mi propia supervivencia y conseguir salir adelante a como diera lugar. Entonces me puse a trabajar.

Observé que los cocoteros abundaban y mi sed ya no me daba más tregua. Conseguir agua de coco fue fácil y aunque sabía que los cocos verdes y jóvenes eran más nutritivos tuve que conformarme con los que encontré por el suelo a tenor de la altura de los grandes cocoteros. Saciada mi sed busqué un lugar apartado de donde tenía pensado asentar mi campamento y llevé allí a mis compañeros de viaje. Tuve que ingeniármelas para conseguir algo con lo que cavar y acabé haciendo dos fosas de un metro de profundidad donde enterré a los dos hombres. Ni siquiera supe decirles unas palabras. Tardé horas en volver al lugar elegido para hacer un refugio donde desde luego no pensaba quedarme mucho tiempo. Estaba convencida de que por allí pasaban barcos de recreo llenos de turistas y pronto vendrían a rescatarme. Ese fue el motivo por el que no me esmeré demasiado en hacer mi refugio y acabé construyendo algo pequeño con cañas de bambú, entrelazadas con tiras de corteza de hibisco que resultaban muy prácticas por su resistencia y tesitura. La de veces que me congracié conmigo misma por haber conservado mi cuchillo de supervivencia porque desde luego me facilitó la labor en gran medida.

Tenía muchas cosas por hacer y aunque tenía todo el tiempo del mundo, en aquellos instantes mi prioridad era hacer algún tipo de señal que indicara mi posición desde el aire o el mar. Entonces conservaba la esperanza de que aquella situación no se dilatara en el tiempo y pronto acabase alojada en uno de los fabulosos hoteles de Pukhet. Comprendí que tenía un hambre canina y al evocar Pukhet no había hecho más que recordar el arroz hervido o la sopa de coco que estarían disfrutando cientos de personas en la isla, y yo rodeada de cocos, eso sí, pero con unas ganas locas de llevarme algo decente a la boca. Al final lo que me llevé fue la blanca carne de esos cocos.

Hacía un calor insoportable, la humedad era muy alta y me sobraba toda la ropa. Pensé, ¿qué narices iba a hacer si los equipos de rescate tardaban semanas en encontrarme? Todo lo que me acompañaba era un cuchillo y la ropa que llevaba puesta, camisa, camiseta de tirantes, pantalones, calcetines y botas. Menudo ajuar para perderse en una isla desierta.

Por lo pronto, comencé a quitarme prendas hasta quedarme con la camiseta blanca y mis bragas negras, el resto lo metí en el refugio excepto el cuchillo que lo até con su funda en la pantorrilla. Tenía que conseguir algo para comer y lo primero que me vino a la cabeza fueron esos cangrejos que se paseaban distraídos por la orilla. Amante de la naturaleza, animalista por defecto y activista empedernida ahora me veía en la obligación de matar a otro ser vivo para conseguir proteínas de forma rápida. ¿Quién me iba a decir que acabaría descubriendo la supervivencia más extrema? Sí, era botanista y sabía cómo conseguir raíces comestibles, sin embargo, casi dos días sin llevarme apenas nada a la boca, me creaba los problemas suficientes para comenzar a sentir mareos que impedían adentrarme en la espesa vegetación, y el beber solo agua de coco comenzaba a hacer sus estragos en mi vientre.

Comer la carne cruda de los cangrejos no fue uno de los momentos más agraciados de mi vida, lo cierto, es que me costó un esfuerzo sobrehumano no vomitarlo todo.

Tenía tantas cosas por hacer que en un primer momento me agobié bastante, no sabía por dónde empezar. Debía adentrarme en la isla y buscar agua potable a como diera lugar y de ello dependía en gran parte mi supervivencia. Conseguir frutos, raíces o algún otro tipo de vegetales que me ayudaran a proseguir durante los primeros días con las fuerzas más o menos intactas, y necesitaba orientarme bien para no perder mi ubicación.

Cuando salí a inspeccionar los alrededores debía ser primera hora de la tarde. Conseguí mangostán un fruto silvestre no muy lejos de mi ubicación y lo agradecí. Todo lo que pudiese llevarme a la boca era bien recibido.

Mientras caminaba entre árboles como el ficus estrangulador o el ficus retusa con sus raíces aéreas no dejaba de preocuparme por mi propia profesión que de forma espontánea surgía de mí como por defecto. Como si estuviera en la expedición tomando apuntes de la vegetación y no en una situación alarmante en la que podía perecer de forma imprevisible y en cualquier instante.

El cuchillo me sirvió para cortar lianas que pudieran servirme para fabricar utensilios que me ayudaran a pescar o reforzar el refugio, y conseguí algunas raíces comestibles como cúrcuma y cilantro. Una vez más mi profesión me desviaba de lo que verdaderamente era

primordial y perdí el tiempo en vegetación, cuando lo que necesitaba de forma imperiosa era encontrar agua potable.
Lo avanzado de la hora me hizo volver a mi campamento base y en esa salida infructuosa no arriesgar encima el pellejo en la peligrosa oscuridad de la noche.
Si os estáis preguntando si me adentré en la jungla en bragas la respuesta es no. A veces soy un poco lerda, pero hasta esos extremos por suerte no es así.
En cuanto llegué al refugio y a medida que caía el sol el aire se llenó de sonidos de la naturaleza, desde el suave susurro de las hojas movidas por la brisa hasta el coro de insectos que comenzaban su serenata nocturna.
Dentro del refugio, la tenue luz de la luna se filtraba a través de las rendijas de las hojas, creando patrones de sombras danzantes en las paredes de bambú. El suelo, cubierto por una estera improvisada de hojas secas y ramitas no era muy cómodo para descansar, en qué estaría pensando cuando las puse.
Me llegaba el olor de la vegetación tropical impregnada por la humedad de la noche y se mezclaba con la frescura salina del mar, tranquilo y sereno. Solo escuchaba el sonido distante de las olas creando una banda sonora de ensueño como un susurro constante.
Estaba en un paraíso y yo languidecía con el recuerdo de mi vida en Barcelona. Pensé en mis padres, ya les habría llegado la noticia de la desaparición de la goleta y todo el mundo en la universidad estaría espantado. Sabía que mis padres mantendrían la esperanza hasta el último momento y harían lo imposible por encontrarme. Eso me animaba y entristecía a la vez, porque no se merecían pasar por la angustia de no saber si habían perdido a su hija.
Intenté cerrar los ojos y dejar que los sonidos de la naturaleza me arrullaran como la niña pequeña que fui. “A la nana, nana, le canto a mi niña, para que se duerma entre margaritas”. Y un murmullo sale de mi garganta rememorando la voz de mi madre. Lo apacible de su serena melodía que me llevaba en volandas hacia un sueño profundo.
- “¿Por qué estás siempre tan callada Mia?
- Porque pienso papá.
- Entonces siempre estás pensando.”

En efecto, me llamo Mia, un nombre nada común en mi ciudad, procedente del hebreo y su significado es María, y que de niña me trajo un más que otro quebradero de cabeza. Ahora ya no le doy importancia a los comentarios, es más, me gusta que la gente se extrañe de mi nombre, es divertido.

Al recordar esa noche todavía siento como si una bandada de emociones sobrevolara mi cabeza. Estaba asustada, la oscuridad me tragaba con sus horribles fauces y no sabía si la esperanza me

acompañaría durante mucho tiempo. Echaba tanto de menos a mis padres, mi casa y la tranquilidad de mi habitación. Ese concierto y orden rutinario, la llegada al trabajo con un cuarto de hora de adelanto, mis manías de te has dejado alguna luz encendida, has echado la llave de la puerta o no te habrás olvidado de nada ¿verdad? A veces pensaba qué coñazo vivir conmigo misma, me soporto porque no tengo otro remedio.

Estuve casi toda la noche en vela y acabé llorando como una niña al recordar a los compañeros perdidos en el mar. Sakchai, tailandés. Líder de la expedición y explorador experto. Camille, francesa y bióloga marina. Hiroshi, japonés y oceanógrafo. Alessandra, italiana y geóloga. Sarah, israelita y ecóloga. Richard, canadiense y especialista en conservación y gestión ambiental. Que duro se me hacía rememorarlos y ver sus caras sonrientes e ilusionadas. Las conversaciones después de un duro día de trabajo eran placenteras y relajantes, era gente simpática y sana, ya sabéis el sentido de la palabra "sana" que no tiene nada que ver con la salud. Partimos de la isla de Koh Bulon Lae hacia Koh Lipe que estaba a unas dos horas de trayecto cuando se desató la terrible tormenta. No tengo ni idea de hacia dónde dirigió el fuerte oleaje a la goleta, pero sí del desenlace.

Esa noche en el refugio fue horrible y creo que descargué toda la angustia, la desesperación, la añoranza y el duelo por mis compañeros desaparecidos. Al amanecer, la luz dorada del sol comenzó a filtrarse a través de las hojas del refugio despertándome, supongo que me dormí agotada de tanto llorar. Tendría que esmerarme en hacer un refugio más cerrado y resistente porque además de la luz, me habían comido los mosquitos y eso que llevaba toda la ropa puesta.

Mis dotes de súper woman tendrían que entrar en acción porque me picaba todo el cuerpo, y tuve que sacarme la ropa y meterme en el mar para aliviar en algo la molesta sensación que iba a volverme loca. Debía encontrar una planta de aloe vera y extraerle el jugo para calmar la hinchazón y el picor. En ese instante es cuando le estaba dando gracias a Dios por haber heredado de mi padre su pasión por la botánica.

Lavé toda la ropa y la extendí en un tronco seco y caído. Me fijé que a lo largo de toda la playa había mucha leña que podría utilizar cuando me dejara media vida en hacer fuego. No os vayáis a creer que es nada fácil, al contrario, ya he dicho que iba a dejarme la vida rozando un palo con una base plana y un poco curva de madera en una posición de lo más incómoda. Era como hacer all i oli a la vieja usanza, pero en plan bestia. No pares, sigue, sigue, no pares…

En fin, que me puse con el refugio en plan serio y me monte una casita muy acogedora, con grandes cañas de bambú haciendo un

buen techo, mejorando las paredes y haciendo un suelo en condiciones. Luego la protegí con inmensas hojas de palmera y todo cuanto pude entrelazar entre ellas, las lianas me vinieron de fábula.

Después de un merecido y refrescante baño volví a ponerme jugo de aloe vera ahora también en todos los arañazos que me había hecho al hacer el refugio. Estaba agotada, muerta de hambre y solo tenía agua de coco y su carne, menudo festín.

Recuerdo que me quedé dormida y al despertar la orilla estaba llena de fragmentos del naufragio, por supuesto, me faltaron pies para correr y ver que me estaba devolviendo el mar y si entre todas esas cosas pudiera haber algo que me fuera de utilidad.

Qué locura, allí llegaba de todo, desde grandes trozos de madera de la goleta destrozada, hasta enseres personales de la gente que viajábamos en ella.

Estaba asistiendo a una forma de arrepentimiento del mar por habernos destrozado la vida y me llegaba en forma de regalos de Navidad un poquito atrasados, porque estábamos a finales de enero.

No fue tan fácil sacar decenas de objetos y arrastrar grandes trozos de madera todavía enganchados a la tela desgarrada de la goleta. Y tampoco fue sencillo tener que lanzarme al mar y nadar para intentar recuperar un gran cajón hermético cuyo interior estaba por descubrir.

La paliza fue de órdago, sin embargo, tenía grandes esperanzas que de todo aquello pudiera aprovechar algunas cosas que no estuvieran estropeadas. Por lo pronto, los trozos de vela tendrían mucha utilidad para cerrar la entrada del refugio y hacerme hatillos para transportar frutos y raíces.

Comencé con la exploración a lo largo de la orilla, suponían bastantes metros de ir observando con atención y la cantidad de palos y material del propio barco era cuantioso. Pensé que con alguna de aquellas tablas podría fabricarme una mesa para limpiar y cortar pescado. Mis tripas ya no dejaban de rugir y debía poner soluciones drásticas si no quería morirme de hambre. Nunca la supervivencia respetó al más débil si no tenías fecha de recogida. Si continuaban pasando días y no me alimentaba, lo primero que me fallaría serían las fuerzas y no podía permitírmelo.

El sol comenzaba a descender y seguía buscando sin parar. Hasta el momento había encontrado tres mochilas, un anorak en bastante buen estado, una especie de red enrollada a una tabla, ropa y un bolso de mujer. Por ese día ya había conseguido mi cupo de agotamiento y me llevé todo lo encontrado al refugio junto con un cangrejo ermitaño y mi inseparable coco.

Abrir un coco no es nada sencillo, yo aprendí a hacerlo de un nativo en otra expedición. Siempre es bueno aprender cosas, aunque creas que no van a servirte de nada. Mi curiosidad hace que siempre esté

metiendo las narices en todo, así que me alegro de ser un incordio para algunos cuando va a suponer la salvación para mí.
Después de mi cena, comencé con el bolso. Abrí la cremallera y saqué un monedero con documentación, dinero y unas fotos. Como podréis adivinar estaba todo empapado y lo dispuse con cuidado para que se fuera secando. Seguí con mi exploración y encontré un mini set de costura, eso sí me vendría bien. Unas compresas, un paquete de pañuelos y un corta uñas ¡qué maravilla! Cigarros, pinturas y unas llaves. Bueno, tampoco estaba tan mal.
Dos de las mochilas contenía ropa de hombre en su mayoría, con libretas de anotaciones, algunos condones y en el interior de una bolsa impermeable un kit completo de repelente de insectos, cremas solares, cremas para picaduras, cacao labial y pastillas potabilizadoras del agua. Esa misma bolsa nos la habían entregado a todos los componentes de la expedición y por suerte cada mochila llevaba la suya. La sorpresa llegó cuando al abrir la más grande y pesada de las tres encontré todo tipo de material de submarinismo. Estaba convencida de que pertenecía a Camille, la bióloga marina, por todo el equipo que llevaba en el interior. Joder, la de gritos que di congraciándome con Phra Phrom, la diosa de la buena fortuna en Tailandia. Esa mochila era un tesoro, llevaba una máscara de buceo, aletas y un traje de neopreno. Varios tipos de redes y trampas, libros, equipos de muestreo, cámara submarina y equipo de grabación de audio y vídeo que después de comprobarlos no funcionaban. Un chaleco salvavidas, equipos de flotación, además de lupa y brújula. No podía creerlo, si al final iba a tener que creer en los milagros.
Tuve que salir del refugio y respirar, ya era noche cerrada y las aves nocturnas debían escuchar mis llantos emocionados, los gritos dando las gracias a no sabía muy bien quien y el refulgir de una esperanza que podría darme las claves para salir de allí. Le di tantas veces las gracias a Camille por enviarme su equipo que debió partirse de la risa allá donde estuviera.
Soy científica y sí, no creo en los milagros, pero también os puedo asegurar que en un momento así acabas creyendo hasta en David el Gnomo.
Estaba muy cansada, sin embargo, la emoción mantenía mis músculos en pleno movimiento y a pesar de la oscuridad me atreví a acercarme hasta la orilla, aquella noche era muy templada y sudaba de forma copiosa, quizás por el sofocón de adrenalina, así que decidí darme un baño sin alejarme de la orilla, que no estaba yo para más sustos. Me saqué toda la ropa y acabé como mi madre me trajo al mundo, total por allí no había mucho público que pudiera vitorearme o espantarse por mi falta de decoro. Y me lancé al agua, si os creéis que estaba fresquita nada más lejos de la realidad. El agua por la noche en el

trópico suele estar caliente, pero tampoco es desagradable. Estuve un buen rato en remojo y cuando consideré que ya tenía suficiente y pensaba en que iba a dormir a pata suelta, escuché un sonido muy extraño a pocos metros de donde estaba. ¡Claro que me asusté y salí espantada del agua! Y ya en terreno firme dirigí la mirada hacia el lugar de donde procedió aquel sonido e intenté distinguir algo entre la intensa oscuridad. Tuvo que pasar un buen rato hasta que volví a escuchar una especie de crujido rarísimo. No tenía ni idea de qué podía ser y pensé que el mar seguía devolviendo trozos de la goleta, seguramente la orilla seguía recibiendo partes del naufragio y a la mañana siguiente volvería a encontrar más restos. No voy a negar que sentía miedo, no me tengo por cagada, pero la situación no llamaba a la calma precisamente. Creo que me dejé los ojos de tanto forzarlos para ver algo y cuando ya me daba la vuelta en dirección al refugio literalmente acojonada, el crujido fue tan fuerte que creí que un ente iba a atraparme por detrás como en las pelis de extraterrestres. No sé por qué lo hice, fue de forma instintiva, me di la vuelta y enfrenté lo que fuera que estuviera allí sin pensar en mi integridad. Entonces vi la sombra flotando y me dije ¿qué coño es eso? A medida que iba acercándose la sombra fue tomando forma y pude discernir un gran trozo de madera meciéndose con suavidad sobre el agua y me eché a reír por idiota. Di unos pasos hacia adelante y volví a sentir la arena húmeda bajo mis pies hasta que las olas los sumergieron de nuevo. Era un trozo de madera grande y a medida que se fue acercando hacia la orilla pude distinguir con claridad el cuerpo de una mujer que yacía inmóvil. Sus ropas estaban empapadas y el cabello oscuro se adhería al rostro pálido y demacrado. El cuerpo se aferraba débilmente a la madera, mientras las olas mecían suavemente el improvisado salvavidas. Con una mezcla de determinación y bastante asustada me adentré en el agua hasta llegar al trozo de madera. Me agarré al borde y extendí una mano para tocar a la mujer posándola sobre su hombro para comprobar si estaba viva.

Cuando eres joven no piensas en la muerte hasta que te mira directamente a los ojos, y yo ya la había visto en mis otros compañeros.

No reaccionó y me fui directa a la carótida para buscarle el pulso. Y joder sí, había latido. Empujé con todas mis fuerzas aquella madera flotante y no conseguí moverla ni un ápice. Tenía un trozo de metal enganchado y al movimiento de las olas crujía contra la madera, ahí estaba resuelto el misterio.

Estaba a unos cinco metros de la orilla, no tenía ni idea de lo que se movía bajo mis pies y debía pensar rápido en cómo salir de la situación. Decidí que si tiraba al agua a mi compañera podría sacarla con más facilidad y así lo hice. Mientras me impulsaba hacia la orilla

con su cabeza fuera del agua en la postura típica de salvamento noté que comenzaba a moverse. Un leve suspiro escapó de sus labios y una sonrisa apareció en los míos como dando la bienvenida a mi compañera italiana. Entonces pensé que si ella había conseguido sobrevivir podrían llegar otros supervivientes hasta la isla.
Cuando alcanzamos la orilla y pude hacer pie la cogí de las axilas y tiré de ella hasta que conseguí sacarla del agua, me arrodillé a su lado y observé su rostro con detenimiento, buscando señales de recuperación. Con cada respiración parecía volver lentamente a la vida hasta que abrió los ojos. Y ¡qué ojos! La tenue luz de la luna me dejaba ver algo, y observé el azul precioso que al sol no dejaría de ser todo un espectáculo de color. Fue lo primero que pensé, lo que pensara Alessandra al verme a mí, no me ha quedado muy claro.
En efecto, así recuperé a Ales y esa fue la primera vez que me alegré de ver tanto a alguien. Creo que no cabía en mí de gozo porque la sensación de sentirme acompañada fue otro soplo de esperanza. Menudo día de sorpresas y emociones.

Capítulo 2

- ¡Hola! ¿Qué tal te sientes?

Creo que la voz no les llegaba a las cuerdas vocales porque intentaba emitir sonidos y de su garganta no surgía nada. Vi que le costaba tragar y tenía los labios completamente secos y agrietados. Esta pobre había pasado una sed infernal y la sensación en la boca debía ser como tenerla llena de arena.

Era evidente que no podía ponerse en pie, las fuerzas la habían abandonado y apenas podía moverse. La cogí en brazos. Reconozco que no soy la tía más fuerte del mundo, pero sí lo suficiente para hacer el esfuerzo de llevarla hasta el refugio, además la chica no pesaba mucho, la verdad, tenía una constitución ligera y con ligera me refiero a menuda, no debía medir más de uno sesenta y yo no es que sea un gigante, que del metro sesenta y ocho no paso, aunque sí es cierto que soy algo más fuerte, con algún que otro musculillo, que siempre me ha gustado darme caña en el gimnasio.

Lo primero que hice cuando la tuve lo más cómoda posible en el refugio fue abrir un coco y mojarle los labios con los dedos para comenzar a hidratarlos, estaba sedienta y en cuanto notó la humedad quiso quitarme mi cuenco hecho con la mitad de una cáscara de coco. Ya sé que estaba desesperada por beber, sin embargo, era peligroso ingerir una gran cantidad de agua de golpe ya que su estómago la rechazaría.

- No, espera. Sé que tienes sed, pero debes beber pequeñas cantidades para comenzar a rehidratarte. Ten paciencia por favor o será mucho peor.

A través de la tela de mi camiseta fue absorbiendo poco a poco el líquido que yo misma iba controlando y luego continuaba mojándole los labios que parecían literalmente dos costras. Y yo quejándome por mi situación y esta pobre había pasado un infierno a la deriva en ese bloque de madera durante tres días.

Comenzó a temblar, debía estar congelada con toda esa ropa mojada y la ayudé a desvestirse. Conservaba hasta el anorak impermeable intacto, por lo menos en algo la habría protegido durante las noches pasadas en alta mar. No tenía nada con qué taparla, lo trozos de vela de la goleta aún seguían enganchadas en sus palos y se me ocurrió ponerle mi propia ropa que era lo único que estaba seco, yo no llevaba nada puesto, mi ropa con tanto trajín se había quedado en la orilla de la playa y fui a buscarla, entonces recordé el anorak que encontré y dejé tendido para que se secara y

también lo cogí, por lo menos llevaría ropa seca y confortable.

Después de vestirla volví a mojarle los labios y le di un pequeño sorbo de agua con el cuenco, eso le agradó porque intentó hacer un amago de sonrisa que no le salió muy bien.

Imagino que más reconfortada cerró los ojos y cayó en un profundo sueño. Yo estaba contenta, tenía a Alessandra conmigo y haría todo lo que estuviese en mi mano para que se repusiera lo antes posible. Me recosté a su lado y el cansancio me venció enseguida.

No tengo ni idea de la hora que debía ser cuando abrí los ojos, el caso es que el sol estaba lo suficiente alto para ser más de media mañana. No me extrañó en absoluto porque llevaba días sin descansar lo debido y la noche anterior ya fue el colmo. Me sentía cansada, pero también estaba obligada a encontrar comida y seguir buscando entre los restos algo que nos fuera de utilidad. ¡Qué maravilla utilizar el plural! Observé a mi compañera y seguía durmiendo, aunque no creáis que no me cercioré de ello mirándole el pecho para ver si subía y bajaba. Reconozco que a veces soy un poco paranoica.

Salí del refugio y fui directa a por un coco, tenía una sed de espanto y del hambre, bueno, mejor no hablar. Perdí la cuenta de las horas que llevaba sin comer.

Yo llevaba solo mis bragas y mi camiseta de tirantes y claro decidida a buscar fruta como estaba para que comiera Alessandra y, además, se hidratara, no tenía otro remedio que ponerme algo de la ropa que encontré. Me decidí por unos pantalones de camuflaje bastante chulos que, por supuesto me quedaban grandes y tuve que remangarme y atarme a la cintura con cinta de hibisco, el caso es que no me quedaban mal, cogí una camisa verde de manga larga y me coloqué mis calcetines y mis botas. El pelo largo me molestaba horrores y lo até con una cinta vegetal seca. Antes de irme le dejé a mi italiana un coco abierto para que pudiera beber y algunos trocitos cortados. Bueno, estaba lista, así que volví a adentrarme en la selva.

Siempre he pensado que la atmósfera de la jungla es mágica y enigmática. Te envuelve una sensación de misterio y maravilla mientras te sumerges en la vastedad de la naturaleza. La humedad del trópico se adhiere a tu piel, y el aroma terroso y verde de la vegetación es otro mundo.

La luz solar se filtra a través de la espesura, creando un fascinante juego de luces y sombras en el suelo cubierto de hojas. Los rayos del sol danzan entre las ramas y las hojas, proyectan sombras cambiantes a tu alrededor mientras avanzas. Es difícil que no te encuentres con alguna serpiente deslizándose sigilosamente por el suelo o descansando en una rama baja. Arañas coloridas enganchadas en sus telas en rincones de la vegetación o mariposas y libélulas revoloteando a tu alrededor.

A medida que avanzas, el sonido constante de la naturaleza te rodea. Escuchas el chirriar de insectos y el zumbido de las abejas. Las aves emiten llamadas estridentes desde las copas de los árboles, mientras que los monos se comunican con sus característicos gritos y aullidos. El coro de la jungla es ensordecedor y lleno de vida y me encanta.

Las plantas son una mezcla fascinante de gigantes verdes y enredaderas retorcidas. Los árboles emergen majestuosos, con troncos enormes y altísimas copas que se entrelazan formando un dosel denso. Algunos exhibiendo sus impresionantes raíces aéreas que serpentean desde los troncos y se aferran al suelo, creando un entramado enmarañado que desafía la gravedad y que hace que en más de una ocasión haya dado con los morros en el suelo.

En cada rincón encuentras arbustos y helechos que luchan por la luz solar, creando una espesura casi impenetrable. El ambiente es húmedo y sofocante y sudas como una condenada, al final la ropa acaba pegándose al cuerpo y en mi caso las gotas de sudor exhalan por todos los poros notando como resbalan por mi piel y gotea por la nariz y la barbilla. Reconozco que una internada en la selva es agotadora, pero sumamente placentera.

Después de contaros todas mis sensaciones al hacer mi trabajo de campo, por cierto, mis áreas específicas son la taxonomía y la fisiología vegetal, cuyas funciones son la clasificación y funcionamiento de las plantas. Es un pequeño detalle que olvidaba.

Mi propósito de aquella mañana, aparte de conseguir fruta, era intentar encontrar agua. Estaba comenzando a ser vital y ahora con mi compañera en ese estado me preocupaba mucho más no darle una buena hidratación que la recuperara adecuadamente.

Después de caminar un duro trayecto vi todavía un tanto alejada, una formación rocosa parecida a una pequeña montaña de piedra caliza que se elevaba por encima de la vegetación. Me encaminé hacia allí y al llegar como una joya geológica en medio de la selva rodeada por un manto verde me quedé observándola un tanto absorta. Una variedad de plantas, musgos y helechos envolvía sus laderas, trepando por los huecos y grietas de la roca.

En la base, cerca del suelo, se encontraba un hueco que desde la distancia era imposible de ver, así que me felicité por haberme decidido a explorar la zona. Me acerqué retirando todo tipo de vegetación y mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí un pasaje que se adentraba en bajada hacia el interior de la montaña. Pensé que podría tratarse de una cueva o simplemente de una hendidura sin salida y como mi curiosidad nunca dejará de sorprenderme me tiré al suelo dejándome caer despacio hacia el interior sin pensar que pudiera necesitar cuerdas, ni arneses, ni sujeción alguna, ole yo.

La apertura estaba oscura y sombría, como un portal hacia el corazón de la montaña y al bajar la pequeña pendiente el hueco no se hacía más ancho y tuve que gatear durante unos metros hasta que comenzó a ensancharse y yo fui irguiéndome como en el dibujo de "El eslabón perdido", sí ese tan conocido y criticado en el que pasamos de primates a humanos. Al final se hizo tan grande la abertura que acabé caminando completamente recta.

Y ahora os estaréis preguntando cómo narices iba a meterme en una especie de túnel durante metros completamente a oscuras ni ver tres en un burro sin ser un murciélago o algo parecido. Perdonar el inciso, pues bien, gracias a la mochila de las maravillas de mi compañera Camille, cogí (que siempre soy muy previsora) una luz o palo químico o bastón luminoso como queráis llamarlo. Y funcionan mediante la reacción de dos sustancias químicas al agitarlas, son livianas, resistentes al agua y no requieren baterías. ¿Qué más se puede pedir? ¡Ah! Y su duración es de horas.

Al entrar en una cueva te sumerges en un mundo fascinante. La temperatura se vuelve más fresca y el sonido de la vida exterior se va desvaneciendo gradualmente. Lo mío fue como una inmersión a lo desconocido y también tengo que decir que estaba un poquitín cagadilla porque no las tenía todas conmigo. Estaba sola, no tenía ni idea de adonde iría a parar y claramente me estaba poniendo en peligro. Avancé algunos metros más y al salir de una curva cerrada se abrió ante mí un espectáculo maravilloso. Aquella inmensidad de piedra llena de estalactitas y estalagmitas que goteaban agua por doquier estaba débilmente iluminada por la tenue luz que se filtraba a través de las aberturas en el techo de la gran cueva creando una escena surrealista y hermosa. A medida que avancé hacia su interior, pude sentir la humedad en el aire y escuchaba como una banda sonora, el goteo constante del agua. Mis pasos hacían eco entre las paredes lisas y mojadas y un murmullo de agua fluía por un riachuelo subterráneo, me agaché y metí la mano llenándola con un poco de líquido y me la llevé a la boca para comprobar si era salada o dulce. Un poco más y me desmayo, estaba rodeada de agua dulce por todas partes y no podía creerlo y por descontado cometí la insensatez de beber y beber. Primera lección de supervivencia no beber agua sin hervir o potabilizar. Pues un poco más y me bebo todo el riachuelo. Jamás creí que me vería en una situación así y tener la conciencia de que puedes tragarte un parásito, una bacteria o un virus después de días sin probar el agua fresca no entra en los cánones de la prudencia. Lo pensé después de saciarme, el caso es que ya no había remedio si cogía alguna infección intestinal.

Siempre me ha encantado el olor de la tierra mezclada con la humedad. Me habría quedado horas allí sentada escuchando solo el

goteo del agua y sintiendo la frescura reconfortante, sin embargo, llevaba horas alejada del refugio y Alessandra estaba sola. Era hora de volver y recoger a la vuelta todos los frutos que pudiera llevar. Teníamos agua, ahora solo faltaba encontrar recipientes para transportarla.

* * *

En cuanto aparecí por el campamento, encontré a Alessandra dentro del refugio. Estaba dormida y observé que se había comido los trozos de coco y bebido todo el contenido. La observé y a pesar de seguir demacrada, quemada y con los labios descoloridos, agrietados, inflamados y con heridas producidas por la sequedad extrema parecía tranquila. Ya no llevaba mi ropa, volvía a vestir la suya y la vi cómoda. Bueno, no iba a molestarla, necesitaba dormir y recuperarse y mientras yo, iría a darme un baño porque lo estaba necesitando, y de paso lavaría toda la ropa que llevaba puesta y pegada al cuerpo como una lapa. Con lo a gusto que se estaba en la cueva. Tenía muchas cosas que contarle a Ales.

De nuevo en bragas y camiseta, aunque lavados, eso sí. Volví a recorrer la orilla en busca de más objetos prácticos y en cuanto llegué a las velas las separé del mástil con el cuchillo y con toda la paciencia del mundo también. Luego fui recogiendo maderas, palos y todo lo que se pudiera quemar y amontonándolos en un mismo lugar no muy lejos del refugio para cuando tuviésemos nuestro fuego. Está claro que me limpié solo un cuarto de playa porque mis fuerzas no daban para más y necesitaba comer algo sólido y con proteínas. Creí que no podría mover un solo músculo y aun así fui a buscar una de las redes de Camille para intentar pescar algo. Las dos teníamos que comer porque nuestros cuerpos no iban a concedernos más tregua.

La pesca fue un fracaso rotundo, tendría que ingeniármelas para fabricar algún artilugio y que me fuese más fácil capturar peces. Una vez más tuve que dedicarme a los cangrejos porque de momento era lo único que se me daba bien coger.

El sol bajaba deprisa, y después de sacarle toda la carne a los cangrejos y meterla en dos cuencos de coco, fui a buscar una buena cantidad de aloe vera para extraerle el jugo. Abrí un par de cocos y acabé sentándome destrozada en el refugio. Las fuerzas por ese día me habían abandonado.

Alessandra estaba despierta cuando entré y sonreí contenta de verla.

- ¡Hola! Es agradable encontrarte al regresar al refugio. Estos días de soledad han sido duros. ¿Cómo te encuentras?
- Mucho mejor, por lo menos ya se me escucha la voz. ¿Dónde estamos?

- Si te digo la verdad no tengo ni idea. Hemos acabado las dos en esta isla y de momento en mis salidas no me he encontrado con nadie.
- ¿Quieres decir que estamos solas?
- Con vida sí. -Me fijé en que fruncía el ceño como no entendiendo la respuesta. – Llegaron dos compañeros a la orilla, pero no sobrevivieron. Están enterrados algo lejos de aquí.
- ¿Crees que alguien más habrá podido salvarse?
- No lo sé. Igual han sido rescatados. Desde que estoy aquí ninguna avioneta ha sobrevolado el lugar ni he visto barco alguno. A lo largo de la orilla ya tengo escrita la palabra SOS con restos del naufragio. Por lo menos desde el cielo lo verán.
- Aún estoy confundida por todo lo que ha pasado. No me hago a la idea de que estemos abandonadas en esta isla.
- Toma, come un poco necesitas ganar fuerza. Ya sé que no es mucho, pero de momento nos tendremos que conformar. La fruta es sabrosa. No tengas miedo de comerla la conozco bien, te hidratará.
Ales cogió el cuenco con el cangrejo y lo fue comiendo despacio, estaba claro que le gustaba más el sushi que a mí.
Con paciencia le expliqué lo que había sucedido, recordándole el momento en que la encontré aferrada a una madera flotante y cómo la había rescatado. Alessandra asimilaba lentamente la información, tratando de encajar las piezas en su memoria fragmentada.
A medida que pasaron las horas, comenzó a recordar detalles del naufragio. Me habló de los rostros y las voces de los compañeros de viaje que se materializaban en su mente, y una sensación de pérdida y tristeza la invadió. No se me ocurrió otra cosa que abrazarla mientras las lágrimas corrían por sus mejillas grabado ya en su conciencia el caos del naufragio.
Estuve a su lado, brindándole consuelo y apoyo, que otra cosa podía hacer, e intenté compartir recuerdos y historias vividas honrando a los compañeros que creía convencida habían perdido la vida en el naufragio. Ales sonrió un par de veces con alguna anécdota divertida y a medida que fue procesando mis palabras y los eventos traumáticos pareció resurgir una determinación dentro de ella. Comenzó a hacer preguntas más profundas sobre cómo había llegado yo a la isla y me felicitó por el gran trabajo realizado en tan pocos días. Alabó mi fuerza de espíritu, mi capacidad de reacción y sobre todo mis ganas de vivir. He de reconocer que me regodeé de sus halagos, en aquellos instantes era imposible no sentir orgullo cuando apenas tienes nada.
Se nos hizo muy tarde hablando y al fin decidimos que lo mejor sería descansar para afrontar otro día duro cuando amaneciera. Con tantas emociones no le expliqué nada de la cueva, pero teníamos un mundo para hablar de tantas cosas.
En efecto en cuanto abrí los ojos me puse en acción. Alessandra

dormía y no quise despertarla, todavía necesitaba ganar fuerzas y el descanso le venía bien. Así que como cada mañana lo primero que hice fue abrir un coco para beber, me moría de sed y de hambre, entonces caí en la cuenta de que al parecer toda el agua que me tragué en el riachuelo de la cueva no me había sentado mal, bueno, un problema menos.
Tenía que buscar algo para transportar agua desde la cueva y me puse a ello. Decidí buscar entre los escombros que el océano había arrastrado hasta la costa y después de un tiempo de búsqueda, encontré un barril de plástico medio enterrado en la arena. A pesar de su estado, me pareció que podría ser útil y con determinación comencé a trabajar para sacarle brillo. La solución fue bastante simple, arena húmeda de mar y frotar de forma circular hasta conseguir dejarlo lo más limpio posible.
Mientras frotaba con esmero me dio por pensar en mis padres. Debían estar pasando una angustia desgarradora, lo sabía, siempre me he llevado bien con ellos, menos cuando eres adolescente y te crees la reina de Saba con esos aires de grandeza y creyéndote que tu palabra es lo único válido. Tus padres están ahí para joderte la vida y cabrearte porque te ponen impedimentos para no hacer esto o aquello o ¡Dios mío! ¡Cómo es posible que estén en contra de que su hija fume porros o que me taladren diciendo cuidado con lo que bebes, cuidado con quien vas, cuidado con el coche, cuidado con quien te lías! ¡Por favor, salvadme, que tantos cuidados rayan!
Tengo treinta y tres años, no soy madre, no me he casado y tampoco tengo pareja a la vista y sé que es pronto para evaluar muchas de las acciones de mis padres, simplemente porque aún no puedo ponerme en su lugar, aunque todo llegará o eso creo.

Pienso en Zainab, mi mejor amiga. La persona que ha estado a mi lado durante casi toda mi vida. Hemos pasado juntas la niñez, la pubertad, la adolescencia y ahora lo que sea que estemos pasando, porque si digo la verdad, madura no me siento para nada.

Cuando estamos de fiesta soy como una cabra loca que se desfoga dando saltos mortales en la discoteca, y Zainab se ríe porque está convencida de que nunca seré lo suficiente cabal para comportarme como Dios manda. Y no es que vaya pedo ni nada por el estilo, es que me gusta disfrutar la vida y sacar el máximo partido a todas horas. ¿No dicen que la risa te da no sé cuantos años de vida? Pues en todos mis años habré ganado ya unos doce o trece.

Zainab es española de padres marroquíes y cada vez que voy a su casa su madre me tiene preparadas unas galletas llamadas ghoribas. ¡Por favor! Se me hace la boca agua solo de pensar en paladear una de esas magníficas galletas hechas con almendra molida, mantequilla, azúcar y canela. ¡Si es que se deshacen en la boca!

Fátima, su madre, se ríe por mis caras de payasa cuando veo las ghoribas tan bien puestecitas en la “bandej” hecha de cobre y tallada con preciosos adornos y sus bordes elevados y asas.

Lo que daría ahora por una de esas galletas.

Sé que Zainab estará destrozada porque nos consideramos hermanas. Habrá hablado con mis padres decenas de veces preguntando si se sabe algo y también estoy convencida de que estará dispuesta a venir hasta Tailandia si es preciso. Soy hija única y en Zainab encontré el apoyo que un hermano te da durante toda su vida.

De mis compañeros en la universidad en la que doy clases y de la que deriva este trabajo de investigación ya no sabría qué pensar. Supongo que habrá habido mucha confusión al principio, pero todos sabemos que excepto los más allegados a mí y a mi trabajo, será cosa de dos días para que se olviden y sigan con sus vidas como si nada. Imagino que acabaré siendo una anécdota trágica en la universidad y no es que crea fervientemente que nos vamos a quedar para siempre en esta isla y muriendo cuando las fuerzas nos abandonen, es que me he levantado con un estado de ánimo pésimo, que a veces también me pasa.

Alessandra sigue en el refugio y me acerco para ver como está. Sigue dormida y pienso en despertarla, no puede pasar tantas horas sin beber agua para hidratarse.

- ¡Hola! Buenos días dormilona. – Le digo con mi sonrisa de postureo.
- ¡Buenos días! Estoy durmiendo mucho y no te ayudo en nada. Lo siento.
- Tienes que beber, es fundamental para recuperarte y no te preocupes por tu ayuda ya tendrás tiempo de dejarte la piel ahí fuera.
- ¿Llevas mucho, levantada? – Pregunta mientras bebe agua de coco y come algo de fruta que le voy pasando ya pelada.
- Hoy he ganduleado, pero tengo una buena noticia que darte. – Abre unos ojos como platos y no imagino en lo que está pensando. – Ayer localicé una cueva y dentro hay agua potable. He encontrado un barril para transportarla hasta el refugio, aunque para eso sí que necesitaré tu ayuda.
- No me imagino transportando nada en estos momentos.
- Tranquila, el riachuelo no va a secarse. -Y me rio bromista. - ¿Sabes? Encontré la mochila de Camille y es un paraíso de artilugios que nos van a venir muy bien. – De pronto Alessandra se pone a llorar y yo me quedo como una boba preguntándome si he dicho algo que la haya molestado. - ¿Qué ocurre?
- Perdona. Es que te veo tan positiva, tan capaz de seguir adelante a pesar de todo lo que ha sucedido, tan sumamente fuerte, y mírame a mí, no hago más que darte trabajo, y solo pienso en que si algún día conseguiremos salir de aquí. Tengo un marido esperándome en Milán,

a mis padres, mis hermanos, mis amigos y siento que no conseguiremos volver nunca más.
- Alessandra, escucha. – Le digo mientras se sorbe los mocos y oculta la cara un tanto avergonzada. - Si crees que soy Robinson Crusoe estás muy equivocada. Hago lo que buenamente puedo y creo que no dejo de hacer cosas para no pensar en la desastrosa situación en la que me encuentro. También pienso en mi familia, y lloré mucho cuando acabé en esta isla con dos cadáveres que yo misma enterré y pensando que iba a terminar de la misma manera. No voy a negarte que siempre he pensado que a la vida hay que cogerla por los cuernos – Por supuesto eso no lo entendió. Nuestros dichos son exclusivos- y después de desahogarme a placer comprendí que mi supervivencia depende de mí misma. No voy a bajar los brazos y dejar de luchar, quiero volver a casa.
Creo que el sermón sirvió de algo porque dejó de llorar y me miró con una cara diferente. Tampoco sabría explicar muy bien como la veía yo, porque apenas nos conocíamos. Aún tendrían que pasar muchos días para conocer sus gestos, sus tonos de voz o sus acciones.
- Pienso que si no fuera por ti ya me habría muerto.
- Pues deja de pensar en esas cosas y procura hacer un esfuerzo por recuperarte. Te necesito Alessandra, y no sabes lo feliz que me hace no estar sola en esta isla.
Por fin una pequeña sonrisa.
- Gracias por cuidar de mí.
- No me las des soy tan egoísta que solo lo hago por no estar sola y tener con quien hablar. Soy muy charlatana y me moriría de pena si tuviera que conversar con un coco disfrazado de cabeza humana.
Ales soltó su primera carcajada y yo la imité. Era mejor reírnos que lamentarnos.

Capítulo 3

A medida que Alessandra avanzaba en su proceso de recuperación, su mente se volvía más clara y sus pensamientos más lúcidos. Los recuerdos se entrelazaron con la realidad presente, y la comprensión de lo sucedido comenzó a cobrar forma. Se dio cuenta de la fragilidad de la vida y la fortaleza que había encontrado en su propia supervivencia. Eso me dio alas para trabajar con ahínco y nuestro refugio ya parecía un merendero de verano.

Conseguí hacer fuego con la lupa y mucha paciencia, pero ahora disfrutábamos de un asador y comíamos pescado a la brasa, cangrejos, langostinos y almejas y mejillones que cocíamos con agua de mar en una lata lo suficiente grande y que limpié con esmero, como el barril de plástico.

Era indudable que al comer solido comenzaran las diarreas. Tuve que estar todo un día, tumbada en el refugio con unos dolores espantosos y lo pasé francamente mal. Alessandra también las tuvo, pero no fueron tan heavies y más o menos lo llevó bien. Yo todavía no estaba recuperada del todo, sin embargo, tenía fuerzas para moverme y hacer trabajos que no supusieran un gran esfuerzo.

Me hice un shemagh beduino con los trozos de tela que siguieron llegando de la goleta. Ese pañuelo que se ponen en la cabeza los nómadas del desierto y que utilizan para protegerse del sol abrasador.

Fue una solución estupenda para pasar horas en la playa trabajando y construyendo cosas de utilidad. También me hice un top muy sexy, por cierto. Alessandra se ponía una de las camisetas que encontré entre los restos y decía que le iba de perlas. Nunca quiso que le hiciera un shemagh porque se negaba a utilizar la tela que necesitábamos para otras cosas más importantes según ella. Yo, por el contrario, pensaba que había sobrado tela más que suficiente después de utilizar las velas para cosas imprescindibles como cerrar la entrada del refugio, hatillos, colador de impurezas, una gran pieza para taparnos por las noches al dormir y casi llegamos a discutirnos. Ese fue nuestro primer encontronazo.

He de reconocer que Alessandra tenía un genio de mil demonios y yo era mucho más pacífica, así que como ya la iba conociendo procuraba no llevarle la contraria en asuntos sin importancia y la dejaba hacer a su manera. En otras cuestiones intentaba hacerla reflexionar explicando de mil formas distintas por qué era preciso hacer las cosas de esta o aquella manera. La mayoría

de las veces entraba en razón, aunque era dura de pelar.

Cuando llegó el día de desplazarnos hasta la cueva intenté prepararme lo mejor posible. En las dos mochilas que llegaron hasta la playa metimos todo lo necesario para hacer el trayecto sin problemas. Una vez en la cueva tenía pensamientos de explorarla y estar las horas que fuesen necesarias. Sabía que las galerías se adentraban a más profundidad, pero sin cuerdas y artilugios de sujeción no me atrevía a continuar, así que me dediqué a ir enganchando todo tipo de material fino y resistente, incluidas lianas y tiras de corteza de hibisco que fui recopilando.

Si dentro de la cueva se nos hacía de noche tendríamos que ponernos los anoraks para evitar la humedad y el frío. Estar acostumbrada a hacer este tipo de trabajo en mi investigación botánica me daba puntos extra y una vez más agradecí mi preparación en este sentido.

Salimos muy temprano, la caminata era larga y en extremo agotadora. Alessandra seguía mi ritmo y curiosamente no se quejaba absorta por todo lo que la envolvía. Yo estaba feliz por tener compañía y no verme en la obligación de enfrentarme sola a la jungla. En cualquier momento te puedes llevar una sorpresa y es bueno tener a alguien a tu lado.

Cruzadas las zonas más densas de vegetación llegamos a la planicie donde se podía observar la “montaña azul”. Y en ese mismo instante Ales pareció resurgir de sus propias cenizas como el ave Fénix. Se quedó mirando extasiada la composición de aquella montaña y los ojos casi le hacían chiribitas. Sabía que es geóloga y en alguna ocasión ya se acercó a las formaciones de roca caliza cerca del refugio. Sin embargo, su cara no decía lo mismo en esta ocasión y de golpe apresuró la marcha.

No podía más, esta mujer iba a acabar conmigo y su ansia por llegar a la formación rocosa casi nos hizo trotar entre raíces aéreas, helechos, ficus y todo tipo de hábitat que se nos cruzó por el camino. Llevaba toda la ropa pegada al cuerpo y un mar de sudor me recorría entera.

- ¿Tú has visto esto? – Y lo dijo toda emocionada.
- Pues sí. Esas vetas me parecieron muy bonitas la verdad, y le da a la montaña una imagen totalmente distinta a lo habitual.
- ¿Tú sabes lo que es? – Su aire de prepotencia ya no me hizo tanta gracia.
- Tú eres la experta ¿no? – Mi tono de voz ya no tenía humor alguno y perspicaz se dio cuenta enseguida.
- Perdona Mia, es que una formación rocosa de estas características no se encuentra todos los días. Es lapislázuli, un material que se ha utilizado para hacer joyas y pigmentos desde la antigüedad. Además,

mira esos pliegues, se han formado por la colisión de placas tectónicas o el movimiento de una falla.
El descubrimiento de Alessandra ya me hizo pensar entonces que esa noche íbamos a pasarla en la cueva cuando viera la maravilla que había dentro y que no se me ocurrió explicarle. Si en el exterior su cara parecía la de una niña con un juguete nuevo, el interior iba a dejarla sin habla.
Siguió explicándome algo de los pliegues sinclinales, pero la verdad es que me costaba tragarme toda esa teoría geológica y estaba deseando entrar en la cueva para refrescarme y dejar de sudar a chorros. Es más, cada vez que pensaba en el riachuelo mi sed iba aumentando en tantos por ciento.
- Alessandra, debemos estar a treinta y cinco grados y te juro que no puedo respirar. Si no te importa ¿podemos entrar en el interior de la cueva para evitar que nos caiga encima esta sauna insoportable?
- ¿Y tú te llamas botánica? ¿Qué haces cuando realizas trabajo de campo y no tienes otro remedio que comerte estas condiciones climáticas?
- ¡Pues supongo que joderme, lo que pasa es que en este instante precisamente no estoy trabajando!
Imagino que el tono de mi voz la hizo reaccionar. Nunca le había gritado y dado que mi carácter era todo paz y amor eso debió sorprenderla lo suficiente para volver a colgarse la mochila y sin decir palabra indicarme que me seguía.
Una vez dentro y a medida que nos íbamos alejando del exterior pareció como si mi sistema respiratorio regresara a mi cuerpo, comencé a no notar como esa especie de losa me aprisionaba el pecho y la fluidez del aire reactivaba mi respiración. Supongo que a Ales le estaba pasando lo mismo, aunque a tozuda no le ganaba nadie y jamás lo reconocería.
De nuevo nos arrastramos, gateamos y fuimos tomando postura bípeda a medida que avanzábamos, hasta conseguir caminar erguidas. Y como era de esperar Ales comenzó a pasar la mano examinando las paredes lisas del interior recreándose en su estructura y composición.
- Estas paredes de roca pulidas han estado en contacto con el agua durante siglos. -En eso no iba a llevarle la contraria desde luego con lo que aún le esperaba por descubrir. – Fíjate en estas tonalidades beiges y azuladas, son por el efecto de la calcita y la azulita. La veta de lapislázuli se ha filtrado a través de grietas en la roca dándole este color. ¿No te parece una preciosidad?
- Sí, es impresionante – Yo la alumbraba con la luz química y de veras que estaba impactada por todos aquellos colores en la roca y la explicación de Ales.
- Estamos ante una maravilla natural creada durante millones de años.

- Visto así es más sorprendente. Te invito a seguir, todavía tienes que darme algunas lecciones de geología.
- ¿Es muy larga esta cueva?
- No tengo ni idea, no llegué a recorrerla entera.
- Vamos a perder la noción del tiempo aquí adentro, lo sé por experiencia.
- Bueno, tampoco tenemos mucha prisa creo que no nos espera nadie.
La risa suave, sutil y delicada de Ales me llamó la atención. Es cierto que, en aquel momento de nuestra estancia en la isla, habíamos logrado la suficiente confianza para expresarnos libremente. De hecho, creo que íbamos conociéndonos bastante bien y hablábamos sin tapujos sobre infinidad de temas.
Sabía que estaba casada con un tal Fabrizio y vivían en Milán. Tenía treinta y dos años, un perro llamado Paolo y dos hermanos mayores Bruno y Bianca. Sus padres tenían una casita en la Toscana y allí pasaban su jubilación, más felices que una perdiz. Se llamaban Antonella y Elmo y sus hijos los visitaban cuando podían disponer de vacaciones.
Los hermanos ya tenían hijos, Bianca una niña llamada Gina y Bruno un niño llamado Stefano. Aún eran muy pequeños, dos y cuatro años y sé que los echaba muchísimo de menos.
En más de una ocasión la consolaba de sus lágrimas diciéndole que no se preocupara que saldríamos de allí, sin embargo, ni yo creía en mis propias palabras. Habían pasado dos semanas desde que acabé despojada del mar como un harapo y por allí no pasaba ni una triste avioneta, barcos uno, seguramente un crucero y tan lejano que apenas se distinguía en el horizonte. Aquel día Alessandra tuvo una crisis de ansiedad y no sé como me las compuse para calmarla.
No hacía más que pensar en películas de náufragos y sus finales felices, aunque la realidad escuece y no es tan gloriosa. Sin ir más lejos ahora estábamos a kilómetros del campamento y nosotras de aventura troglodita, no creáis que no pensé en la casualidad de que justo ese día pasara por allí alguna avioneta. No me atrevía a alejarme del refugio sin que ninguna de las dos hiciera guardia. Siempre pensado en el y si, y si…
Cuando volviéramos sabía que se nos habría apagado el fuego y otra vez a empezar. Si es que a veces me entraban tantas ganas de gritar que contenerme era toda una proeza. Y me aguantaba, claro que lo hacía, por Alessandra y la flaqueza de sus fuerzas, porque sabía que lo pasaba terriblemente mal y no quería asustarla al verme desfallecer a mí también.
Es curioso que nunca nadie hable de la regla en situaciones como esta. Para una mujer es difícil soportar días lavando doscientas veces un trozo de tela doblada y cortada de una camiseta a ser posible de

algodón. Creo que me pasé casi un día entero rebuscando en media playa hasta que conseguí dar con una. Cien por cien algodón ponía en la etiqueta, y mientras, Alessandra desangrándose con un dolor espantoso y sin poder moverse del refugio.
Una vez más tuve que recurrir a mis conocimientos sobre las plantas para prepararle una infusión que la dejara más o menos cao. ¡Que la drogué vamos, así de claro! El potingue resultó y por fin se quedó dormida. Pobrecita sé que lo estaba pasando realmente mal.
Por cierto, hablando del tema, ¿no os da rabia que cuando nos cabreamos o decimos enfadadas lo que pensamos sobre alguna cuestión concreta en presencia de tíos siempre digan "déjala estará con la regla"? ¡Uf! Qué ostia les daba en toda la boca.
A lo que íbamos. Sabía que Ales era feliz con la vida que llevaba, porque se notaba en la manera de hablar de su familia. Si ella sola se partía contando anécdotas de cuando eran niños e incluso de sus sobrinos y las travesuras que hacían. La verdad, es que yo también reía y lo pasábamos bien y cuando me enganchaba a esa cuerda ya no había quien me parara. Contaba de todo, desde mis locuras infantiles hasta mis desvergonzadas noches de juerga con los amigos. Al final acabábamos partiéndonos de la risa. Esos momentos son los más valiosos porque estás sola, desesperada, cansada y con la esperanza prendida de un hilo y aún te queda una sonrisa perdida en los labios que no se agota nunca.
La verdad es que los seres humanos somos fuertes, y aunque a veces nos creamos mierdecillas no es cierto, nuestra naturaleza nos obliga a luchar hasta la extenuación. Somos una de esas especies que se han ido adaptando al cambio, hemos logrado no extinguirnos. Y eso no es fácil.

* * *

Tan pronto como mis ojos se posaron en la magnificencia de aquel lugar, sentí un cosquilleo de emoción recorrer todo mi ser. La belleza y la grandeza de esa cueva me cortaban la respiración.
Observé a Alessandra con asombro mientras su emoción y entusiasmo llenaban aquel aire viciado de humedad. Sus ojos brillaban con una chispa especial, y su rostro reflejaba una combinación de sorpresa y fascinación.
Ales estaba completamente inmersa en la belleza de la cueva, absorbida por cada detalle y formación rocosa que iba encontrando a su paso. Sus gestos y movimientos eran tan cautivadores que fue imposible no contagiarme de su entusiasmo. Se veía a leguas su dedicación y conocimiento en geología, y me sentí afortunada de estar a su lado aprendiendo de ella.
Cada vez que señalaba una estalactita o estalagmita, las palabras

fluían con un tono apasionado y lleno de entusiasmo. No solo me explicaba la composición de las rocas y cómo se formaron, sino que también compartió historias sobre los procesos geológicos y su impacto en el entorno natural. Era evidente que amaba su profesión y que cada descubrimiento la emocionaba profundamente. Observarla era como presenciar la fusión de la ciencia y la belleza de la naturaleza. Su conexión con la cueva y su entorno era palpable, y parecía que su espíritu se elevaba mientras explorábamos. Me dio la sensación como si pudiera sentir la energía de la Tierra a través de Ales, y eso me inspiraba a apreciar todavía más la interconexión entre todas las disciplinas científicas. En ese momento, comprendí que nuestras pasiones, la botánica y la geología, se complementaban de manera perfecta. Yo veía en las plantas y la vegetación un reflejo de la vitalidad de la cueva, mientras que Alessandra veía en las formaciones rocosas una historia geológica que se entrelazaba con la misma vida. Nuestras miradas se encontraron con complicidad, compartiendo una conexión especial y una comprensión mutua sin necesidad de palabras, y ese instante no voy a olvidarlo mientras viva porque ahí empezó todo. Lo comprendí mucho tiempo después.

Alessandra encarnaba el espíritu de la exploración y el amor por la ciencia, y su entusiasmo era contagioso. Me sentí agradecida de estar a su lado, compartiendo ese momento mágico, y que no supe apreciar cuando estuve allí sola. Hacía que recordara la importancia de seguir persiguiendo mis propias pasiones y aprendiendo de personas como Ales.

Perdí la cuenta de las veces que maldijo no tener su equipo para tomar muestras y anotaciones que eran vitales para un estudio exhaustivo, sabía que había encontrado un tesoro geológico y no hacía más que lanzar preguntas e ideas en voz alta que respondía con posibles explicaciones para la formación de esas estructuras y cómo se desarrollaron a lo largo del tiempo.

Después se dedicó a estudiar el riachuelo y su influencia en la erosión de las rocas, mientras yo permanecía tumbada en el agua en bragas y camiseta.

Quería capturar toda la información posible para poder compartirlo con sus colegas me decía. Y ya estaba planeando futuras expediciones para profundizar en el estudio de esa cueva única. Me hablaba de traer equipos de mapeo 3D para tener un registro exacto de las formaciones, así como establecer estaciones de monitoreo para registrar los cambios ambientales a lo largo del tiempo.

Mientras hablaba y hablaba, una sensación de gratitud me inundaba. Sabía que esa cueva se había convertido en un lugar especial en mi corazón.

- No sabes cuánto te agradezco que me hayas traído hasta aquí. Estoy

tan emocionada que se me va a salir el corazón del pecho.
Y no sé por qué aquello me salió del alma.
- Ales, no hay nadie más con quien preferiría compartir este momento. Tu pasión por la naturaleza y tu aprecio por la belleza que nos rodea son contagiosos. Estoy agradecida de que estemos aquí juntas, disfrutando de esta experiencia.
- Tú sí que estás disfrutando en remojo como una rana.
Y me di cuenta de que sus ojos se marcaban un baile por todo mi cuerpo sin ningún pudor. La camiseta blanca marcaba totalmente mis pechos.
- Me has hecho sudar tanto ahí afuera que ahora me lo estoy cobrando con intereses.
- Cada día estás más delgada.
- ¡Anda! ¿También te fijas en mis kilos?
- Yo me fijo en todo, mi querida Mia.
- Veo que eres muy observadora, mi querida Alessandra.
Me encantaba esa sonrisa entre pícara y seductora. Era algo innato en su manera de ser y creo que no se daba cuenta del efecto que podría tener en las personas. Ales era una chica del montón como se suele decir, pero desconocía el poder de atracción que podía ejercer en los demás. Sin ir más lejos, a mí me causaba curiosidad en muchos aspectos.
El pasar de las horas y a medida que el sol se ponía lentamente, la cueva se fue sumiendo en la oscuridad.
Ales, inmersa en su fascinación, no había notado cómo el tiempo había volado. Yo la observaba, admirando su dedicación, absorbida por cada palabra y explicación que compartía conmigo.
- Nunca había tenido la oportunidad de aprender tanto sobre geología como lo estoy haciendo contigo. Cada explicación tuya es como abrir una puerta hacia un mundo nuevo y fascinante. Estoy asombrada de lo fácil que se me hace entender los conceptos y como te expresas al explicarlos. Serías una buena profesora.
- Ya soy profesora, Mia.
¡Vaya! Al parecer nos dedicábamos a lo mismo, pensé en aquel instante. Y me dije que era curioso que hubiésemos hablado de tantas cosas menos de nuestros trabajos. Supongo que el hecho de naufragar cuando estábamos en plena investigación tenía mucho que ver.
- Tus alumnos deben adorarte.
- No suelen darme muchos problemas, es cierto.
- ¿Quiere eso decir que tu investigación la sufragaba la universidad en la que trabajas?
- Sí, era una colaboración de varias universidades de Italia.
- Entonces las dos veníamos en las mismas condiciones. También soy profesora en la Facultad de Biología y Ciencias Ambientales de

Barcelona.
- Me alegra mucho que encuentres valor en lo que comparto. La geología es una ciencia apasionante y poder compartir mi conocimiento contigo es un regalo. Saber que estás disfrutando de este aprendizaje es muy satisfactorio. Creo que tenemos una conexión natural en nuestro deseo de comprender el mundo que nos rodea.
- Gracias, ha sido un placer para mí tener nociones de una ciencia que no conocía en absoluto.
- Tu campo también es apasionante y muy valioso. Ahora solo falta que me des unas cuantas lecciones.
Ambas nos reímos. Ahora tengo claro que era una estupenda forma de pasar el tiempo. Dos curiosas aprovechándose de los conocimientos de la otra.
A medida que la oscuridad envolvía la cueva, la humedad y el frío se hicieron más evidentes. Las rocas parecían exudar una sensación de frescura y la humedad se iba adhiriendo lentamente a nuestras ropas. Vi como Alessandra temblaba ligeramente y me percaté de su incomodidad.
- Está comenzando a hacer frío y la humedad es alta aquí adentro. No pensé que oscurecería tan rápido y no nos queda más opción que quedarnos aquí a pasar la noche. Es importante mantenernos abrigadas y protegidas. ¿Tú estás bien? Porque a mí el frío comienza a calarme los huesos.
Ales estaba acostumbra a estas situaciones por su trabajo, pero yo no estaba tan segura de que lo fuera a pasar precisamente bien.
- Estoy más o menos bien de momento, - le dije- aunque el frío y la humedad se están haciendo notar, y mira que soy calurosa. No esperaba que nos encontráramos en esta situación, pero confío en ti y tu experiencia para no morirnos de frío aquí adentro.
- Mira que llegas a ser exagerada. – Y de nuevo esa risa magnética resonó en todas las paredes de la cueva.
- Bueno, bueno. Por lo pronto voy a encender una luz química porque ya no veo ni donde tengo los pies.
- Deberíamos comer algo y descansar. Mañana en cuanto amanezca tengo pensado seguir la gruta, puede que mas adelante encontremos aún tesoros naturales por descubrir.
Ya estaba decidido, típico de Ales. ¿Para qué preguntar si me parecía bien ni nada por el estilo? Mañana a seguir explorando y punto en boca, como decía aquel personaje de una serie de humor.
Comimos pescado que secábamos en tiras finas colgado en hilos largos de lana que extrajimos de un jersey también devuelto del mar. Que digo yo, traerse un jersey de lana con estas temperaturas pues no sé, o la persona que lo llevaba era muy friolera o estaba como una cabra.
Esta técnica también la aprendí de unos pescadores locales en otra

expedición. Debían pasar días para tener la seguridad de que el pescado estaba completamente seco para no exponerte a bacterias indeseables. En cuanto comencé a pescar, también puse a secar peces, porque nunca se sabe cuándo te vas a quedar sin poder comer. Siempre he sido previsora y no me ha ido tan mal.

El frío comenzó a penetrar en mis huesos. Las paredes de roca transmitían el frescor constante de la cueva, recordándome que estaba en un ambiente completamente diferente al exterior. Me abrigué con el anorak y Alessandra también lo hizo. El suelo bajo nuestros pies era irregular y húmedo y cada paso era cauteloso, tratando de evitar resbalones en las piedras mojadas. La humedad impregnaba el aire y se aferraba a nuestra piel, creando una sensación pegajosa y fresca a la vez. Estábamos buscando un lugar donde tumbarnos para dormir y por fin encontramos un rincón donde la piedra parecía seca. Allí nos acurrucamos apoyando la cabeza en las mochilas y buscando el calor de nuestro propio cuerpo para contrarrestar la sensación gélida. De momento teníamos luz hasta que se agotara el bastón químico.

Yo no podía dormir, la noche dentro de la cueva era como un santuario donde los sonidos del agua se fundían en un abrazo místico, transportándome a un lugar donde el tiempo parecía detenerse y las preocupaciones se desvanecían.

El agua del riachuelo fluía con suavidad, creando una sinfonía natural que se mezclaba con el eco de las paredes rocosas. Era como si el riachuelo y la cueva estuvieran en perfecta armonía.

Me sentía vulnerable, pero a la vez en comunión con la naturaleza. Mis sentidos se agudizaron y podía percibir cada sonido y cada movimiento. Al final el eco del agua y el goteo constante se volvieron compañeros inseparables. Me encontraba en un estado de introspección y conexión con la esencia más primitiva de la vida.

Esa fue la experiencia más mística que he vivido nunca. Pensaba en el cómo y el por qué de todo, de nuestra existencia, de lo que somos, de nuestra función como seres vivos que vienen y se van dependientes de un ciclo que no se detiene nunca. Me sentía como cargada de una energía distinta que solo había encontrado en aquella cueva y que nunca más he vuelto a percibir en ningún otro lugar.

Alessandra dormía ajena a todo cuanto se movía en mi cabeza, a todo lo que sentía mi cuerpo. Y en medio de esa vorágine sensitiva, comenzó el frío, el temblor imparable que comenzó de pronto y tampoco he llegado a entender.

Miré a Ales, estaba muy cerca de mí, y contemplé su cara, sus ojos cerrados, estaba en paz. Respiraba tranquila y relajada, y no sé por qué me fijé en sus labios y me entraron ganas de besarlos. En aquel instante no pensaba en nada más y lo habría hecho de no ser porque de pronto abrió los ojos y me miró. Pareció como si algo la alertara.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada, muy serias, era la primera vez que nos mirábamos así, casi sin pestañear, casi sin respirar. Yo no dejaba de temblar y aún no sé si era de frío.
- Quítate el anorak, Mia. -Y ella hizo lo mismo- Ven, acércate. Vamos a abrazarnos para compartir nuestro calor y protegernos del frío.
Luego puso los dos anoraks de forma que nos cubrieran totalmente.
- No sé qué me pasa. Nunca acostumbro a temblar así.
- Es un momento mágico ¿no crees? Dos almas exploradoras, en medio de la oscuridad de una cueva.
Los dientes me castañeaban y no se me ocurrió nada que decirle. Solo sentía como el calor de su cuerpo se mezclaba con el mío y la sensación me pareció maravillosa. Era la primera vez en mi vida que me abrazaba así con otra mujer. Teníamos una postura muy íntima con las piernas entrecruzadas y sintiendo el contacto completo de nuestros cuerpos, sin embargo, no me incomodaba o me hacía sentir pudor, más bien me agradaba tener a Alessandra así.
- Comienzo a sentirme mejor.
- Esto es más que una manera de mantenernos calientes.
- ¿Qué quieres decir?
- Estoy agradecida por tener esta experiencia contigo.

Capítulo 4

Al amanecer, después de recogerlo todo y no dejar ni rastro de nuestra estancia allí para estar en paz con la madre naturaleza, proseguimos el camino de la gruta siguiendo el riachuelo.
Alessandra estaba de lo más normal, sin embargo, algo muy dentro de mí había cambiado. No hacía más que preguntarme por qué, por qué y por qué. Y no tenía contestación alguna, por supuesto. Sí, por qué mis sentimientos cambiaban con referencia a Ales y desde cuándo. Tenía clavado en la memoria el instante en que quise besarla y eso si os digo la verdad no tengo ni idea de dónde salió porque antes jamás se me ocurrió pensar en una mujer de esa manera. Todas mis relaciones habían sido heteros y ahora de la noche a la mañana iba a resultar que era bisexual. Bueno, pues vaya sorpresas nos tenía preparada la vida.
El cacao mental era importante y no hacía otra cosa que pensar en cuales eran mis sentimientos con respecto a Alessandra, pero si hasta la noche anterior no la había visto más que como una compañera de viaje, una amiga, un apoyo en esa experiencia traumática y desoladora. ¿Qué narices había pasado dentro de mi cabeza para convertir todo eso en atracción?
Avanzamos cautelosamente por el estrecho camino de la gruta, siguiendo el sonido del riachuelo. Ales estaba encantada de proseguir esa especie de aventura y esperanzada por encontrar más maravillas geológicas. Estaba contenta e incluso iba canturreando una canción italiana, mientras yo la escuchaba entre embobada y contrariada. Cada paso que dábamos nos acercaba a lo desconocido porque poco a poco íbamos dejando atrás el lugar bello y conocido.
En esa zona la roca era gris y compacta y tuve que encender otra luz química porque la oscuridad ya no nos dejaba continuar. Seguimos adentrándonos durante metros hasta que de pronto Alessandra me cogió la mano y alumbró hacia adelante. Entonces comenzó a saltar y gritar de alegría y yo la miraba entre anonadada y sorprendida. Un poco más adelante comenzaron a aparecer de nuevo estalactitas y estalagmitas, al principio pequeñas, pero con cada paso que dábamos se iban convirtiendo en más impresionantes, creando un espectáculo natural que desafiaba a la imaginación. Sus formas caprichosas se extendían desde el techo y emergían del suelo, como esculturas pétreas creadas por un artista tocado por la vara de los dioses. Nos deteníamos para admirar su belleza y fragilidad, conscientes de que cada gota de agua que caía sobre ellas contribuía a su crecimiento lento pero constante.

Escuchamos que el sonido del riachuelo se intensificaba a medida que avanzamos y nos miramos sospechando que estábamos cerca de algo extraordinario. Y desde luego nuestros ojos se llenaron de asombro cuando contemplamos un lago subterráneo majestuoso con una gran cascada que se precipitaba desde lo alto bañando el aire con finas gotas de agua que creaban un suave rocío y ofrecían un juego de luces y sombras que embellecía aún más el entorno.
Fue como entrar en otro mundo. Aquel rugido atronador llenaba el espacio, resonando en cada rincón de la gruta. Todavía seguíamos dentro y, sin embargo, podíamos contemplar el sol a cielo descubierto. Me acerqué al borde del lago, dejando que la bruma me envolviese refrescante al tiempo que observaba con asombro el poder y la majestuosidad de la cascada. Las paredes rocosas se alzaban imponentes a nuestro alrededor, como guardianes antiguos que protegían aquel santuario subterráneo. Me sentía pequeña y humilde ante tanta maravilla.
- Il mio cuore si fermerà da un momento all'altro.
Alessandra tenía las dos manos sobre el pecho y abría un par de ojos admirados. Yo la miré y disfruté viendo su cara sorprendida, la infinita alegría que sabía estaba sintiendo y eso me hizo feliz. Estábamos ante un espectáculo natural, y mis ojos solo la buscaban a ella. Habría querido abrazarla de puro gozo, pero me quedé quieta como una de esas estalactitas, petrificada ante lo que sentía al observarla y me llamé idiota, porque no hay nada más idiota que perseguir imposibles.
- No sé lo que habrá ahí abajo, pero yo voy a darme un baño en agua dulce.
- Ten cuidado Mia.
Entré en el agua y nadé sin pensar en nada, quería acercarme a la cascada, aunque si lo hacía demasiado sería succionada. Desde mi posición podía ver que detrás de la caída de agua había una gran abertura, entonces pensé en la manera de llegar hasta un saliente de la pared que podía alcanzar y subir para deslizarme con cuidado hasta el interior.
Creo que Alessandra alucinó cuando me vio encaramarme al saliente y alzarme con un gran impulso. La miré apoyada con la espalda en la fría roca y me hacía un gesto con los brazos como diciendo ¿qué coño estás haciendo? Y yo le hice otro indicándole que esperara.
Conseguí desaparecer detrás de la cascada y en efecto la gruta continuaba de forma ascendente. Subí una especie de escalón rocoso y luego otro y otro hasta que llegué a una pendiente más pronunciada. Me costó obra y milagros llegar hasta arriba, pero cuando lo hice la luz exterior ya me marcaba el final del camino. Un poco más adelante comencé a pisar arena fina y blanca hasta que salí, al exterior. Estaba

en una cala con aguas de color turquesa y rodeada de vegetación, era pequeña y hermosa, como Alessandra.

* * *

Yo no me había dado cuenta y eso que llevaba un buen rato estudiando la vegetación costera, cuando Ales me llamó la atención de que detrás de un gran montón de helechos subía un camino lo suficiente tortuoso como para rompernos la crisma. Sin embargo, las dos estábamos preparadas para escalarlo y lo hicimos. Al llegar arriba descubrimos el paraíso. Allí había árboles frutales por doquier, que recibían agua de un lago no demasiado grande y otra cascada nos ofrecía el telón de fondo perfecto.

Caminamos por senderos rodeados de exuberante vegetación, mientras el aire cálido y húmedo acariciaba nuestra piel. A medida que avanzábamos veíamos árboles frutales silvestres cargados de frutas exóticas como guayabas, maracuyá, mangostas y caimitos y un poco más y nos desmayamos de la emoción.

Al llegar al lago de aguas serenas, nos quedamos embobadas mirando la cascada. Sus dimensiones no eran demasiado grandes, lo que le daba algo íntimo y acogedor. Parecía un espejo reflejando el cielo despejado y las montañas de alrededor. La cascada era preciosa y el agua al chocar con las rocas creaba ese sonido característico de fuerza y ferocidad al precipitarse al vacío.

El paisaje era como un estallido de colores y aromas. Flores tropicales de tonos intensos se mezclaban con la vegetación, creando un espectáculo visual deslumbrante. Mariposas revoloteaban entre las flores, mientras los pájaros cantaban melodiosos desde las copas de los árboles.

- Estoy impresionada con este lugar. – Digo prácticamente boquiabierta- ¿Crees que hemos descubierto el paraíso?
- No tengo palabras para describir tanta hermosura.
- Es posible que nos encontremos con Adam y Eva deambulando por aquí.
- Espero que no. Este sitio es solo tuyo y mío.

Yo ya no sabía si aquellas frases tenían un doble sentido o solo era producto de mi imaginación. El caso es que cada vez me ponía más nerviosa cuando me lanzaba cosas así, sin pensarlas o sí.

- ¿Quieres que pasemos la noche aquí?
- Me encantaría.
- Además tenemos de todo. Hambre no vamos a pasar. A ver, ¡dígame qué le apetece a la señora!
- Pues mira, lo primero que voy a hacer es darme un baño, vuelvo a estar muerta de calor. Y después puedes traer lo que quieras porque también estoy muerta de hambre.
- Entonces cogeré primero la fruta y después te acompañaré en ese

estupendo baño.
- Mia, ¿dónde crees que sería el lugar perfecto para pasar la noche?
- El lugar perfecto es en la cueva, protegidas y sin muchos insectos rondando a nuestro alrededor.
- Pero entonces perderíamos el encanto de este lugar mágico.
Y me sonreí dispuesta a complacerla de nuevo.
- Bueno, de todas formas, traemos el insecticida para los mosquitos y demás bichitos voladores. Buscaré un lugar apropiado donde no estemos muy expuestas y lejos del lago.
- Estupendo.
Y me puse a ello, mientras Alessandra se iba desnudando y sin entender qué me estaba pasando la fui mirando de reojo, fijándome en sus curvas al mismo tiempo que me alejaba despacio al principio y cuando ya la vi metida en el agua a toda carrera para volver lo más pronto posible.
Me di prisa en preparar el lugar que sería nuestro rincón para pasar la noche, creí que era el sitio adecuado, encima de una esplanada y con un suelo bastante limpio. Tendríamos que soportar a los mosquitos con el agua tan cercana, aunque también intentaría que nos atacaran lo menos posible.
Bajé a recoger la fruta, creí que con unas piezas de cada teníamos suficiente de momento, y volví a la orilla del lago donde Ales había dejado la mochila y su ropa. Dejé la fruta dentro del agua, así cuando volviésemos estaría algo más fresca y al mismo tiempo que iba quitándome la ropa miraba a mi compañera que estaba disfrutando como una loca.
Me sumergí en las aguas cristalinas, dejando que su frescura me envolviera por completo y nadé hacia la cascada, sentía cómo las gotas caían suavemente sobre mi cabeza y hombros. La sensación era placentera, como si la cascada me liberara de todas las preocupaciones y cargas del momento que vivíamos.
Cerré los ojos y me dejé llevar por la tranquilidad de ese lugar. El sonido del agua, los rayos del sol en la cara, el grito incesante de los pájaros exóticos. Al fin, defino esa melodía envolvente como una sinfonía que llenaba mi alma de serenidad. Y me sentí agradecida por haber descubierto aquel rincón de belleza indescriptible.
Era mi momento de paz interior, y me negaba a pensar en Alessandra obligándome a sacarla de mi cabeza. No quería que nada enturbiara ese tiempo que me regalaba a mí misma como si de un tesoro se tratara.
Me pasé bastante rato a solas conmigo y por increíble que pareciera Ales ni se acercó, quizás comprendiera que necesitaba ese espacio de comunicación interna y lo respetó. Ni siquiera se dirigió a mí a voz en grito desde el otro lado del lago diciendo cosas como si me había

dormido.
Cuando regresé y salí del lago estaba atacando una guayaba con ganas. Había cogido mi cuchillo e iba cortando trozos que después paladeaba como el mejor de los manjares. Yo sonreía y me acerqué a por el resto de fruta. Era cierto que estaba algo más fresca y cuando conseguí recuperar mi cuchillo yo también la saboreo. Desprende un olor dulce maravilloso y tengo que decir que me lo paso pipa comiendo.
Las cosas más simples de la vida allí cobraban un valor extraordinario. No nos damos cuenta de lo fácil que nos resulta abrir un grifo y que salga toda el agua del mundo, tener electricidad que nos resuelve miles de problemas, gas y tantos avances de todo tipo que al final nos hace ser seres débiles y frágiles.
Yo formo parte de esa ciencia y claro que es necesaria, con ella combatimos enfermedades y mejoramos nuestra calidad de vida, sin embargo, cuando te encuentras viviendo situaciones tan extremas te das cuenta de lo vital que resulta el agua y no dejamos de malgastarla en países del primer mundo. Nos consideramos primer mundo cuando ante una gran catástrofe natural los mal llamados tercermundistas serían los únicos supervivientes, precisamente por la falta de recursos y su lucha por conseguirlos, son verdaderos expertos en supervivencia.
Tenía la cabeza en pleno funcionamiento como cuando a los antiguos barcos de vapor se les echaba leña y más leña para volar entre las aguas, pues así eran mis pensamientos, no dejaba de echarles leña y no hacía otra cosa que filosofar y cuestionármelo todo.
Le pregunté a Ales si le apetecía más fruta y las dos estuvimos de acuerdo en que nos habíamos quedado llenas, entonces decidimos ir hasta el lugar que preparé para dormir y contemplar desde allí el impresionante paisaje. Teníamos todo el tiempo del mundo y no sé cómo comenzamos a hablar de nuestras familias.
- Recuerdo los días en que solía ir a pasear con mis padres por el campo siendo una niña y cogíamos fruta de los árboles. Mi madre vigilaba para que no nos pillara el dueño y luego salíamos corriendo como si hubiésemos cometido el robo del siglo. – Y reía al recordarlo- Siempre hemos tenido un vínculo muy cercano y especial. Me enseñaron a perseguir mis sueños y a ser valiente. A no humillarme, ni agachar la cabeza y creo que lo he conseguido.
- Parecen personas fantásticas.
- Lo son. Me han apoyado en todos mis proyectos y me dieron todo el amor del mundo. No puedo pedir más.
- Estarán orgullosos de la persona fuerte y cariñosa en la que te has convertido.
Creo que la miré con esa sonrisa torcida que a veces me he visto en las fotos.

- ¿Te parezco cariñosa?
- Sí.
- Creo que eres la primera persona que me lo dice.
- Me siento afortunada de tenerte. Tu apoyo significa mucho para mí.
- Sabes que siempre estaré aquí para ti.
- Grazie bella.
Me gustaba escucharla hablar en su idioma y tampoco voy a negar que Italia me ha encantado siempre.
- Cuéntame cosas de Milán.
- Y ¿qué quieres saber en concreto?
- Qué te gusta a ti.
- Podría empezar por el Duomo y no porque sea una católica empedernida sino por su belleza. -Se refería a la catedral de estilo gótico- La pinacoteca di Brera o el teatro alla Scala famoso por sus óperas y el Castello Sforzesco. Me encanta que sea reconocida como uno de los principales centros de la moda con diseñadores tan conocidos como Armani, Prada, Gucci o Versace. Si quiero ir de marcha nocturna me voy a Navigli y Brera y me fascina el risotto allá milanese.
- Cuando salgamos de aquí vas a tener que invitarme a tu casa, porque yo todo eso no me lo pierdo.
Por una vez el hecho de decirle que íbamos a salir de ahí surtió el efecto deseado y rio con ganas.
- Pues estaremos encantados de acogerte cuando quieras. Además, a Fabrizio le vas a caer muy bien.
- Me agrada saberlo. ¿Lo echas de menos?
No sé ni como se me ocurrió hacer la pregunta.
- Estábamos pasando un momento feliz. Siempre ha sido un gran apoyo y me ha animado a seguir con mi gran pasión. Aunque también hemos tenido temporadas difíciles y de muy poco entendimiento.
- Comprendo.
- Me hace sentir valorada y eso es muy importante para mí.
Yo no sabía como decirle ¿y el amor?
- Eso es un gran regalo. Te mereces toda la felicidad que encuentres.
- Tener personas especiales como tú en mi vida también es un regalo.
Solo se me ocurrió mostrarle una sonrisa porque mi cabeza ya iba a la deriva. Y es que me sentía confundida y sorprendida por los celos que estaban surgiendo de mi interior hacia Fabrizio.
Por un lado, sabía que eran irracionales, pero no podía evitar esa punzada de envidia que me forzaba a desear tener algo así en mi vida.
Me cuestionaba por qué estaba sintiendo esto y me daba cuenta de que podrían ser señales de una insatisfacción personal o un anhelo por encontrar una relación amorosa. Enfrentarme a la realidad de que tal vez hubiera ciertos sentimientos no resueltos hacia Ales que

estuviesen aflorando en mí de manera inesperada me desesperaba. Y encima me sentía culpable por esos pensamientos que surgían sin poder evitarlo y que ni mucho menos podía compartir.
Debía reflexionar y explorar con calma mis propios deseos y necesidades. Posiblemente lo que me estaba pasando es que me sentía sola y debía abordar de manera honesta y madura lo que creía se estaba despertando en mí. Sin embargo, cuando oscureció y nos tumbamos para dormir, a Alessandra no se le ocurrió otra cosa que abrazarse a mí como la noche anterior. Creí que iba a darme un colapso nervioso porque toda la piel se me erizó y mi cuerpo reaccionaba de forma alarmante a esa conjunción de cabezas, brazos y piernas enredados.
Mientras la oscuridad nos envolvía yo cerraba fuertemente los ojos creyéndome en una galaxia lejana. No quería estar allí abrazada a Ales y sintiendo cosas que me negaba a admitir al mismo tiempo, que se iba acomodando más a mi hombro y se quedaba dormida como un angelito. ¿De veras iba a pasar otra noche casi en vela?

* * *

De vuelta en el refugio, dejamos el barril con las provisiones de agua, las mochilas, nos sacamos la ropa empapada de sudor y nos tiramos literalmente sobre el mullido suelo a la sombra. Estábamos derrotadas, con un cansancio extremo y yo por lo menos no podía mover uno solo de mis músculos.

La experiencia había sido alucinante, pero el desgaste también y ahora teníamos que recuperar fuerzas. Solo quería dormir. Llevaba dos noches prácticamente en vela y ya no podía más.

La bajada de nuevo hacia la cueva fue de órdago, tuve que atar mis improvisadas cuerdas a un árbol y ayudarnos con ellas para no acabar rodando ladera abajo.

Cuando nuestros pies por fin tocaron la fina arena de la cala, volvimos a entrar en la cueva y fue entonces, al comenzar a caminar hacia el interior que Ales se fijó en algo que estaba prácticamente enterrado y al descubrirlo sacó una especie de piqueta que nos dejó a las dos asombradas. ¿Qué hacía una herramienta allí? La observé detenidamente y la cabeza estaba diseñada con una parte puntiaguda en un extremo y una superficie plana en el otro. Pensé que era justo lo que necesitaba para poder abrir el dichoso contenedor que ya me tenía frita de tanto intento fallido.

Estaba contenta con el hallazgo, aunque en ese instante no pudiera ni mover una ceja.

Creo que estuvimos durmiendo unas cinco horas seguidas, por lo menos yo, porque al despertar Alessandra ya no estaba en el refugio. Eso me hizo dar un bote y salir para ver donde se había

metido, la vi nadando tranquilamente, y respiré sosegada.

Mi mente era una contradicción en sí misma y esas reacciones mías con respecto a Ales tampoco es que me ayudaran mucho a decantar la balanza hacia el no te importa o no te pongas de los nervios cada vez que no sabes dónde está.

Fui a darme un baño para refrescarme y en dos segundos ya la tenía a mi lado.

- Ya era hora de que aparecieras.
- ¿Llevas mucho rato despierta?
- El suficiente para haber ido a buscar algo de fruta y poder cenar esta noche. Sin fuego la pesca queda descartada.
- ¿Ya no te gusta el sushi?
- Prefiero esos pescados asados que me cocinas con tanto esmero.
- Mira que eres caradura. -Al final siempre acababa haciéndome reír. - Y ¿qué fruta nos has traído?
- Aquí hay frutas rarísimas y que no había visto en mi vida. Si las cojo, es porque tú ya las has traído antes, pero no me preguntes que son porque no tengo ni idea.
- Te he dicho los nombres de todas las frutas que hemos comido.
- Pues ya los he olvidado.
- Mañana volveré a hacer el fuego para que la señora disfrute de los suculentos pescados.
- Si quieres puedo intentar hacerlo yo, mientras tú sales a pescar.
- Me parece fantástico. ¡Esto es trabajo en equipo, si señor!
- ¡Che carina è la bambina!
- Si me hablas en italiano, que por otro lado me encanta, tenemos un problema y es que no te entiendo ni una palabra.
- He dicho ¡qué graciosa está la niña! Y no sería mala idea que diéramos unas lecciones en nuestros idiomas. El aprendizaje es cultura ¿no?
- Sí, eso dicen.
- Entonces a partir de mañana tenemos clase diaria de idiomas.
- ¡Madre mía!

El sol descendía con rapidez y la oscuridad no tardaría mucho en cubrir todo cuanto veíamos en aquel momento. Decidimos salir del agua y refugiarnos porque a esa hora los mosquitos eran los reyes del lugar y se lanzaban a por nuestra sangre con un hambre feroz.

A mí me encantaba dar paseos por la noche y caminar sobre la orilla durante metros, pero había acabado por temer a las picaduras porque por alguna razón afectaban a mi piel en exceso y lo pasaba realmente mal. Mi poción de aloe vera me salvaba la vida, sin embargo, las primeras horas eran horribles.

Como la mayoría de las noches hicimos lo que ya se había convertido en todo un ritual. Cenamos mientras nos secábamos cerradas a cal y

canto dentro del refugio, luego nos vestíamos y embadurnábamos las partes visibles de piel con el insecticida. Dedicábamos un buen rato a charlar de cualquier tipo de cosa, lo que surgiera, y después nos poníamos a
dormir. Esa noche en particular estuvimos hablando de la experiencia vivida los dos días anteriores y lo satisfactorio que había sido para ambas. Incluso estuvimos creando hipótesis de dónde procedía aquella piqueta encontrada en un lugar tan desértico y las conjeturas nos hicieron reír un buen rato. Al final por unanimidad quedamos en que pertenecía a unos piratas de tiempos pasados.

Aquella noche mientras la oscuridad envolvía nuestro refugio, la tensión volvió a apoderarse de mí. Alessandra se acurrucó a mi lado buscando ese contacto cercano como las dos noches anteriores. Mi corazón comenzó a latir desbocado y mi mente se llenó de pensamientos contradictorios.

Por un lado, sentí un torrente de emociones y deseos que luchaban por salir a la superficie. La calidez de su cuerpo contra el mío creó una tormenta de sensaciones en mi interior. Sin embargo, también sentí una intensa sensación de miedo y confusión, temiendo perder el control de mis actos y la estabilidad de nuestra amistad.

Cada roce de su piel contra la mía parecía enviarme ondas eléctricas a través de mi cuerpo, despertando una pasión latente que había permanecido oculta durante todo ese tiempo. Traté de mantener la calma, de controlar los latidos de mi corazón acelerado, pero cada caricia inocente e inadvertida encendía fuego dentro de mí.

Luché contra mis propios sentimientos, tratando de encontrar un poco de luz ante tanta confusión. ¿Cómo era posible que un vínculo de amistad se hubiese transformado en algo más?

En el silencio, el peso de mis emociones se volvió casi insoportable. Mis pensamientos creaban una especie de danza complicada de deseo y miedo. Hubiera querido expresar lo que estaba sintiendo, sin embargo, sabía que mis palabras se atascarían en mi garganta, como si temiera desatar una avalancha que no podría controlar.

Finalmente, con una mezcla de temor y determinación, descubrí que su abrazo me excitaba y necesitando espacio para respirar me alejé un poco, quería reflexionar sobre lo que estaba sucediendo dentro de mí y cómo manejarlo. Sabía que necesitaba tiempo para procesar mis propios sentimientos porque ni yo creía en lo que me estaba pasando.

Las horas pasaron incómodas consciente de la tensión provocada en todo mi cuerpo y acurrucada en un rincón, me envolvió la incertidumbre de si me había enamorado de Alessandra sin darme cuenta. ¿Podía pasar algo así? No fui consciente hasta aquel momento en la cueva en que tuve la necesidad de besarla.

Esa larga noche creí que me volvería loca porque estaba en shock. Se

supone que la “heteronorma” es lo que debemos concebir y asimilar desde pequeños, es lo que nos enseñan y lo que la sociedad impone sin pensar que existe la diversidad tanto sexual como de género, pues bien, yo era de esas personas a las que educaron creyendo eso. Hasta que te das con las narices en el suelo y ves como todo lo aprendido no es más que una norma que no se sostiene por ningún lado. Entonces es cuando comienzas a preguntarte por qué eres diferente. Ves que tus padres, tus hermanos, tus tíos, tus primos y hasta tus amigos están dentro de la norma y de pronto, llegas tú y te pones al otro lado de una cuerda interminable. Os aseguro que no es fácil.

Una vez que comprendí que no podía luchar en contra de mis sentimientos quise tranquilizar a mi conciencia y al día siguiente desperté durmiendo un par de horas, pero convencida de que mi atracción hacia Alessandra era tan real como la luz que me estaba alumbrando.

Es cierto que la miraba de forma diferente o por lo menos ya era consciente de ello, y cada vez que nuestros ojos se cruzaban era como si le lanzara un mensaje de amor secreto, ¡por favor, que cursi suena eso! Me río porque mi inocencia era escandalosa en aquellos momentos. Estaba traspasando un umbral desconocido y todos mis actos eran nuevos con referencia a Ales. Yo no sé si se percataba de algo, si veía cosas extrañas en mí o si sospechaba de alguna forma que mis atenciones rallaban la galantería. El caso es que estaba obnubilada literalmente y que de saber que el tal Fabrizio no existía, me habría lanzado en picado a por ella.

Aquel día fue muy productivo y conseguimos pescar en abundancia, hacer fuego y abrir el maldito contenedor dándole porrazos con la piqueta durante un buen rato.

El contenedor que debía medir alrededor de un metro de largo por unos setenta centímetros de alto más o menos estaba ya semienterrado en la orilla de la playa por la acción de las olas. Una vez que lo pude sacar del agua para que el mar no volviera a llevárselo hacia aguas más profundas y perderlo, se quedó incrustado allí y no tuve ovarios para moverlo ni un centímetro.

Su estructura estaba hecha con un material parecido al PVC, impermeable y resistente y estaba completamente cerrado y protegido para evitar la entrada de agua, y precisamente eso es lo que provocó que flotara, aunque su cierre hermético fue lo que me dio tantos dolores de cabeza para intentar abrirlo hasta que encontramos la bendita piqueta que hizo saltar la cerradura a fuerza de golpes y dejarme casi la vida en el intento.

Cuando por fin conseguimos abrir la tapa en su interior todo estaba ordenado en cajas que se mantenían completamente secas, de veras, mis felicitaciones para el fabricante. Y a pesar de las largas

horas de exposición al sol, la acción de las olas y el gran trozo de tela de una de las velas de la goleta que puse para taparlo y que me cansaba de mojar, creo que fue lo que consiguió que su contenido se hubiera conservado en tan buenas condiciones.

Iba pasándole las cajas a Ales y las dejaba retiradas del agua para evitar accidentes después de las penas pasadas para abrir el dichoso contenedor. Y cuando ya estuvieron todas nos sentamos y comenzamos a abrirlas expectantes. Si aquel día no nos dio un infarto ya no lo haría en lo que nos restara de vida.

Encontramos diez botellines de agua, una linterna, una brújula, suministros médicos básicos, dos ollas pequeñas, una taza y una cuchara, una chaqueta impermeable, una camiseta térmica y unos pantalones interiores parecidos a los leggins también térmicos, sopa deshidratada, arroz y latas de atún, frijoles y lentejas. Todo lo demás no nos era de utilidad.

Cuando acabamos de abrir las cajas tan emocionadas como estábamos, nos miramos y las dos lloramos abrazadas. Son esos momentos los que más unen, los que te dan fuerzas para seguir y los que hacen que te congracies con la fe.

Capítulo 5

Llevábamos más de un mes en la isla y a veces me daba por pensar que nunca íbamos a salir de allí. Ya eran muchos días de darle la oportunidad a ver una avioneta sobrevolar nuestra posición buscándonos y eso iba mermando la esperanza de que de un momento a otro nos encontraran.

Tenía bien señalizada nuestra posición y mi temor de salir a explorar y que ninguna de las dos estuviera en el refugio me martirizaba, pero ahora pasado tanto tiempo sin que nadie diera señales de búsqueda se me ocurrió que podíamos recorrer otro sector de la isla. La otra vez no nos fue nada mal, así que arriesgarnos a seguir conociendo partes del lugar que habitábamos cabía dentro de la lógica.

Con nuestras mochilas bien sujetas a la espalda, y después de haber dejado todo el campamento en orden y bien recogido. Nos adentramos por un sendero desconocido por el que ninguna de las dos nos habíamos aventurado, así que íbamos a ciegas. A cada paso que damos, me voy emocionando y es que como botánica descubrir especies tan raras hace que arda mi corazón de alegría y curiosidad por observarlas, estoy hasta nerviosa porque verlas en los libros está muy bien, pero poder palparlas es una gozada indescriptible.

- Estoy emocionada, ha sido todo un acierto explorar esta parte de la isla. Es fascinante. -Y Ales me miraba toda curiosa- Mira, estas especies son muy difíciles de ver.

- Siempre me sorprendes con tu extremada emoción.

Y se ríe divertida mirando mis expresiones y atendiendo a lo que le cuento de cada especie.

A medida que avanzamos, mi mirada se desplaza entre los árboles y las plantas que nos rodean. Ales camina a mi lado, expectante y curiosa, he logrado transmitirle mi emoción y siento una alegría incontenible al compartir mis conocimientos y descubrimientos.

- Mira, ese es un árbol pandanus. Sus hojas son largas y puntiagudas, y se utiliza para hacer esteras y cestas. Además, sus frutos son comestibles y tienen un sabor dulce. -Continuamos avanzando, deteniéndonos de vez en cuando para examinar plantas autóctonas y flores exóticas. Me acerco a una hermosa orquídea que se asoma tímidamente entre la vegetación y Ales se queda embobada mirándola.

– Esta orquídea es una especie de esta región. Fíjate en sus colores brillantes y sus formas únicas. Cada orquídea es como una pequeña obra de arte.

- Es tan delicada y hermosa. Cada vez entiendo más por qué amas

tanto el mundo de las plantas.
- Es fascinante. Gracias por compartir con entusiasmo mi mundo conmigo.
- Me emociona que me expliques la historia detrás de cada planta y cómo se integran en el ecosistema de la isla. Es alucinante. Mil gracias por compartirlo conmigo.
- Es un regalo tenerte a mi lado.
Ya no podía evitar que sin pensarlo me surgieran frases como aquella. Quería volver a casa, sí, pero esos momentos no los cambiaba por nada en el mundo.
Continuamos caminando, maravilladas por la belleza que nos rodeaba hasta que llegamos a una ladera que decidimos subir. No parecía peligrosa y agarrándonos a lianas y raíces llegamos arriba. Estábamos muertas de calor y paramos a descansar un poco para beber y comer, necesitábamos reponer fuerzas y bajo la sombra de un gran árbol de teca nos recreamos en sus preciosas flores rosadas que eran todo un espectáculo visual.
Cuando estuvimos preparadas para seguir, fuimos decididas en dirección recta hasta que nos tropezamos con un acantilado impresionante, no queríamos bordearlo porque nos alejaríamos demasiado del refugio y con probabilidad acabaríamos bajando por el otro lado de la isla y tampoco sabíamos cuánto tiempo nos llevaría eso. Así que volvimos sobre nuestros pasos y de pronto me fijé en una especie de sendero que descendía la ladera y le propuse a Ales seguirlo. Estaba contenta y parecía que esa mañana todo lo que decía le resultaba bien. Pues adelante entonces a seguir la aventura, me dije.
Con cuidado comenzamos a bajar más o menos sin problemas hasta que llegamos a una especie de saliente que me obligó a sacar las cuerdas que siempre llevaba conmigo por si las moscas. Con determinación las até a sendos troncos y después nos até a nosotras. Cuando le pasé la cuerda a Ales por la cintura y le hice una especie de arnés las manos me temblaban. Cada día que pasaba me sentía más nerviosa con su proximidad y estaba convencida de que al final iba a notármelo sin remedio.
Nos fuimos dejando caer decididas a sortear cualquier obstáculo y la adrenalina fluía imparable mientras descendíamos.
- ¡Ales, asegúrate de agarrarte bien a la cuerda y desciende lentamente!
- Entendido, mi capitana. Estoy lista para este desafío.
- ¡Si te caes, me muero, así que déjate de coñas!
Con cada descenso, nos apoyábamos transmitiéndonos confianza y aliento. Estábamos bajando hacia un manglar.
- Mira la vista desde aquí, Mia. Es como si estuviéramos suspendidas en el aire, viendo el horizonte extendiéndose hasta el infinito.

Yo miraba hacia abajo con cautela, y sentía un cosquilleo en el estómago. No podía evitar sentirme temerosa y al mismo tiempo emocionada por lo que nos esperaba al final del descenso.
La pendiente se volvió más pronunciada a medida que bajamos y las raíces entrelazadas añadían un desafío aún mayor. Solo quedaban unos metros para llegar al final de la ladera y tocar tierra firme, y cuando lo conseguimos ambas respiramos con alivio.
- Voy a beber un poco de agua.
- Nos hemos quedado sin cuerdas. Espero que el camino a partir de aquí sea plano hasta llegar a la playa.
- ¿Qué es esto?
Y miré a mi alrededor, reconozco que bastante entusiasmada por el entorno.
- Estamos en un manglar.
- ¡Pero por aquí es imposible seguir! Mira todas esas ramas torcidas que salen del suelo.
- Todo esto son árboles de mangle y sus raíces son aéreas. Es un ecosistema único.
- ¡Esto es increíble! Casi nos matamos por esa ladera y ahora estamos en medio de otro problema que no sé como vamos a solucionar. ¡No me digas que estamos atrapadas!
- Las dificultades se nos acumulan, es cierto, aunque si me sigues sin protestar demasiado, saldremos de aquí. – Le tomé la mano a Ales con suavidad. – Estamos en un lugar complejo, pero lo que sé con certeza es que juntas podemos superar cualquier dificultad que encontremos.
- Confío en ti.
Sí, estaba orgullosa y parecía un pavo por las palabras de Ales.
- Entonces adelante.
Avanzamos muy atentas por la dificultad que suponía caminar a través de un manglar y con cada paso nos adentrábamos más en lo desconocido.
- ¿Qué hace que los manglares sean tan especiales?
- Se encuentran en la zona de transición entre el agua dulce y el agua salada.
- ¿Y cómo puede esta vegetación sobrevivir en estas condiciones de agua salada?
- Los árboles de mangle tienen raíces aéreas que les permiten obtener oxígeno del aire. Otras plantas y arbustos también están adaptadas a este ambiente salino.
- ¡Es fascinante! ¿Y por qué hay tantas aves?
- La mayoría son aves migratorias que vienen a alimentarse de peces y crustáceos. Aquí hay una gran diversidad de vida animal, incluidos reptiles.
Entonces pillé a Ales mirando cautelosa a su alrededor.

- ¿Y se puede saber qué tipo de reptiles son?
- Bueno -Dije sin dar mucha importancia. – Podemos encontrarnos con serpientes y cocodrilos.
- Eso ya no me gusta tanto. ¡Los cocodrilos y serpientes suenan un poco intimidantes!
- No te preocupes, estamos en su territorio, pero mientras seamos cautelosas, no deberíamos tener problemas.
- ¿Qué quieres decir con cautelosas?
- Pues mientras que no los molestemos, no pasará nada.
- Muy tranquilizador.
A mí me dio por reír y Ales me lanzó un trozo de rama a la cabeza.
- ¿Alguna vez te he dicho lo bonita que estás en medio de este manglar?
- Teniendo en cuenta que es la primera vez que estoy en un manglar, no. No me lo habías dicho nunca.
Sin embargo, su sonrisa decía que le había gustado el piropo.
- ¡Mira esto! ¡Hemos llegado a los árboles de mangle!
- ¡Guau! ¡Las raíces parecen tentáculos!
- Sí, nos están diciendo "¡bienvenidas a nuestro mundo pantanoso!"
- Ahora me siento como si estuviéramos entrando en un mundo misterioso lleno de seres de otro planeta.
- Pues cuidado con este planeta y no te quedes atascada, este fango es muy pegajoso.
- ¡Ups! ¡Mis botas se están convirtiendo en un imán!
Me dice intentando levantar un pie del fango.
- Eso es lo que pasa cuando no tienes patas adaptadas para este entorno.
- Bueno, no soy la única que se ha quedado pegada al suelo. Parece que estás desafiando la ley de la gravedad con esos enormes bloques de barro en tus pies.
Ales se ríe a carcajadas mientras juega con el fango de sus botas y yo intento sacudírmelo.
- Y digo yo, ¿por qué no se han inventado las botas anti-lodo?
- Parecemos personajes de una comedia.
- Sobre todo tú que tienes la cara llena de fango. Tienes un espíritu aventurero innato.
- Estamos navegando por el fango, luchando contra raíces tentáculos y aún me voy a romper la crisma si me resbalo. ¿A eso lo llamas espíritu aventurero?
- ¡Al menos lo estamos disfrutando!
- ¡Pues lo estarás disfrutando tú, porque yo me he vuelto a quedar clavada y no hay manera de levantar el pie!
- Espera que ya te ayudo.
- Espera dice. Como no me saques de aquí me quedo en este manglar

lo que me resta de vida.
A mí me dio por reír mientras tiraba de Ales y parecía que estaba enganchada con un pegamento extrafuerte. Y acabó contagiándose de mi risa al punto de que nuestras carcajadas asustaron a todo bicho viviente que estaba a diez metros a la redonda.
- ¡Ven aquí amore mio y abrázame!
Abrazadas y partiéndonos de la risa, estábamos pegadas como si aquello fuera un bloque de hormigón.
- ¿Sabes que me encantas cuando te ríes así? – Me soltó sin anestesia cuando calmamos nuestras risas. – En serio, este lugar se vuelve aún más especial estando a tu lado.
Creo que en mi vida me he sonrojado tanto.
- Me alegra que podamos compartir momentos de risa y despreocupación en medio de este drama que estamos viviendo. Tu compañía hace que todo sea emocionante y divertido.
- Eres un ángel, bella. Y piensa que no hay nadie más con quien prefiera estar embarrada en medio de un manglar que contigo.
Esa frase hizo que volviéramos a estallar en carcajadas. Ahora podría decir que disfrutábamos del simple placer de la compañía mutua.
Adaptarnos a las condiciones del manglar, como el calor, la humedad y los insectos hicieron que tuviéramos que protegernos del sol y cubrirnos adecuadamente para evitar quemaduras y picaduras. Además, teníamos que recurrir al agua depositada en hojas altas para no acabar con nuestras existencias. El camino comenzaba a hacerse largo y tedioso y el cansancio nos entumecía las piernas.
Intentaba seguir el flujo del agua hacia tierra firme y fijarme en el rastro de animales que pudieran indicarme una salida. El fango seguía adhiriéndose a nuestros pies, haciendo que cada paso fuese un esfuerzo adicional. Las raíces aéreas parecían entrelazarse deliberadas, formando un laberinto que obstaculizaba continuamente nuestro progreso.
- ¡Esto es como un entrenamiento ninja! Cada paso que damos es como si desafiáramos al equilibrio.
- Sí, estamos realizando un ballet acuático en medio de un manglar. Solo espero no terminar haciendo un inesperado aterrizaje forzoso.
- ¡No te preocupes! Siempre he dicho que mi carrera frustrada es la de enfermera.
- Tú sigue con ese espíritu inquebrantable. ¡Si alguien puede superar todo esto, eres tú!
A pesar de las dificultades y los resbalones, seguimos adelante, ayudándonos a superar cada obstáculo y no es que nos faltara humor por las caídas y los momentos cómicos que surgían.
De pronto, mi corazón comenzó a latir acelerado, no estaba segura, y tampoco quería asustar a Ales, sin embargo, me conocía lo suficiente

para en cuanto viera mi actitud toda ella se pusiera en alerta.
- ¿Qué pasa?
- Mantente detrás de mí, y no digas ni una palabra, ni hagas movimientos bruscos.
Estaba a solo tres metros de distancia, y en efecto era un cocodrilo de los manglares camuflado entre la vegetación y el lodo.
Me dejaba sin aliento su imponente presencia, la piel escamosa y la mirada penetrante. Es cierto que al principio me quedé impresionada ante esa criatura prehistórica, sin embargo, con rapidez me di cuenta de la importancia de mantener la distancia y de no perturbarlo. Su naturaleza depredadora y su capacidad para reaccionar rápidamente me recordaban que estábamos en su territorio y que debíamos ser muy cautelosas.
Le hice un gesto a Ales para que retrocediera sin abrir la boca y me centré en no hacer ningún movimiento que llamara su atención y que interpretase como una amenaza.
Ales lo vio y estaba horrorizada, creo que ni siquiera respiraba. Fuimos retrocediendo muy lentamente y en ese instante se giró y percibió mi presencia, la sensación de cautela se intensificó de manera instantánea porque no me quitaba de encima esa mirada penetrante de ojos oscuros. Mi prioridad era mantener la calma y cogí de la mano a Ales para que no se moviera. Era crucial no mostrar ningún signo que percibiera como agresivo e intenté mostrar una postura tranquila. Luego comencé a retroceder tirando de mi compañera lentamente y sin perder de vista al cocodrilo. A medida que nos fuimos alejando y tomamos una distancia prudencial evalué la situación y mi respiración se volvió más controlada al tiempo que intenté mantener la compostura.
Sabía que los cocodrilos son animales poderosos y rápidos, capaces de reaccionar con una agilidad sorprendente y por eso mantuve mi atención en su comportamiento, buscando señales de agresividad.
Mientras nos alejábamos, una sensación de asombro y gratitud me embargó. Tuve la oportunidad de presenciar cerca a uno de los más antiguos y temibles habitantes de los manglares.
- Tranquila, estamos a salvo.
Ales estaba temblando y se abrazaba a mí invadida por el miedo. Intenté calmarla con todo el cariño del mundo, aunque a partir de ese instante estaba convencida de que se habían acabado las risas. Le dije que si quería parar un poco y me soltó que ni loca se quedaba allí, que por favor saliésemos de los manglares porque ya no se fiaba de nada. Y yo endurecí la marcha, a pesar de la complejidad del camino.
Pasó un buen rato hasta que vi una especie de esplanada con algo de arena y le propuse que parásemos a descansar y reponer energía. El sol aún pegaba de lo lindo y solté la mochila en una zona con sombra.

Por esa vez Ales estuvo de acuerdo, creo que estaba tan agotada que ya no podía con su vida.
El descanso nos vino de fábula, comimos, bebimos y ganduleamos un poco. Alessandra se había sacado las botas y los calcetines porque ya no los soportaba, necesitaba refrescarse los pies y se remangó los pantalones hasta la pantorrilla. Luego ni corta ni perezosa, se metió en el fango cercano y suspiró con la improvisada cataplasma. Me sonreí al verla y es que las ocurrencias de Ales no cambiaban.
- Nena, voy a mirar si estamos cerca de la playa – Le dije. – Esta arena parece indicar que el manglar está llegando a su fin.
Me fui alejando y de repente, escuché un grito de dolor que me heló la sangre. Giré lo más deprisa que pude sobre mis pasos y encontré a Ales agarrando su pie y el rostro contorsionado por la agonía. Corrí hacia ella desesperada y lamentando haberla dejado sola.
Allí, bajo su pie desnudo, vi en la arena como se alejaba un pequeño, pero temible escorpión. Al principio me quedé lívida y lo perseguí para comprobar si era venenoso.
Conozco a estas especies gracias a un curso que realicé al acabar la carrera. Siempre digo que donde hay plantas hay animales y algunos no están para bromas. Se llamaba “Especies Peligrosas: Biología, Ecología y Riesgos. Aunque lo que más me ha enseñado a lo largo de los años es la práctica.
Vi que era un escorpión de manglar de un color negruzco y unos cinco centímetros y respiré aliviada. La picadura no daría problemas siempre que Ales no fuese alérgica.
Mi mente entró en acción mientras buscaba soluciones para ayudarla. Le quité con rapidez el fango con agua de uno de los botellines y le limpié la herida con pulcritud para intentar evitar una infección, no disponía de jabón que era lo recomendable y decidida cogí el alcohol y una gasa que encontramos en el contenedor, y a pesar de que Alessandra se retorcía de dolor, con suavidad limpié la herida arrastrando cualquier suciedad que hubiese podido quedar.
Miraba a Alessandra que padecía un dolor insoportable y se agarraba a mí buscando consuelo en medio de una angustia que no puedo describir. Intenté transmitirle calma y explicarle que el escorpión no era peligroso, aunque en mi interior también me sentía asustada y ansiosa. No podía soportar verla gritar de dolor.
Observé con detenimiento la herida y mis pensamientos ya iban a la búsqueda de antídotos naturales y remedios que pudieran aliviarla. Y corrí como una loca por los alrededores hasta que encontré hojas de aloe vera, fue lo único que pude localizar en ese momento. Le extraje el gel y lo apliqué en la herida, esperando que sus propiedades antiinflamatorias y cicatrizantes le fuesen de ayuda.
En medio de la incertidumbre a que pudiera ser alérgica, mantuve la

esperanza de que mi rápida respuesta y los recursos limitados, pero eficaces que tenía a mano pudieran brindarle alivio. Y aunque el dolor persistía, no dejaba que el miedo me dominara. Sabía que no podría ponerse en pie ni de broma. Estaba desesperada y las lágrimas recorrían sus mejillas sin parar. Me dolía el verla así y no podía imaginar por lo que estaba pasando.

Estaba tumbada en la arena medio acurrucada y con el pie apoyado en uno de mis muslos. Lo vigilaba de cerca para detectar cualquier signo de complicación. Era normal que la piel estuviera enrojecida y algo inflamada, aunque mientras no cambiara de aspecto todo iría bien.

Sus llantos incontenidos me golpeaban el alma, y una mezcla de preocupación y desesperación se apoderaba de mí. Entonces tomé sus manos en las mías.

- Tranquila cariño. – Susurré con suavidad, intentando infundirle calma en medio de su sufrimiento. – Estoy aquí, y sabes que vas a tenerme a tu lado. Eres fuerte, valiente y sé que puedes superar esto también. Ahora sientes mucho dolor porque el veneno está actuando, pero poco a poco irá calmándose.

Con cuidado evalué su pie herido, buscando cualquier señal de complicación, y agradecí internamente que el veneno del escorpión no fuese peligroso, aunque eso no disminuía mi preocupación por su dolor y su incapacidad para caminar.

Busqué en mi mochila y saqué una camiseta, que comencé a cortar en una tira lo más larga posible con mi cuchillo e hice una improvisada venda para protegerle el pie y reducir la presión sobre la herida. Con paciencia y ternura, volví a ponerle otro poco de gel de aloe y solo con el leve contacto Ales gritaba de dolor.

- Confía en mí – Le decía con voz firme, aunque reconfortante. – Nos quedaremos hasta que comience a remitir el dolor y luego nos pondremos en camino para salir de aquí. - Fui diciendo mientras le vendaba el pie lo mejor posible.

- ¡No quiero seguir en este sitio!

Me dijo gritándome desesperada. Yo comprendía su malestar y no dije nada. Solo acabé de vendarla y con mucho cuidado le apoyé el pie sobre su mochila. Luego me colgué la mía de manera contraria a como debería ponerse, tapándome los pechos y levanté a Ales con mucho cuidado. Le colgué la mochila a la espalda y con un movimiento rápido me la subí a caballo.

- Avanzaremos despacio, paso a paso, pero te prometo que voy a sacarte de aquí.

Emprendimos de nuevo nuestra travesía a través del manglar, llevando el peso de su cuerpo y de las mochilas, sin embargo, estaba convencida de que no me fallarían las fuerzas y ocultaba mi temor a que aún quedasen horas hasta llegar al refugio.

Me esforcé todo lo que pude para que no notara mi titánica lucha contra los obstáculos del camino y procuré ser un bastión de fortaleza y apoyo para Ales.
En los momentos de descanso, aprovechaba para cuidarla y atender sus necesidades, por supuesto, yo también me hidrataba e intentaba refrescarme en pequeños estanques de agua. El sol estaba comenzando a bajar y me daba pavor de que la oscuridad nos sorprendiera en el interior del manglar, y quise forzar la marcha, pero no pude, me era imposible acelerar el paso porque mis fuerzas ya iban muy justitas.
Por fin la noté algo más calmada, lo que hizo que yo misma me relajase un poco. Mi única meta era llevarla a un lugar seguro, lejos de aquel manglar implacable, donde pudiera tener el descanso que tanto necesitaba. Y finalmente, tras una agotadora caminata, emergimos ante nuestra conocida playa y salimos de aquel entorno hostil. Ales dormía con la cabeza apoyada en mi hombro.
Sentí una mezcla de cansancio y satisfacción a medida que nos acercábamos al refugio y también me sentí orgullosa por nuestra perseverancia. Al llegar, desperté a Ales y la ayudé a bajar cuidando de no hacerle daño. Luego dejé caer la mochila al suelo y escuché como caía la de mi compañera con un sonido sordo. Ambas teníamos los hombros hechos polvo.
- Creí que este momento no iba a llegar nunca. -Me dijo aliviada.
- ¿Tienes sed?
- No, solo quiero tumbarme y descansar.
- Deja primero que te ayude a ponerte ropa limpia. Estás de barro hasta las cejas.
- Podrías ayudarme a ir hasta la playa para darme un baño.
- Ni hablar. Con la picadura olvídate de baños en el mar.
- ¿Por qué?
- Podría infectarse, y te juro que es lo que menos deseo de este mundo. Si quieres puedo traerte agua para lavarte un poco.
- Si no queda otro remedio, aunque puedo acercarme yo misma.
- Por favor. No me lo pongas más difícil.
- Está bien. No sé como voy a agradecerte todo lo que has hecho por mí hoy.
- ¿Hoy? ¡Todo lo que hago por ti todos los días! – Dije bromista.
- ¡No seas tonta!
- Venga que voy a por el agua.
Y salí del refugio sonriendo. Estaba contenta de ver a Ales más tranquila.
Cuando acabé de ayudarla y revisar, curar y volver a tapar la herida del pie, creo que caí desmayada sobre nuestro mullido colchón de hojas. No podía mover ni un músculo y me dolía todo el cuerpo. Intuía que Alessandra me estaba mirando, yo tenía la cabeza girada hacia el

lado contrario y, sin embargo, notaba sus ojos clavados en mí. Era una sensación extraña e incómoda y, además me ponía nerviosa.
- Mia.
- Mmm.
- Gracias por estar siempre a mi lado.
No supe que decirle a aquello. Solo giré la cara y nos quedamos mirando, hasta que se me cerraron los ojos.

Capítulo 6

Al despertar estaba empapada de sudor y comencé a sacarme ropa como una posesa. Como ya era costumbre me quedé solo con las bragas y el top.
- ¿Quién ha metido un horno dentro del refugio?
- Lo he hecho adrede para que te despertaras. Ya te estaba echando de menos.
Me quedé mirando a Ales y la veía como una niña buena sin moverse y con el pie en alto apoyado en las dos mochilas.
- ¿Cuánto llevas despierta?
Y lo dije consciente de que debía ser medio día.
- Horas.
- ¿Por qué no me has despertado?
- Ayer te ganaste el descanso con creces créeme.
- La verdad es que me duele todo. -Dije estirándome. - ¿Cómo está ese pie?
- Sigue doliendo, aunque esto ya es soportable.
- Esa es buena señal. Ahora te lo destaparé y miraré como está la herida. ¿No tienes hambre?
- Estoy famélica.
- Y yo durmiendo como un lirón. Lo siento.
- ¡Encima no me pidas disculpas después de cargar conmigo y las mochilas durante horas!
- Voy a hacer pipí.
- ¡No te pierdas!
- ¡Qué graciosa!
En cuanto volví me puse con el pie de Ales. Le quité la venda y observé la herida con atención. Estaba menos hinchado y la picadura tenía buen aspecto.
- De esta te has librado, amore.
- Al final ha quedado todo en un mal rato y un susto.
- Y demos gracias, porque no veo muchas asistencias por aquí. Ahora no quiero asustarte, pero la picadura de algunos escorpiones puede causar problemas muy graves.
- Creo que mi habilidad para tropezar con situaciones inesperadas es mi talento especial. Gracias que te tengo a ti para levantarme.
- Eres más especial de lo que crees, Ales.
¿Seguir disimulando? Cada día se hacía más complicado. Que Alessandra se diera cuenta, ya no estaba tan segura. Y que sus continuos halagos fuesen solo de amistad tampoco.

A veces quería sacar el tema de Fabrizio, sin embargo, me ponía enferma sus alabanzas hacia él y no soportaba que contara anécdotas vividas en su luna de miel o lo magnífico que era con todo el mundo. También es cierto, que al paso de los días cada vez me hablaba menos de su relación y recordaba más a sus padres, hermanos y sobrinos. Sé que los echaba de menos y tenía que consolarla cuando las lágrimas inevitablemente comenzaban a surgir inesperadas. Entonces la abrazaba y hubiera querido quitarle su sufrimiento, aunque eso nos alejara sin remedio. Pensaba mucho en la posibilidad de un rescate y que nuestros caminos se separaran para siempre. Ales en Milán y yo en Barcelona, ¡uf! Demasiados kilómetros para mantenernos unidas, aunque fuese de forma amistosa.

A veces nos imaginaba tomando un café o paseando por las calles del centro de Barcelona. Enseñándole mi hogar, donde solía ir y presentándole a mi entorno más cercano. Era un sueño y mi conciencia lo sabía, y mi corazón lo sabía, pero no podía evitar tener la ilusión de compartir mi vida con Ales. Es que ya todo en mi vida se llamaba Alessandra y por más que luché, por más que me convencía de que sería imposible una relación con ella la fuerza de lo que sentía lo aplastaba todo y me dejaba desnuda, sola con mis sentimientos.

Claro que me hubiese encantado lanzarme en tromba y preguntarle por su amor hacia Fabrizio, si se lo pasaba bien en la cama con él, si había tenido algún rollo lésbico, si, si, si… Y siempre acababa mordiéndome la lengua porque esas preguntas eran tan íntimas y personales que me parecía de mal gusto entrar ahí sin haberme abierto previamente esa puerta.

Yo le había hablado de mis relaciones, sin esconderme, abiertamente, porque para mí el sexo es una conversación más y no tengo ningún tipo de tabú al respecto. Creo que le conté desde mis primeros escarceos amorosos, a cuando dejé de ser virgen y proseguí con un recuento en el tiempo hasta que tuvimos el accidente. En pocas palabras, le conté toda mi vida sexual. Yo la observaba y no es que la viese incómoda, más bien se trataba de un pudor que a veces hasta la hacía sonrojar. Y tampoco es que le relatara el kamasutra, ¡por favor!

A veces se animaba y me explicaba relatos de sus primeras relaciones, pero nunca me hablaba de Fabrizio en ese aspecto. Así que andaba muy perdida con relación a sus sentimientos por su marido.

¿Cómo lo haces para decirle a otra tía en estas circunstancias que te estás muriendo por sus huesos? ¡Qué compleja es la vida y qué complejos somos nosotros!

Me dio por pensar en frases muy normalizadas como ¡se habrá hecho lesbiana! ¿Y quién se hace esto o aquello a elección propia? Ahora me daba la risa de la cantidad de estupideces que se dicen sin tener ni idea. Yo estaba descubriendo un mundo nuevo, aunque os puedo

asegurar que no lo busqué, sencillamente sucedió y es que el amor no tiene límites ni barreras, simplemente nace cuando menos lo esperas provenga de donde provenga.
Aquel día siguiente a la picadura del escorpión todo fueron mimos hacia Alessandra. Me las compuse para hacer fuego, pescar, traer fruta fresca y de tanto en tanto entrar en el refugio para animarla y hacerla reír. Por supuesto no faltaron las caricias aparentemente inocentes en la mejilla, en el hombro, en sus manos, y correspondía a ellas, no sé si por empatía.
A la noche caí rendida como iba siendo habitual y entonces la que recibió los mimos fui yo. Estaba tumbada cerca de Ales, aunque sin rozarla, cuando noté una de sus manos en la mejilla y cómo la yema de los dedos me acariciaba con un movimiento lento y suave. Tengo que reconocer que me sorprendió aquel gesto y al mismo tiempo me sentí en el propio cielo. Poco a poco bajó hasta mis labios y los recorrió muy despacio. En ese instante me di cuenta de que me estaba ofreciendo una invitación clara, pero a qué ¿cómo quería que le respondiera a esa provocación? Mi cuerpo comenzó a notar sensaciones claras de deseo y un escalofrío se hacía presa de mí cada vez que dibujaba el contorno de mis labios con los dedos. Y no sabía cómo actuar, qué debía hacer en aquel momento en que la oscuridad nos envolvía por completo y mis pupilas luchaban por hacerse a la penumbra y contemplar la expresión de Alessandra. Sus ojos, su boca.
Giré mi cuerpo hacia ella y la abracé por la cintura. Ahora estábamos tan cerca que podíamos respirarnos, y sin pensar, comencé a besarla en el cuello con tanta suavidad que todo mi cuerpo temblaba. Nunca había sentido antes ese nerviosismo, esa exploración hacia lo desconocido, esas sensaciones implacables que me tenían vencida y me mostraban un mundo nuevo donde el descubrimiento del verdadero amor nacía como si de una vida se tratara. Solo pensaba en Ales, en su cuerpo pegado al mío, en su languidez al dejarse hacer y seguir un juego que podía convertirse en peligroso. Creo que en aquel momento las dos nos dejábamos llevar. Le pregunté si le gustaban los besos en el cuello y su voz pareció agitada al contestarme que sí. Yo estaba loca de deseo y Alessandra después de buscarme no volvió a hacer ningún intento de volver a tocarme, sin embargo, había prendido una mecha que ya no podía parar. Mi locura por ella me llevó a hacer los besos más eróticos, y ya no eran simples besos casi inocentes, sino que abría la boca y hubiese querido morderla, pasear mi lengua por su piel y hasta hacerle un chupetón en plan adolescente. Mi mano jugaba con su cuerpo paseándola por la espalda, la cintura y bajando por la pelvis hacia el muslo. Y es que no podía contenerme, era como si dentro de mí hubiese explotado algo oculto durante tanto tiempo que era imposible controlar la onda expansiva.

Desde el cuello fui subiendo por el contorno del mentón, la mandíbula, arriba, un poco más, era como una danza pausada y rítmica, diría que hasta juguetona y en la que el propósito estaba claro y el triunfo no llegaba nunca. Ojalá hubiera estado dentro de los pensamientos de Ales, dentro de su percepción y sus sentidos. Tenía una meta clara y quería alcanzarla, pero cuánto me costaba llegar para no creerme una invasora, para no traspasar lo prohibido sabiendo que ya no habría marcha atrás. Llegué hasta el borde mismo de su boca con tanta pulcritud que en otras circunstancias me habría llamado a mí misma cagada. Y fue ella la que giró la cara para encontrarse con mis labios, para besarlos por vez primera con una delicadeza tan pura, con una ternura tan sublime que apunto estuve de deshacerme allí mismo de pleno gozo. Sé que nunca volveré a sentir lo que todo mi cuerpo clamó aquella noche, nunca volveré a temblar como mecida por el viento y jamás llegará a mi vida otro momento como aquel, pero también sé que jamás nadie me quitará aquellas sensaciones y la emoción de descubrirlas.

Nos besábamos con extremada suavidad, meciéndonos por el contorno de nuestras bocas como si meciéramos la cuna de un mundo recién nacido. Y nos respirábamos con calma como si no quisiéramos despertar al gigante de la pasión que permanecía callado, que nos asustaba y temíamos provocar.

Ales nunca me dijo lo que sintió, si su mente voló culpable hasta Fabrizio o si su corazón volaba tan alto como el mío, y tampoco le pregunté, nunca sabré lo que nos impulsó a cruzar una barrera que estaba segura ambas creímos que jamás cruzaríamos.

Cuando separamos nuestras bocas le acaricié la mejilla y cerré los ojos. Teníamos los rostros tan cercanos que apoyé mi frente en su frente. Habría querido respirarla así toda la vida, tenerla así toda la vida. Desde ese instante supe que la amaba y desde ese instante también supe que jamás podría volver a amar así.

No recuerdo en qué momento nos quedamos dormidas, así abrazadas, así cercanas, así enamoradas.

* * *

Transcurrieron los días y en ningún momento hablamos de lo que pasó esa noche. Ales se comportaba de la misma forma que siempre, charlando de mil cosas menos de lo que más me interesaba. Para mí, sin embargo, era vital abordar la cuestión y aclarar qué pasó, y qué la llevó a buscarme de manera tan clara. Si digo la verdad me pasaba las horas, desesperada por volver a tener un encuentro íntimo con Ales y cada día se me hacía más difícil tener la conciencia de quererla y no tener agallas para decírselo. Mientras Alessandra se comportaba de manera amistosa, yo me moría porque todo fuese diferente, no sé qué

tenía metido en la cabeza, si estaba tan arrepentida que se avergonzaba o si era Fabrizio quien ocupaba sus pensamientos. Puedo asegurar que mis sentimientos estaban tan claros que dolían y Ales parecía hacerse la ciega ante esa evidencia y mis atenciones continuas para que no le faltara de nada.
La herida de la picadura había mejorado mucho, ya no tenía el pie hinchado, ni enrojecido y tampoco sentía quemazón en la zona afectada, pero todavía no estaba cerrada del todo y aunque se movía de un lado para otro por la playa, me aseguraba de que no lo hiciera con el pie sin vendar y proteger esa abertura de infecciones.
No le permitía darse baños en el mar y lo que sí hacíamos era que se tumbase en la orilla mientras yo le sujetaba el pie fuera del agua. La escena era un tanto cómica y no dejábamos de reírnos.
Un día salí de pescar con un pulpo enganchado en mi brazo izquierdo, otro día el traje de neopreno me libró de la picadura de una gran medusa, pero cuando cogiendo mejillones entre las rocas, pisé un erizo de mar la cosa resultó más seria.
Las púas suelen clavarse desprendiéndose del erizo y eso precisamente me pasó, así que salí del agua con no sé cuantas espinas clavadas, sangrando y con bastante dolor, también hay que decirlo.
Me costó un mundo llegar hasta el refugio porque no podía apoyar el pie y a unos quince metros de distancia Ales me vio y salió corriendo hacia mí.
- ¿Qué te ha pasado?
- He pisado un erizo.
Y me agarró de la cintura y yo de su hombro para ayudarme a caminar.
- Te está sangrando el pie.
- Tengo espinas clavadas.
En cuanto llegué al refugio me senté en el suelo y me miré la planta del pie. Le pedí a Ales un poco de agua para lavarla e intenté sacarme las espinas más profundas. Todas las superficiales ya me las había quitado en la playa.
- ¡Joder! Cómo duele esto. Y en esta postura no puedo verlas bien.
- Tienes la fea costumbre de querer hacerlo todo tú cuando podría ayudarte. Si te da la gana y quieres intentaré sacártelas sin que tengas que estar haciendo contorsionismo.
- ¡Tampoco hace falta que te enfades!
- Es que ya estoy más que harta de que tomes la iniciativa en todo. ¿Tan débil te parezco?
- ¡Por supuesto que no!
- Pues déjame ayudarte de vez en cuando si no te es mucha molestia.
El pie me ardía y lo único que me faltaba era una bronca en ese preciso momento, aunque preferí callar y darle el beneplácito de

ayudarme por mi bien.
- De acuerdo, haz con mi pie lo que quieras.
Y vi como salía del refugio y me quedé allí con cara de lela. Poco después volvió y me dice que ha puesto agua a calentar.
- Espera a que se caliente un poco el agua para reblandecer el pie y que pueda sacar las espinas con más facilidad y sin hacerte tanto daño.
- ¿Y eso llevará mucho rato?
- Unos minutos, no me seas blanducha ahora ¿eh?
- Ya estamos.
Ales sonreía y volvió a salir, suponía que a por el agua caliente. Cuando entró me hizo meter el pie y esperamos un rato. Mientras se dedicaba a rebuscar en el botiquín y cogía unas pinzas, gasas, alcohol y yodo. Parecía ser que iba a hacer toda una intervención con mi pie.
Lo agradable es que estaba en manos de Ales, lo desagradable es que dolía un huevo cuando comenzó a hurgar entre la piel para enganchar la punta de las espinas con las pinzas. Por orgullo no dije ni pío, y me quedé con las ganas de despotricar a gusto.
Cuando me dijo que creía que ya estaban todas, me echó alcohol a chorro, si fuera mal pensada diría que lo hizo a propósito y después de ver las estrellas, acabó recurriendo a una gasa con yodo que después del alcohol fue un paseo en cuanto a escozor se refería.
Me ayudó a quitarme el traje de neopreno y como en tantas ocasiones me quedé semidesnuda ante sus ojos, pero no sé por qué esta vez me miraba diferente y la diferencia estaba en que no había olvidado a pesar del paso de los días y su testaruda mudez al respecto. Y como está escrito me la quedé mirando a los ojos con esa seriedad que te da la fuerza de ser valiente y enfrentar momentos turbadores como aquel. Entonces se acercó y me besó en los labios con dulzura y sin decir nada intentó alejarse cuando le agarré una mano y la hice girarse.
- Ales.
Me miró y la miré convencida de que esos ojos decían mucho más que mil palabras. Una mirada que me contaba cosas íntimas y perturbadoras y que, sin embargo, intentaba ocultar porque no debía estar segura de nada y las dudas caían como una lluvia de losas que aplastaban esperanza, deseo y lo más peligroso, amor.
- No digas nada Mia, por favor.
Y se fue. Y yo me quedé con el pecho encogido por la congoja, sin saber de su boca qué estaba sintiendo, qué se le pasaba por la cabeza cuando nos besábamos. Aún no sabía si tenía el valor de decirle que la quería y es que sentía esa distancia que ponía entre nosotras cada vez que, por el contrario, nos habíamos acercado demasiado.
Intenso, es lo único que puedo describir a lo que sentí cuando su boca rozó mi boca. Con este segundo acercamiento acabo con mis dudas.

Ahora sabía que Alessandra estaba sintiendo lo mismo que yo y me dije qué suerte la mía, estoy casi segura de que he encontrado a mi pareja ideal y está casada. No di botes de alegría porque tenía el pie jodido. Mi ironía se desbordaba y es que no era para menos.
Me quedé lo que restaba de día descansando en el refugio, por primera vez no me apetecía estar con Ales, prefería estar allí a solas, que verla y morirme por ella sabiendo que mis ganas se iban a quedar en nada, y cada vez que entraba al refugio me hacía la dormida. Tenía un bajonazo importante e iba a costarme mucho callar, como me pidió, sin que saliera ni media palabra de mi boca al respecto.
Estos cruces de camino en los que el destino nos pone a prueba son imprevisibles y aunque nunca pensamos en lo que puede pasar pasa, ahora me pregunto si estamos preparados para ciertas cosas y creo que la respuesta es no.
Con tanto hacerme la dormida no comí nada en todo el día y tenía un hambre que mordía. Ya cuando estaba oscureciendo volvió a entrar Alessandra y me pilló poniéndome una camisa. La verdad es que ya no me apetecía mostrar nada sabiendo lo que sentíamos la una por la otra, así que evité exposiciones públicas todo lo que pude y más. Estaba segura de que se habían acabado los juegos en el agua, las carreras por la arena haciendo el idiota y bien me iba a cuidar de dormir justo en el otro extremo del refugio para evitar tentaciones. Si Ales lo quería así, pues así sería. No hablaríamos de ello, pero tampoco le daría el placer de contemplar a sus anchas.
Lo peor de todo esto es coartar tu propia libertad de moverte como tu madre te trajo al mundo si te da la gana y a mí me encanta nadar desnuda en el mar. Ahora lo haría cuando Ales durmiera, qué remedio me quedaba y es que a cabezona no me gana nadie.

Presente

Cenamos juntas. Hace arroz con pescado y no es por nada, pero me chupo los dedos. Ales tiene muy buena mano para la cocina y eso que aquí no tiene mucha cosa, sin embargo, con las raíces que le traigo hace unos inventos sorprendentes.

Apenas hablamos y eso sí me duele porque la hora de la cena siempre es muy divertida contando anécdotas de días pasados o cosas de nuestras vidas. Por lo general Fabrizio nunca aparece en estos relatos y yo lo agradezco, aunque también me pregunto por qué se empeña en hacer desaparecer a alguien tan importante en su vida. Hay veces en que se le escapa su nombre y después parece como si hubiese cometido un pecado y tampoco acabo de entenderlo porque entre Ales y yo no hay absolutamente nada. Me da a mí que la lucha con su propia conciencia está siendo titánica.

A la hora de dormir, es cierto que me alejo todo cuanto puedo y Ales se queda sentada en su lado mirándome con una tristeza que hace tiempo no le veía.

- ¿Qué haces?
- Voy a dormir. -Le digo seria.
- ¿Y es preciso que lo hagas a diez metros de mí?

Es difícil contestar a eso.

- Creo que es lo mejor para las dos.
- No perdona. Crees que es lo mejor para ti.

¿Está cabreada?

- Piensa lo que quieras Ales. Yo voy a dormir.
- Pues buenas noches.
- Buenas noches.

Y me duermo porque estoy cansada y esa tarde no he hecho más que hacerme la dormida.

Han debido pasar horas estoy convencida de ello y miro hacia el rincón donde descansa Alessandra y no está. Como siempre me pasa con ella he pegado un bote mayúsculo y salido en menos de cinco segundos. Entonces pienso que igual ha ido a hacer sus necesidades y me confío, así que espero. Demasiado rato, ya estoy alerta y comienzo a mirar por todas partes. De pronto veo una sombra salir del agua y por sus gestos se está vistiendo. Bueno, por lo pronto respiro tranquila y me acerco al fuego para reavivarlo. No sé que está haciendo esta mujer bañándose porque esta noche hace fresquito. La verdad es que se agradece estar cerca de la hoguera. Su resplandor ya me habrá delatado y espero a que Ales se acerque porque estará muerta de frío al salir del agua y en efecto, acaba sentándose cerca y poniendo las

manos a calentar.
- Esta noche hace frío.
Digo sin estar muy convencida.
- Sí, me va a costar entrar en calor.
- ¿Cómo que has salido a bañarte a estas horas?
- He salido a nadar. Y porque me molestaban tus ronquidos.
- Si yo no ronco.
- ¡Ja! Eso lo dirás tú.
- ¿Lo estás diciendo en serio?
- ¡Claro que lo estoy diciendo en serio!
- ¡Pero si nunca me habías dicho nada!
- Ahora ya lo sabes.
- ¡Joder que corte! Perdona, no lo sabía, nunca nadie me lo ha dicho.
- ¿Y quién te lo tenía que decir?
- ¡Pues yo qué sé, gente!
- ¿Los rollos que han pasado la noche contigo?
¡Vaya! Parece ser que íbamos fuerte.
- Podría ser.
- No me interesan para nada.
Creo que levanté una ceja. ¿Entonces por qué los mencionaba? Ales daba muestras de tener una pataleta de niña pequeña.
- Si no te interesan no hables de mis rollos. ¿Pregunto yo algo de tu Fabrizio? ¿De lo bien que te lo pasas con él?
Ahora sí que estaba cabreada y dispuesta a sacar a la luz toda la mierda que llevaba dentro.
- ¿Y qué te importa a ti lo bien que me lo pase con mi marido?
- ¡Me importa sí! ¡Desde hace mucho tiempo no hago otra cosa que pensar en eso!
Ales abre la boca, aunque no dice nada. Y yo tengo ganas de emprenderla a golpes con cualquier cosa. Estoy harta de ser cauta, respetuosa, de callar y acatar un juego que ya no soporto. Sé que mi mala leche sale a la luz en ocasiones excepcionales y ahí estaba una de esas ocasiones en las que mi paciencia está colmada hasta la exasperación. No puedo contenerme más y los comentarios de Ales han hecho estallar una furia que ya me es imposible controlar.
Me levanto del calor del fuego justo en el instante en que un relámpago seguido de un potente trueno resuena en el cielo. Alguna que otra vez ya nos había caído una tormenta tropical y eso nos obligaba a guarecernos en el refugio hasta que pasaba. Dependiendo de su duración ese día no podía salir a pescar y comíamos de las latas que guardábamos para estas ocasiones. He de reconocer que lo teníamos todo planificado y nos administrábamos de maravilla.
Sé que la tormenta comenzará a caer sobre nuestras cabezas de un momento a otro y salgo corriendo para comprobar que el refugio no

tenga ninguna abertura y la gran tela que lo cubre esté bien sujeta al suelo. Ales también se une y luego ambas nos metemos dentro cuando una cortina de agua comienza a caer con violencia.
¿Lo que pensaba en aquel momento? Solo faltaba la lluvia para mantenernos como mucho a dos metros de distancia y tener que soportarnos la una a la otra sin poder hacer más que dormir o esperar a que amainase la tormenta. Desde ya os digo que a mí me resultaba imposible pegar un ojo con ese estruendo ensordecedor. Ales lo llevaba mejor y tenía el sueño más pesado, así que no se enteraba mucho de lo que pasaba a su alrededor cuando dormía. La vi como se tumbaba y me daba la espalda, era una forma clara de decir que no quería saber nada de mí y me conformé con mirarla. Lo que siempre temí había sucedido, fastidiar nuestra amistad por unos sentimientos que no nos llevarían a ningún sitio. Bueno, pues hasta aquí la idílica estancia con aventuras y desventuras, pero juntas.
Pasé mucho tiempo pensando en cómo resolver el problema. Al fin y al cabo, teníamos que continuar coexistiendo en una isla y las probabilidades de un rescate estaban bajo mínimos. Si además, nosotras nos lo poníamos más difícil la supervivencia sería desastrosa.

Capítulo 7

Me extraño de que Ales no diga nada porque tiene pavor a estas tormentas. No se ha movido ni un ápice y acurrucada como está no parece estar despierta hasta que la escucho gemir. Al principio creo que es uno de esos sonidos provocados por el sueño, pero después me doy cuenta de que está llorando y eso me mata. Por un lado, tengo herido mi propio orgullo y por el otro me cuesta mantenerme ajena a su tristeza.
Paso minutos indecisa, pensando que tal vez me dé un sopapo si me acerco y la verdad es que quiero hacerlo, sin embargo, me cuesta lo mío decidirme. Al final me levanto y voy hasta ella.
Continua con la misma postura y alargo una mano hacia su hombro, no se mueve y sigue empeñada en darme la espalda.
- Ales por favor, dime qué te pasa. -Casi se lo susurro- Si es por la tormenta pronto pasará y aquí estamos seguras y protegidas. Me duele escucharte llorar. Vamos, dime qué ocurre.
- Nada. – Me dice con la voz rota.
- Eso no sé si creerlo porque llorar y que no te pase nada no cuadra demasiado.
- Déjame Mia. No estoy para soportar tus bromas.
- Pues entonces explícame qué te sucede.
- ¿Por qué te alejas de mí? ¿Por qué me dejas sola?
¡Buf! Menuda papeleta. ¿Y ahora qué le digo?
- No es que te deje sola...
- ¡Te has ido a la otra punta del refugio! - Grita.
- Sí, de acuerdo. ¿Y no te preguntas por qué?
- No puedo preguntarme nada porque no entiendo nada.
Yo cierro los ojos y me paso una mano por la cara arrodillada a su lado como estoy. ¿De veras hace falta explicarle? ¿No es súper evidente lo que está sucediendo entre nosotras?
- Si quieres te lo explico con puntos y comas, pero de veras, no creo que haga falta.
Y entonces es cuando se gira y me mira con esos ojitos llorosos que me rompen el alma.
Yo estoy con el culo apoyado en los pies y las manos pegadas a los muslos, recibiendo su mirada como un regalo porque, aunque es triste también parece ansiosa. Quería que le hablara, que le explicara todo cuanto callaba y lo sabía porque la conocía muy bien.
- ¿Por qué no quieres estar a mi lado? Sabes que por las noches necesito sentir tu calor.

- Sí.
- ¿Entonces a qué viene esta actitud?
- Viene porque yo necesito sentir el tuyo a todas las horas del día, porque ya no puedo seguir fingiendo que no está pasando nada. Viene porque no puedo evitar estar enamorada de ti Ales, y cada día que pasa es un sacrificio mayor sentirte y prohibirme tocarte.
Está dicho, y el corazón quiere salírseme del pecho.
- ¿Por eso estás enfadada?
- ¡Esta misma mañana me has besado, joder! ¿Y me dices que no diga nada? ¿Qué se supone que tengo que pensar?
Sí, desde luego que estaba enfadada.
- ¿Puedes venir aquí, a mi lado?
- Ales, de veras que…
- ¡Por favor! -Una vez más me rindo, y es que como de costumbre lo que me dice parece un ensalmo y me hipnotiza todo de ella. Acabo tumbada a su lado mirando hacia el techo y temiendo dirigir la vista hacia sus ojos que actúan como la sabia en mí. - Sabes que me dan miedo las tormentas- Susurra en mi oído y siento un escalofrío- Abrázame, contigo me siento protegida.
Yo sigo pensando que no tiene ni idea de lo que despierta dentro de mí cuando me habla así. Todo mi cuerpo comienza a dar gritos de alarma y sé que mi control un día u otro va a desfallecer y se irá todo al traste.
- Ven aquí -Y la abrazo como está mandado. Apoyada en mi hombro y cogida a mi cintura cruza una pierna sobre las mías y la tensión de todo mi cuerpo es inevitable.
Desde que nos besamos por primera vez ya no pienso en rescates ni en salir de la isla. Ales se ha convertido en mi mundo y por nada deseo que nos devuelvan a nuestras antiguas vidas, separadas por miles de kilómetros y destruir este idílico paraíso en el que me doy por entero a la única persona con la que quiero estar. Y me siento egoísta por pensar así, sé que mis padres lo estarán pasando mal. Si hubiese alguna forma de decirles que estoy bien, que no se preocupen.
- Mia.
- Mmm.
- No sé cómo decirte esto.
Me pongo en guardia en cero segundos temiendo que va a darme un baño de realidad instantáneo. ¿Por qué he soltado la lengua de esa forma?
- Dímelo y ya está.
Estoy tan preparada a escucharle decir que está casada, que me tiene cariño pero que no puede ir más allá, que nos separan miles de kilómetros, que nuestros mundos son muy diferentes y patatín y patatán. Creo que he desplegado un escudo anti-dolor como una súper

heroína.
- Me encanta estar contigo, pero…
- Pero… -Y como una imbécil me río porque no quiero seguir escuchando nada más.
- ¿Ya sabes lo que voy a decir?
- Sí.
- Entonces no hace falta que te explique nada.
- No, no hace falta.
Nos quedamos calladas en la misma postura. Tengo tantas ganas de llorar que me escuecen los ojos, sin embargo, me muerdo los labios, tan fuerte que aguanto estoicamente ese arrebato sin permitir que una sola lágrima asome por mis ojos. Lo único que me falta es mostrarle mi debilidad, tengo el orgullo suficiente para no arrastrarme ante las negativas.
Al rato se queda dormida como si aquí no hubiera pasado nada, claro, Ales está tranquila, su conciencia está tranquila. Y yo estoy hecha una mierda y de nuevo voy a pasarme la noche en vela dándole vueltas a la cabeza.
Paso el día siguiente hecha un desastre y lo achaco a que me duele el pie horrores. Mentira de la buena. El pie está en perfectas condiciones y podría correr una maratón por la playa sin pestañear. Es que me siento anímicamente abatida y prefiero la soledad del refugio. No tengo ganas de hacer nada, eso es cierto, así que sospecho que un bajón sobrevuela mi cabeza sin remedio.
Ales va entrando para ver como va la cosa, y si digo la verdad, cada vez que la veo se me cae el refugio entero encima. ¡Que poquitas ganas de hablar que tengo! ¿Podrías dejarme en paz con mis neuras? Me digo sin mirarla.
- ¿Tan mal te encuentras? -Lo que me faltaba un tercer grado. – ¡A ver voy a mirarte ese pie!
¿Y si no te metes en lo que no te importa? Me digo realmente jodida.
- No hace falta que te preocupes.
- ¡Claro que me preocupo! Mírate, Mia. Esto no es para nada normal en ti. Siempre tan activa, tan nerviosa. ¡Si parece que te hayan dado con un palo en la cabeza!
¡El que me has dado tú, me cago en todo ya! Si pudiera decir lo que estoy pensando en alto. Siempre igual, con el respeto de las narices.
- No me encuentro bien, eso es todo.
- Pues no te veo nada en el pie. Ni inflamación, ni rojez, está normal de temperatura. Tampoco se te nota nada los pinchazos de las púas.
¡Ábreme en canal y mira como me has dejado el corazón panoli! Sigo hablando para mí y no hay ovarios de decírselo a la cara.
- Déjalo. ¿Quieres?
Ahora sí que me ha salido un tono cortante. Y es que me está

poniendo de los nervios.
- ¡Uy! ¿Y esa mala leche? -Me lo dice en español. Es curioso que lo primero que aprenden los extranjeros de nuestro idioma son las palabras malsonantes- ¿Qué coño te pasa? – Lo que digo.
- Nada. ¿Puedes dejarme en paz? -En efecto, la mala leche como dice Ales me está consumiendo y tengo un cabreo importante.
- De eso nada. No me voy hasta que me expliques qué está pasando.
Si pudiera desaparecer momentáneamente como en los juegos de batallas para Android y después volver a mi ubicación anterior lo haría sin pensar.
Me la quedo mirando sin ganas de abrir la boca y veo como su cara se transforma en impaciencia. ¡Pues muy bien chica, pon la cara que te dé la gana! Creo que es la primera vez que estoy tan enfadada con Alessandra.
- Deja de ponerme esa cara.
- ¡Y tú deja de comportarte como una idiota!
La guerra estaba servida.
- ¡Me comporto como me da la santísima gana!
- ¡Y no blasfemes!
- ¿Que no blasfeme? ¿Ahora me vienes con catolicismos? ¿Desde cuando piensas en Dios? ¡Porque no te he visto rezar nunca!
- ¡No soy una plañidera, ni una beata, y mis creencias no te importan!
- ¡En efecto, no me importan y a ti las mías tampoco!
¿Se podía tener una discusión más de besugos?
- ¿Sabes lo que te digo? ¡Que te quedes con tu mala leche hasta que vengan a rescatarnos si quieres!
- ¡Pues mira no será mala idea!
Ales sale hecha una fiera del refugio y yo me paso un buen rato cogiendo aire por la nariz y soltándolo por la boca. En este instante creo que estamos en un punto sin retorno.
De pronto veo como la tela que cierra el refugio sale volando y una Alessandra enfurecida entra como un vendaval.
- ¡No voy a consentir que vayamos cada una por nuestro lado solo porque te hayas hecho ilusiones!
- ¿Que yo me he hecho ilusiones?
- ¡Anoche dijiste que estás enamorada de mí, pues bien, eso son ilusiones!
- ¿Llamas ilusiones a las dos veces que me has besado?
- ¡La primera la incitaste tú!
- ¡Después de que me buscaras, joder!
No sé en qué momento me he puesto de pie y le enfrento la mirada enfurecida.
- ¡Questa è l'ultima goccia!
- En este instante no me parece tan bonito el italiano, así que

tradúceme esa frase o me pongo a despotricar en español te lo prometo.
- ¡Esto es el colmo! ¿Te suena ahora?
- ¡Está bien se ha acabado! -Mi tono de voz cambia por completo y hablo de forma nerviosa. – Jamás volveré a hablarte de sentimientos, ni tocaré un milímetro de tu piel. Nada de abrazos, caricias o algo que se le asemeje. Cada una dormirá en su rincón y fin de la historia.
- Tampoco tienes que ser tan drástica.
- Son mis ilusiones ¿no? Pues voy a vencerlas y lo haré lo más lejos de ti puedo asegurártelo.
- Mia, no lleves tan lejos todo esto.
- No lo hago yo, lo haces tú.
- ¿Podemos hablar con calma? ¿Cómo personas adultas?
- Puedes decir todo lo que quieras, lo que haga a continuación será decisión mía.
- De acuerdo, te prometo que lo respetaré.
Alessandra se sienta y espera a que la imite. Lo hago a un metro de distancia y reconozco que estoy muy nerviosa, apenas quiero conectar con sus ojos porque me da miedo volver a hundirme en la profundidad de su mirada. Sé que está todo perdido, que ninguna de mis confesiones ofrece lo esperado y mis ilusiones como las llama Ales, están hechas pedazos en medio de una isla paradisíaca. Ni entiendo, ni quiero comprender, supongo que nada de lo que pueda decirme ahora tendrá sentido alguno y por eso espero a que comience su triunfal discurso.
- Cuando quieras. -La incito. Y lo hago porque tengo sus ojos clavados en mí, la intuyo sin mirarla y esa conexión mágica va a desaparecer porque así lo quiere Ales.
- Quiero hablarte de Fabrizio. -Mi cara debe ser un poema, aunque no digo nada- Llevamos seis años casados, no tenemos hijos porque nunca me he decidido por mi trabajo y supongo que nunca los tendremos, ahora estoy segura de eso. -La miro con el ceño fruncido- Hemos vivido muchas cosas buenas y también pasamos meses separados. Yo viajo mucho y es algo tan básico en mi vida que no quiero renunciar a eso. Fabrizio no lo entiende. Creo que es algo habitual en las parejas si no eres el hombre y, además, eres tú la que viaja. ¿Cómo se pueden criar hijos así? En las familias cotidianas eso es imposible. Yo sencillamente no estoy preparada para dedicarme solo a dar clases y dejar el trabajo de campo. Mis padres tampoco me apoyan en esto. Solo mis hermanos me animan a seguir y respetan mis decisiones.
- ¿Por qué crees que nunca tendrás hijos con tu marido? -Me ha dejado tan intrigada que no puedo contenerme. Ales titubea unos segundos antes de contestar.
- Porque yo también estoy enamorada de ti Mia. Siento mucho todo lo

que ha pasado antes. He luchado como jamás creí que podría hacerlo y su cara se me ha aparecido decenas de veces como si mi conciencia estuviera pegada a él por un hilo invisible. No he querido reconocer lo que me estaba pasando contigo y por más que me lo negaba era imposible no ver la evidencia. Te he observado tanto, te he acariciado tanto sin sentir esas caricias, te he besado tanto sin notar tus labios en los míos. Estamos atrapadas en esta isla y a veces pienso que podría pasarme lo peor y perderme algo tan maravilloso como el hecho de amarte. Y luego regresa Fabrizio para acabar con el sueño y devolverme a la realidad. Entonces me pregunto ¿y si nuestras vidas se separan? ¿Y si todo esto acaba y regresamos para estar tan lejos la una de la otra? No quiero comenzar algo que después tenga el poder de destruirme.

- ¡No llores, por favor! ¿Crees que yo no tengo miedo? ¿Crees que no pienso en que estás casada y eso acabará con todo lo que siento?
- Ya no puedo seguir luchando Mia, no quiero seguir luchando.
- Yo estoy vencida desde hace demasiado tiempo.

Ales y yo nos miramos mientras el sol se esconde en el horizonte tiñendo su cara de tonos dorados y anaranjados. Este momento no voy a olvidarlo jamás porque la luz convierte en magia nuestro refugio. Nada puede pararme al acercarme y besarla, nada interrumpe mis ganas, ni mi deseo de hacerla mía. Su boca se abre para recibirme sabiendo, esta vez sí, que no habrá marcha atrás. No es un beso suave, ni siquiera dulce, en nada se parece al roce de los otros, esta vez mi boca devora porque mi deseo está desbordado, mi lengua busca pidiendo conocer el sabor de la suya y la encuentro poderosa y dispuesta lanzando destellos que a su contacto hacen temblar todo mi cuerpo. Mis manos comienzan a recorrer esa piel que tanto se me ha negado, estamos semi desnudas y nada es más fácil que conseguir rozarnos todo el cuerpo abrazadas a este deseo que ya no nos permite parar. Mi boca resbala por su piel dejando surcos ardientes que se llevan el sabor salado del sudor que mana de toda ella, y yo la bebo porque no puedo saciar mi sed, porque quiero descubrir y amar, llenarme de la belleza que supone sentirla por fin entre mis brazos. Si me he vuelto loca no me he dado cuenta, si estoy tocando el cielo no me he dado cuenta, solo percibo a Ales y su entrega, ese espacio íntimo de dar y recibir que te envuelve en un halo de embriaguez donde la desmesura y la calma se combinan perfectas. Quiero aventurarme en cada pliegue, en cada imperfección o en la perfecta armonía de sus curvas. Quiero morder y chupar, lamer y besar, quiero descubrir todo ese mundo que se abre ante mí por primera vez y saciarme hasta caer derrotada, hasta colmar mi dicha y las mil sensaciones que aprendo y desconozco. Casi vuelo en sus senos, casi desfallezco en la planicie de su vientre y casi muero al perderme en su

sexo.
Ales se retuerce entre gemidos que a mí me excitan y correspondo dando todavía más, entregando hasta el último aliento si es preciso. ¿Quién ha dicho no sé que hacer, enséñame? ¿Quién dice que descubrir no es maravilloso? Somos seres acostumbrados a embarcarnos en aventuras, a escribir en páginas blancas un comienzo y un final, nadie nos enseña porque no necesitamos de esa enseñanza, vamos a ciegas hacia la luz y ese instinto innato nos hace avanzar, entender y progresar. Así descubro a Ales. Nunca se me ha pasado por la cabeza que amaría a otra mujer y tampoco necesito de un maestro para amarla. Sé cada paso que dar porque su cuerpo me lo pide, conozco cada movimiento y sigo un sendero abierto a explorarlo. Y lo hago como si me fuera la vida en ello, lo hago porque mi naturaleza me arrastra a saborearla, a conocerla, a percibir su olor y su sabor como si lo hubiera estado esperando toda la vida. Es demasiado fácil conectar de tal forma que hacer el amor se convierte en lo más sencillo y placentero del mundo. Amarla, sentirla, jugar con su piel y poseer lo más preciado, y disfrutarla como jamás he disfrutado a nadie.
Todos esos amores lejanos quedaron enterrados para siempre porque la fuerza de mis sentidos me dice que no volveré a hallar más placer que el conocido en este atardecer precioso. Y que bañadas por una luz de ensueño nuestro amor despierta por fin de su letargo. Nada podría separarme en este instante de Alessandra porque mi cuerpo la clama a gritos y mi deseo se desprende de mí como un oleaje continuo que no tiene fin.
Nos amamos hasta que la luz se convierte en noche, hasta que nuestros cuerpos quedan saciados y las potentes cascadas de deseo se calman. Nos amamos sin descanso reclamando los largos días de continencia y dejamos fluir todo lo que llevamos dentro guardado como un tesoro. Ales me ha amado y yo la he amado porque en nuestras vidas estaba escrito y desde siempre estuvimos destinadas a hacerlo.
Abrazadas con fuerza y aún sintiendo los latidos de nuestro corazón nos fundimos entregadas. Yo creo que el tiempo está detenido porque me pierdo en la calidez de Ales como si todo a nuestro alrededor no fluyera. Me siento flotar como en un sueño del que no despierto y hablamos un lenguaje que solo nosotras entendemos.
Nos alejamos por un momento mientras nuestras frentes se tocan, y siento la intensidad del tiempo que estamos compartiendo. No hacen falta palabras porque nuestras emociones se comunican por sí mismas. Y tengo la sensación de que este encuentro es la culminación de todas las emociones que estamos sintiendo, un encuentro destinado a suceder.

- ¿Estás bien? -Le digo muy cerca de su boca.
- Sí, más que bien. Aunque, ha sido inesperado.
Sonrío porque tiene razón. Tampoco esperaba un final como este.
- A veces, las cosas más inesperadas son las que más valen la pena.
- Ha sido un momento increíblemente especial y también complicado.
- ¿Qué quieres decir?
- No puedo evitar pensar en Fabrizio y en todo lo que significa para mí.
Yo me quedo literalmente helada y me separo de Ales.
- ¿Crees que es el momento para mencionarme a tu marido? -Estoy tremendamente celosa- ¿Justo después de hacer el amor?
- Lo siento.
- Puedo entender que sea importante para ti y que no te sea fácil enfrentar esta situación, pero podrías haberme dado una tregua.
La veo bajar la mirada porque me nota muy seria.
- Es solo que…me siento atrapada entre dos mundos. Por un lado, está Fabrizio y todo lo que hemos construido juntos. Y, por otro lado, estás tú y esta conexión intensa y abrumadora que tenemos.
- ¿De verdad me estás hablando de conexión?
Ales toma mi mano suavemente.
- Quiero que sepas que estoy aquí para ti, Mia.
- No te confundas. Tú no estás aquí. Ahora mismo estás en Milán con tu querido Fabrizio y te arrepientes de lo que ha pasado entre nosotras, y lo más importante, te estás sintiendo presionada a tomar una decisión que no quieres por nada del mundo.
- Necesito tiempo para reflexionar, eso es todo.
- Por supuesto, tómate todo el tiempo del mundo. No quiero que te sientas presionada por mí, faltaría más. Al fin y al cabo ¿quién soy yo en tu vida? Un polvo de urgencia porque ya son muchos días ¿no?
- A veces eres desagradable hasta la extenuación.
No digo ni una palabra más y me voy directa al mar. Tengo tanta rabia que comienzo a dar puñetazos contra el agua y a gritar como una loca poseída por un ser maléfico. Creo que en verdad estoy poseída, pero por el tormento de los celos que me tienen encendida como una pira ardiente abrasando hasta mi conciencia. Odio a Fabrizio con toda mi alma y no hay estupidez más soberana que odiar a quien no tiene la culpa de nada. Supongo que está roto de dolor por la pérdida de Ales y yo no hago más que lanzarle misivas incendiarias dentro de mi cabeza.
Puedo comprender la situación en la que se encuentra Alessandra. Antes de este desastre salió de casa dando un beso de despedida a su marido y ahora está liada conmigo. ¡Claro que lo veo! ¡Y hasta puedo entenderlo! Pero es que estoy enamorada y la quiero para mí y solo para mí. Ya no hay nada en este mundo que desee más. ¡Si hasta soy

capaz de dejarlo todo y largarme a cualquier lugar del planeta con tal de estar juntas!
Cuando regreso al refugio Ales está vestida y sentada en su rincón con las piernas encogidas y los brazos alrededor abrazándolas.
Mira mi desnudez, las gotas de agua que aún resbalan por mi cuerpo y no aparta los ojos en ningún momento. No sé si me siento cohibida o como un pavo, con sus ojos clavados y explorándome con deseo. Sí, claro que sí, esto es deseo. Esa mirada lasciva la delata. Mucho Fabrizio, Fabrizio, pero a quien quiere comerse es a mí.
Cojo uno de los trozos de camiseta que usamos para secarnos y voy pasándola por mi cuerpo con toda la parsimonia del mundo. La intranquilidad de Ales se hace más que evidente a medida que paseo la tela por mis curvas. La veo cerrar los ojos, apoyar la cabeza en las rodillas, volver a mirarme, un contacto visual, otro y acaba poniéndose de pie y lanzándose hacia mí como si fuera una presa a la que hay que comerse. ¡Y claro que lo hace! Me come la boca con ansia, con desesperación y le contesto con el mismo fuego moviendo las manos por todo su cuerpo, me aprieta los senos con ambas manos, está como loca y no me contengo porque comienzo a quitarle la ropa con brusquedad. No me reconozco, no sé qué me pasa, solo quiero volver a sentirla y no quiero parar jamás. Nadie me ha hecho sentir así, nunca la pasión se ha apoderado de mí de esta manera. Noto como me penetra y un gemido de placer escapa de mi garganta sin que pueda evitarlo, no quiere esperar y me posee allí, de pie. Yo quiero hacer lo mismo y me lo impide porque sin esperarlo comienza a resbalar por mi cuerpo hasta mi sexo, y siento su lengua dibujar círculos en mi intimidad y después se pasea golosa bebiéndome, succionando, penetrándome una y otra vez. Tiene las manos agarradas a mis nalgas y me empuja moviéndome hacia su boca, más rápido, más fuerte y acabo apoyando las manos sobre sus hombros porque temo que voy a caerme de un momento a otro. No puedo aguantar más y un orgasmo devastador me recorre todo el cuerpo como el choque de dos placas tectónicas y noto que estoy gimiendo a voz en grito, deshaciéndome con cada empuje de su lengua sobre el mismo centro de mi placer. Creo que voy a desmayarme cuando le tomo la cabeza con ambas manos y la separo de mí.
- Vas a matarme, maléfica.
Y la veo sonreír con la boca y la barbilla mojadas y la mirada más pícara que le he conocido nunca.

Capítulo 8

Todo ha cambiado para las dos y de pronto estamos viviendo un presente que era del todo imprevisible. Creo que vivo en una luna de miel que jamás imaginé y que me tiene idiotizada. Ales es un amor, y esa faceta suya me vuelve loca, no hay día en que no me colme de atenciones y haga sentirme como el ser más importante de la tierra. Y me regocijo, claro que sí, porque sin esperarlo se ha convertido en la persona más importante de mi vida.

Amanecer desnudas y abrazadas es más de lo que hubiera podido imaginar hace tan solo unos días atrás y despertar con ese precioso beso en los labios, mirando su carita adormilada y la dulce y aún tímida sonrisa. Me fascina esta mujer, capaz de darme y quitarme el aliento en cuestión de segundos.

No ha vuelto a hablarme de Fabrizio, supongo que es la conversación más espinosa que podemos mantener y aunque no puedo quitármelo de la cabeza me abstengo de decir una sola palabra que le concierna, porque no puedo evitar pensar en lo afortunada que soy. Atrapadas en esta isla, enfrentamos desafíos inimaginables, pero la única constante ha sido Alessandra.

Ella ha sido mi ancla en medio de la tormenta, la luz en la oscuridad. Cada día que pasa, mi amor por ella crece más. La forma en que sonríe, cómo sus ojos reflejan la determinación y el cariño a pesar de todo, eso me llena de calidez.

Antes de este viaje, nunca había sentido algo tan profundo. Pero aquí, en esta isla olvidada por el mundo, Alessandra se ha convertido en mi razón de ser. En cada risa compartida, en cada mirada, en cada palabra acabo encontrando consuelo.

No puedo imaginar una vida sin ella. No quiero. Ales ha transformado este confín desolado en un refugio, en un lugar donde el amor nace cada día en medio de la incertidumbre. Ha hecho que descubra el significado del verdadero amor, algo que nunca obtuve de mis pasadas relaciones y que trasciende a las comodidades mundanas. Prefiero vivir una vida entera con Alessandra en estas condiciones que cambiarla por todos los lujos del mundo.

Me ha mostrado que incluso en la adversidad más extrema, el amor puede ser la fuerza más poderosa. Nos hemos sostenido mutuamente, enfrentando la soledad, la sed y el hambre. Pero lo más importante, hemos descubierto la riqueza de un vínculo que va más allá de la supervivencia, es la esencia misma de nuestra existencia en esta isla.

Cada momento que pasamos juntas es un tesoro. Imaginar un futuro

sin ella es simplemente insoportable. Aquí, con Ales a mi lado, encuentro la paz completa y la esperanza de cada amanecer.
Esta isla es nuestro hogar, nuestro refugio y ya no quiero que nada ni nadie perturbe lo que tenemos porque sé que jamás volveré a sentir lo que estoy sintiendo en este instante de mi vida.
- ¿Otra vez envuelta en elucubraciones imposibles?
- Bueno, ya me conoces, si no pienso es que tengo fritas las neuronas.
- Anda ven a dar un paseo y deja descansar esa cabeza.
Y como por arte de magia mis pensamientos vuelan y solo veo los preciosos labios de Ales con esa media sonrisa que me vuelve loca.
- ¿Sabes? Estás especialmente guapa hoy.
- ¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?
- Sencillo, tus ojos brillan, tus labios sonríen y tienes un aura de calma y satisfacción.
- He de confesarte algo.
- ¡Ajá!
- Anoche tuve un encuentro más que interesante con alguien.
- ¡Vaya! ¿Y puedes decirme de quién se trata?
- Conocí a una chica española hace un par de meses, al principio no me llamó en exceso la atención, me caía bien y eso, pero ahora, ¡oh! ¡Dio! Me da un magnífico sexo.
- ¿Y puedo saber quién es esa maravilla sexual?
- Alguien precioso que me vuelve loca.
Y me coje la cara plantándome un beso en toda la boca que hace que parezca que estoy subida en una montaña rusa.
- Me alegro de que te guste.
Nos cogemos de la mano y caminamos por la orilla dejando que el agua moje nuestros pies. Ya está atardeciendo y el espectáculo visual es impresionante.
- Te has quedado muy seria.
Ojalá pudiera decirle que disfruto del sexo tanto como ella. pero que también necesito que me exprese sus sentimientos.
- ¡Que va! Mira la puesta de sol.
Pero intentar desviar la conversación no surte el efecto deseado.
- ¿He dicho algo que te haya molestado?
Joder, esta mujer parece que lea en mis pensamientos.
- Para nada. Me alegra que te lo pases bien en nuestros encuentros locos.
- ¿Pero?
- ¡Ales! – Y no me queda otro remedio que reírme por su insistencia. ¿Tan transparente soy? – Ven aquí.
Besar a Alessandra es lo más increíble que he sentido nunca. ¿Cuántos hombres han estado conmigo? Espera, creo que cinco con relaciones completas y repetidas y perdí la cuenta de magreos y besos

improvisados. Jamás he tenido tan claro que no había conocido el amor hasta ahora.
- Me encanta besarte Mia.
Cuando me dice esas cosas es como si se encendieran todos los motores de mi cuerpo. Bendita sensación, entonces ya no hay forma de pararme.
Hacer el amor con Ales es como estar en ebullición constante, no hay fibra, ni músculo que no sienta el placer más intenso que he recibido nunca y explicarlo es imposible.
Sé que ella disfruta igual que yo, lo noto en su respiración, en sus gemidos, en su manera de moverse buscando más intensidad, nadie puede fingir el placer real cuando crece en tu interior como un torbellino. Después de cada encuentro apasionado, mi corazón late desbocado, y cada rincón de mi ser está impregnado de la dulzura de su piel. Pero, a medida que la marea de la pasión se retira, la sombra de Fabrizio se cierne sobre mí como una nube oscura y amenazadora.
Me pregunto si, en los silencios después de nuestras caricias, Alessandra se pierde en pensamientos sobre el hombre que comparte su vida. La idea de que pueda recordar momentos íntimos con él, momentos que yo nunca experimenté, me atormenta. Vivo en un cuento de hadas donde un gran monstruo acecha día y noche y no me deja ser completamente feliz.
Alessandra dijo que estaba enamorada de mí, que lo nuestro es único y especial. Sin embargo, ¿cómo puedo evitar pensar que, en algún rincón de su mente, él aún persiste? No puedo evitar sentirme insegura, preguntándome si alguna vez podré borrar completamente la presencia de Fabrizio en su memoria.
A pesar de los momentos compartidos, siento que estoy luchando contra un espectro del pasado. No es que no confíe en Ales, sino que me temo a mí misma y a estos celos que se agarran a mi pecho como garfios. ¿Será suficiente mi amor para borrar las huellas de un matrimonio, de años compartidos y promesas hechas?
Quisiera borrar esos pensamientos y simplemente sumergirme por completo en nuestro amor, pero la sombra persiste, como un eco que se niega a desvanecerse. En medio de la pasión, me pregunto si alguna vez seré la única en su mente, sin las comparaciones con lo que pudo haber sido.
Quizás, con el tiempo, pueda aprender a confiar en que nuestro amor es suficiente para eclipsar el pasado. Pero por ahora, en la quietud de este paraíso después de compartir nuestros momentos más íntimos, lidiar con mis propios miedos se convierte en un desafío, y me pregunto si Alessandra notará mis inseguridades en estos ojos tan llenos de amor.
Estamos literalmente rebozadas de arena fina y blanca y nuestros

cuerpos aún estrechamente abrazados reclaman el contacto, descansando, aún con la respiración agitada, como si el guerrero recién regresado de la batalla tornara a casa cansado pero victorioso. Somos dos cuerpos convertidos en uno y es que no quisiera soltarme nunca. Es como si estuviera agarrada a mi única tabla de salvación.
- Me haces sentir el ser más precioso de la tierra.
Su susurro me conmueve, y sí, sonrío gloriosa.
- Ales, jamás imaginé que pasaría esto entre nosotras y te confieso que tampoco se me pasó nunca por la cabeza liarme con otra mujer. Sin embargo, ha sucedido y estoy feliz, feliz porque sé que estoy enamorada de ti y nada podría alejarme ahora.
- Sé lo que significas para mí, lo que me das y lo que siento. Ha sido inesperado, claro, pero te prometo que no me arrepiento de nada.
Y me encanto con el sonido de esas palabras.
- Yo es que no me arrepienta, al contrario, has hecho que despierte a unos sentimientos que permanecían dormidos y tan escondidos que ni siquiera sabía que existían. Y celebro descubrirlos contigo.
- Mi familia no lo entendería.
La veo fruncir el ceño y dudar, y no me gusta.
- Medio planeta no lo entiende, aunque si te digo la verdad me importa un comino lo que quiera entender el mundo.
- A veces me pregunto si estamos destinadas a vivir este amor en las sombras. ¿Qué pasará cuando la realidad se interponga en nuestro camino?
- Nuestro amor es fuerte, pero no puedo dejar de pensar en el hecho de que estás casada.
Y vuelve Fabrizio más fuerte que nunca.
- Aunque te lo calles, lo sé. Mi matrimonio, fue una elección en otro tiempo, una decisión que ahora parece un peso que llevamos ambas. Y también sé que mi corazón late más fuerte cuando estoy contigo, no puedo evitarlo Mia, no puedo evitar sentir toda mi vida patas arriba.
- Cariño mírame.
- Quisiera hacer desaparecer las barreras, los inconvenientes.
Casi escucho como algo se quiebra en su interior al pronunciar estas palabras.
- No quiero ser el motivo de que te arrepientas de decisiones pasadas. Aunque, ¿y si nuestra felicidad está realmente en nuestras manos?
Y se las cojo apretándolas y haciéndole notar que estoy aquí para ella.
- Hay veces en que me asusta pensar en lo que todo esto podría significar para mí, para ti y para todos los que nos rodean. ¿Podemos enfrentar el juicio de los demás, las consecuencias de tomar este camino?
- Entiendo tus temores, y también sé que el amor que compartimos es algo especial, pero ¿deberíamos renunciar a lo que sentimos por

miedo a lo que podríamos enfrentar?
- No quiero perderte, Mia. Sé que me espera Fabrizio y…
- ¿Qué sientes ahora por él?
- No lo sé.
La desesperación se muestra evidente en cada gesto, en la opacidad de su mirada.
- No quiero ser una razón de dolor para ti, y tampoco quiero perder la oportunidad de ser feliz a tu lado. Creo que merecemos intentarlo, merecemos luchar por este amor.
- Estoy dispuesta a enfrentar lo que sea necesario. Si hay una posibilidad de ser felices juntas, creo que vale la pena luchar por ello.
Y si os digo que toda yo temblaba como un flan por la crudeza de lo que suponía la verdadera realidad, no es un eufemismo.
- Ven, vamos al agua.
Me levanto y le ofrezco las manos a Ales para que me siga. Parecemos dos montañas de arena bípedas.

De pronto salto y corro haciendo el payaso hasta que me zambullo en el agua de cabeza mientras escucho la risa de Ales detrás de mí.
Hasta hace nada, mi atracción por el cuerpo de los hombres era evidente. Ahora cuando miro a esta mujer me parece lo más hermoso que he contemplado en toda mi vida.
Es extraña la percepción que tenemos de las personas y de las cosas en unos momentos de tu vida o en otros. Cambiamos de crisálida a mariposa por momentos y es normal que nos hagamos tantas preguntas sin respuesta a nosotros mismos. Nuestra mente es compleja, nuestros sentidos y gustos se transforman en algo desconocido que cuesta asimilar al principio, pero como siempre el ser humano se adapta. Lo que en un principio parecía increíble se convierte en habitual y ya no quieres retroceder. Todo tu cuerpo te pide que no retrocedas, aunque tu mente, como siempre alerta, te lo desaconseje.
Abrazar a Ales en el agua, mecerla, acariciarla, todo me parece lo más excitante que he vivido nunca y ya no quiero parar de hacerlo.
Soy consciente de que todo está en nuestra contra, pero aquí y ahora, en este presente, solo estamos ella y yo, no hay nada que temer.
Después de cenar Ales se queda en el refugio dormida y yo salgo a pasear. Me encanta este instante de paz en que la noche solo está iluminada por la suave luz de la luna y las estrellas se amontonan en el cielo. Entonces pienso en tantas noches que lo hemos hecho juntas, cogidas de la mano y disfrutando del suave tacto de la arena bajo nuestros pies descalzos. Siempre estás en mi cabeza maléfica.
De repente veo destellos de luces en la distancia, pero nunca han estado tan cerca de la costa.

Reacciono y salgo corriendo a trompicones muy emocionada y nerviosa hacia el refugio.
- ¡Un barco Ales! ¡Un barco pasa cerca de la costa!
Cojo dos luces químicas que siempre reservamos para un momento como este y Ales impulsada por la misma emoción que yo, sale disparada hacia el exterior gritando como una loca.
Sé que esta es la mejor oportunidad que hemos tenido desde que llegamos a la isla y voy a intentar llamar su atención como sea.
- ¡Vamos, Ales! Prende el fuego con todo lo que encuentres. Quiero hacer señales para que el barco nos vea.
Ales aviva el fuego, haciendo que las llamas crezcan y bañen la playa de luz, mientras yo estoy metida en el agua hasta la cintura agitando las luces químicas en el aire y creando una brillante estela de luz que destaca en la oscuridad del mar.
- ¡Quiero que nos vean! ¡Aquí! ¡Aquí!
Y la pobre se deja la garganta dando gritos desesperados y echando leña y más leña hasta conseguir que las llamas se eleven más alto y el fuego arda con una intensidad impresionante.
- ¡Tienen que vernos, joder! Es imposible que pasen de largo.
Sentir que la esperanza vuelve a ti después de tanto tiempo es alentador, pero ver como el entusiasmo se va desvaneciendo a medida que el barco pasa lentamente frente a la costa sin detenerse es desesperante. Las luces en mis manos se vuelven frenéticas, intentando llamar su atención y todo es inútil.
Veo como Ales cae de rodillas llorando angustiada, y yo no puedo evitar sentir una punzada de desilusión. Esta vez sí que ha sido posible y parece que estamos destinadas a quedarnos varadas en esta isla para siempre.
- No lo puedo creer.
Y Ales repite tantas veces esa misma frase que pierdo la cuenta.
- Hemos hecho todo lo posible para que nos vean. Tal vez no estuvieran prestando atención.
- Esto es frustrante. Llevamos tanto tiempo esperando y ahora parece como si nos ignoraran, como si toda esta isla no existiera.
- ¡Vamos nena! -Cojo sus manos entre las mías- Habrá más oportunidades no pierdas la esperanza.
- Sé que sin tu apoyo jamás hubiera llegado hasta aquí Mia.
La noche es apacible, no hace viento, y tampoco se ve rastro de nubes, pero sí se vuelve más oscura para ambas. Animo a Ales a ir hasta el refugio y dormimos muy abrazadas. No sabemos cuándo volveremos a tener otra oportunidad igual. Y así, nos quedamos aferradas la una en la otra, mientras la noche nos envuelve y nos prepara para un nuevo día en la isla.
Me despierto sobresaltada por un estruendo ensordecedor y con el

corazón latiendo a mil por hora. Ales también ha dado un respingo a mi lado y nuestras miradas se encuentran aún llenas de sueño y confusión. Al principio no movemos ni un músculo hasta que el sonido comienza a hacerse reconocible y las dos salimos corriendo literalmente del refugio. Es un helicóptero y por lo menos yo, tengo que parpadear dos veces para creérmelo, mientras Ales ya está gritando y saltando como loca.
- ¡Es un helicóptero, Mia! ¡Vienen a rescatarnos!
- ¡No puedo creerlo! ¡Nos vieron cariño, nos vieron!
Tengo los ojos de par en par y fijos en las maniobras de aterrizaje. El aire que despiden las hélices es letal para nuestro campamento y todo vuela a nuestro alrededor, aunque ya no tiene importancia. Estamos viviendo nuestros últimos instantes en la isla y Ales y yo nos miramos alegres y triunfantes porque los esfuerzos de la noche anterior han servido para sacarnos de aquí.
Del helicóptero bajan dos hombres vestidos con uniformes de rescate y enseguida se dirigen hacia nosotras. Uno de ellos nos habla en un perfecto inglés mientras el otro nos mira creo que sin entender ni una sola palabra.

* * *

A medida que sobrevolamos nuestra isla y la vamos dejando atrás, me siento feliz y al mismo tiempo preocupada. Creo en Ales y en sus promesas, pero no puedo evitar sentirme nerviosa por todo lo que nos aguarda a partir de ahora.
De pronto veo como las lágrimas recorren el rostro de Ales y la miro sin saber si llora de alegría o hay algo más dentro de ella que comienza a atormentarla.
- ¿Qué sientes? -Y cojo su mano entrelazando nuestros dedos y apretando fuerte.
- Siento que una parte de mí se ha quedado en esa isla y no puedo evitar un vacío que me acongoja.
- Hemos vivido momentos muy difíciles, y también encontramos algo que ninguna esperábamos. Ahora comienza una etapa diferente en la que debemos ser nosotras mismas con otras perspectivas.
Paseo mi dedo pulgar por una de sus mejillas y arrastro conmigo una lágrima.
- Es difícil Mia, muy difícil.
No quiero hacer hincapié en estas últimas palabras y me convenzo de que es la emoción del momento. Luego me quedo sencillamente callada.
El instante del aterrizaje me provoca una ansiedad que me ahoga, y Ales suelta mi mano mirándome a los ojos con intensidad, quiero leer en ella y algo que no sé descifrar me lo impide, no dice nada, creo que

ni siquiera puede hablar y yo me estoy tragando mis propias lágrimas porque a partir de aquí todo va a ser diferente.

Se acabó nuestra idílica isla, la libertad de amarnos sin ser juzgadas, y regresa la realidad dando golpes atronadores que retumban en mi cabeza.

La salida del helicóptero nos deja con la boca abierta, hay decenas de periodistas retenidos por un cordón policial que comienzan a disparar sus flases a una velocidad de vértigo. Ales y yo nos miramos conmocionadas.

Mientras las hélices del helicóptero cortan el aire con un ruido ensordecedor, nos obligan a bajar la cabeza y nos acompañan fuera de las enormes aspas. El mecanismo de rotación va desacelerando y es entonces cuando comenzamos a escuchar los gritos de los periodistas. Yo no entiendo apenas nada porque la mayoría hablan en su lengua nativa, y quiero abrazarme a Ales porque de pronto me siento desnuda ante tantas miradas, todo es un caos de ruidos que colapsan mis sentidos y me siento mareada.

Un grupo de personas nos espera al final del recorrido, debe ser gente importante porque están rodeados de policías y visten de forma demasiado sobria.

Mi mirada sigue buscando a Ales a la que acompaña uno de los sanitarios que estaban a pie de pista para recibirnos. Supongo que todos están convencidos de que venimos en unas condiciones lamentables, y no se equivocan porque de pronto siento que me fallan las piernas. Es curioso que me haya sentido tan fuerte y protectora en la isla y ahora parezca el ser más indefenso de este mundo.

En efecto, esos hombres se presentan como los embajadores de nuestros respectivos países y nos felicitan por soportar todo lo que hemos pasado durante ¿cómo dicen? Dos meses. No creí que fuera tanto tiempo.

Ales y yo no hemos vuelto a cruzar una sola palabra, estamos abrumadas por la gente, las atenciones, si incluso han traído dos sillas de ruedas.

Miro a mi alrededor y escucho como gritan mi nombre.

- ¡Mia! ¿Cómo te encuentras?

Es un periodista español y le sonrío, pero no soy capaz de articular una palabra.

Los flases siguen su danza de luciérnagas crispadas y quisiera volar, volar hasta perderme junto a Ales, volver a nuestro paraíso perdido porque de golpe la realidad me ha aplastado con su gran losa enorme y pesada.

Nos dirigen hacia una sala privada en la que espera un equipo médico, imagino que tenemos un aspecto lamentable porque recuerdo vagamente el físico de Ales cuando nos presentaron y ahora ha

perdido mucho peso, yo también lo he perdido porque toda la ropa me va enorme.
El diagnóstico, desnutrición y deshidratación, algo que ya esperábamos, y nos vemos enganchadas a un gotero semi tumbadas en sendos sillones. Me siento muy cansada, creo que de pronto toda la adrenalina acumulada durante tantos días se ha agotado y desfallezco sin remedio ante la mirada de todas aquellas personas.

* * *

Han pasado dos días desde que nos rescataron y aún no consigo entender el motivo de tu repentina lejanía. Quiero estar sola y huir de entrevistas, cámaras y atenciones, lo sé, parezco desagradecida con las embajadas y la gran labor que están haciendo, con los servicios médicos y el trato admirable que estamos teniendo, pero necesito respirar y pensar, sobre todo pensar porque te juro que no te comprendo Ales.

Sí, quiero estar lejos de ti porque necesito un momento para mí, un instante en que tu presencia o tus palabras no me hagan daño.

Desde que supe lo que estaba pasando siempre ha estado presente la sensación de estar a dos mil metros de la tierra, el retumbar de mi cabeza al descubrirte y al descubrir esa parte de mí tan desconocida. A cada instante perdura tu sabor en mis labios y el olor de todo tu cuerpo. Tengo grabado tu nombre en el alma y en el tiempo que ha pasado a aquel estallido impredecible de deseo descontrolado ya no puedo sacarte de la cabeza ni un solo instante.

Quiero luchar contra lo evidente al quedarme mirándote embobada y romper con el deseo de volver a tenerte entre mis brazos. Me miento y me digo a mí misma que lo que yo amé fue la situación idílica, el no sentirme sola, y me engaño pensando que en cualquier otro lugar esto no hubiera pasado, sin embargo, mi lenguaje se ha convertido en un monólogo de una sola palabra, Ales. Y tú, ajena a mi lucha interior te comportas como si nada hubiera sucedido, evitando mis ojos, ofreciendo sonrisas pletóricas a todo el mundo y encantada de estar de vuelta, y yo no puedo estar reviviendo una y otra vez aquellos momentos íntimos en mi memoria porque voy a volverme loca. Es como haber abierto un libro desconocido y desear empaparme de sus letras, necesito leerlo y aprender e ir descubriendo cada página como si de mi último suspiro se tratara.
Entre tus ojos y los míos hay un abismo, yo me derrito por una mirada y tú huyes despavorida cada vez que nuestros ojos se encuentran. Y cuando la pureza de tu mirada queda en suspenso yo quiero ser el objeto de tu atención, el único horizonte de tu visión.
Fue imposible evitar el amor que iba creciendo en mi interior al pasar de los días y ahora te espero y te acuno en mis sueños, pero un puente

infinito nos está separando irremediablemente.

No niego estar haciéndome la dura, intentar convertir tus palabras en algo tan frío como el mismo hielo, pero es que ese hielo se deshace en cuanto me muestras una sonrisa y observo tu boca. Jamás en mi vida he deseado tanto besar unos labios, necesito vivirte, amarte, convertirte en algo tan mío como mi propio cuerpo, es pura necesidad, algo sin sentido que me arrastra y aunque me haga daño no puedo evitar. Vivo en un estado de sobriedad continuo desde que los prejuicios y reticencias se han convertido en tu guía.

¿Qué nos ha llevado de la locura más extrema a la distancia amistosa que estamos compartiendo? ¿Cómo es posible que en solo dos días me esté muriendo y ni siquiera me dé cuenta de qué está sucediendo? Son preguntas que no puedo sacarme de la cabeza. Nos dejamos llevar por la pasión y la euforia desenfrenada, como si fuéramos marionetas en manos del destino. Cada encuentro fue un torbellino de emociones, una montaña rusa que nos hacía sentir vivas y, al mismo tiempo, nos dejaba exhaustas.

Nos sumergimos en la locura más extrema, como si no existiera mañana, como si el mundo se redujera a nosotras dos. Pero, inevitablemente, el ardor de la pasión ha dado paso al frío de la distancia. A medida que las llamas se han extinguido, permanece la realidad desnuda y cruda, revelando nuestras diferencias y limitaciones.

Me aferro a la amistad para mantenerte cerca, como si ese lazo pudiera llenar el vacío que ha quedado en mi corazón. Sin embargo, la realidad es que la distancia amistosa solo resalta lo que ya no tenemos. Pasamos las horas, arrastrándonos entre risas forzadas y charlas superficiales, mientras el desencanto crece silencioso.

Siento que estoy perdida y como si estuviera perdiendo pedazos de mí misma sin darme cuenta. ¿Cómo podría notarlo si estamos atrapadas en una danza de apariencias y máscaras? Cada sonrisa enmascara mi tristeza, cada palabra esconde mi deseo de gritar, de romper con esta pantomima que nos envuelve.

Quizás sea el momento de enfrentar la verdad, de mirarnos a los ojos y aceptar que no podemos llenar los vacíos con una amistad vacía. Tal vez sea hora de dejar de vivir en la sombra de lo que fuimos y aceptar lo que somos ahora, incluso si eso significa olvidar el amor que sentimos. Pero hasta que encuentre el coraje para hacerlo, seguiré aferrándome a esta distancia amistosa, mientras mi corazón se consume lentamente y llora. Y cada día, la pregunta seguirá resonando en mi mente: ¿por qué? ¿Por qué dejamos que la locura nos llevara tan lejos, solo para encontrarnos ahora perdidas?

Tengo los ojos cerrados y escucho el sonido de una suave melodía mientras mis pensamientos deambulan a sus anchas por mi mente, mis

conversaciones conmigo, mi introspección del sentimiento y lo que me rodea. Siempre un pensamiento fijo, un motivo por el que relatarme toda una historia que a veces no me lleva a nada, pero que ahí está necesitada de ser escuchada.

De pronto tu voz me devuelve a la tierra y mi mente y todos mis sentidos vuelven a ser tuyos. Eres puro imán y me levanto porque necesitas mi ayuda. ¿Qué haría si no estuvieras Ales? Te prometo que no lo sé.

Capítulo 9

El pasillo del hotel se extiende frente a mí, cada paso resonando con la tensión que late en mi pecho. Decidida a aclarar las cosas con Ales, avanzo con determinación hacia su habitación. Escucho mis pasos como un eco de mi propia angustia, pero sé que esta conversación es necesaria.

Al llegar a la puerta, mi mano se eleva titubeante antes de golpear con firmeza. El sonido retumba en el silencio de la noche, y mi corazón late desbocado mientras espero. La puerta se abre lentamente, revelando a Ales, su expresión una mezcla de sorpresa y nerviosismo.

- Mia…

Mi mirada se encuentra con la suya, y en esos segundos de conexión silenciosa, puedo sentir la historia no contada en sus ojos. Sin decir una palabra, las emociones fluyen entre nosotras, creando una atmósfera cargada de incertidumbre y dolor.

Finalmente, Ales me hace pasar, y entro a la habitación, sintiendo la tensión acumulándose en el aire. Cierro la puerta tras de mí, y el sonido resuena como el preludio de una conversación que podría cambiarlo todo.

Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, veo en los de Ales ese destello de deseo que nunca puede ocultar, incluso bajo la pesadez de las circunstancias. Su mirada arde con la intensidad de las promesas que hemos compartido y la complicidad de los secretos que solo nosotras entendemos.

Me acerco a ella, y en el suave resplandor de la lámpara, noto el temblor de sus manos, el nerviosismo que intenta esconder bajo una fachada de compostura. Pero la conocí demasiado bien en la isla, cada mirada, cada gesto, y sé que el vaivén en su respiración delata la pasión reprimida que yace justo debajo de la superficie.

- Mia, necesitamos hablar antes de…

Antes de que termine su frase, mis labios encuentran los suyos en un beso apasionado, una respuesta a todas las dudas y miedos que flotan en el aire. Sus labios ceden, se entregan al torbellino de emociones que compartimos, mientras sus manos acarician mi rostro con una suavidad que contradice toda la lejanía que se ha empeñado en interponer entre nosotras.

Me separo solo lo suficiente para ver la expresión en sus ojos, esos ojos que han sido testigos de nuestros momentos más íntimos.

- Mia…

El deseo palpita entre nosotras, y sé que la inquietud que intenta

esconder se desvanecerá en cada caricia. La desnudez de nuestras almas se refleja en el lenguaje de su cuerpo cuando la tomo de la mano y la guío hacia la cama.
El tacto de su piel contra la mía es un eco de las sensaciones compartidas en la isla, pero esta vez, hay una urgencia que eleva la temperatura de la habitación. La pasión se desata en cada roce, en cada beso robado, y sé que estamos desafiando el mundo con cada suspiro compartido.
El sonido de sus gemidos se mezcla con el suave susurro de nuestras confesiones, y cada movimiento es una danza en la que nos perdemos, buscando la conexión más allá de las palabras.
En la penumbra, nos entregamos la una a la otra con una intensidad renovada, una promesa de amor que se mantiene firme incluso en medio de la tormenta. Y mientras nuestros cuerpos se entrelazan con la pasión de aquellos que han enfrentado la posibilidad de perderse, siento que el mundo exterior se desvanece, dejándonos atrapadas en el éxtasis de un amor que desafía cualquier expectativa.
Extinguido el intenso fuego, nos quedamos abrazadas, no deseo que esto sea una despedida, mi última hora de pasión con Ales, y mientras beso la cavidad de su cuello con dulzura, pienso y sé que a partir de mañana todo puede cambiar en mi vida.
Llegará Fabrizio para romper nuestros lazos, para acabar de un golpe con todo el amor entregado, y juro que no puedo soportarlo.
- Ales, no podemos seguir como si nada hubiera pasado entre nosotras.
Lo digo en un susurro, sin pretender alterar nada de este maravilloso instante.
- Necesitas entender. La llegada de Fabrizio lo cambiará todo. No puedo engañarte Mia.
- Entonces, de pronto no significo nada para ti.
Estoy confundida y enfrento la dolorosa realidad de la distancia repentina de Ales. La inminente llegada de su marido y la presión mediática ha transformado nuestra relación en algo sin importancia.
- No digas eso, sabes de sobra lo que significas para mí, creo que te lo he demostrado con creces. Sin embargo, tenemos que ser realistas. La gente no entenderá, y la presión será abrumadora. Fabrizio está en camino, y quiero proteger a mi familia. No necesito en mi vida una bomba mediática que dé la vuelta al mundo.
- No puedo creer que estés dispuesta a renunciar a nosotras tan fácilmente, Ales. ¿Qué hay de todas las promesas que hiciste en la isla?
- Por favor, comprende. No es tan simple. No quiero lastimarte, pero debemos aceptar la realidad.
Y yo desesperada me separo de Ales y me quedo mirando al techo como ida.

- No quiero perderte, pero siento que lo hago a cada segundo que pasa.
Sin poder evitarlo una lágrima escapa de mis ojos, no necesito parecer más débil, pero es que no puedo contener este río que reclama desbordarse.
- Sé que las cosas han cambiado desde que dejamos la isla y necesito que entiendas por qué.
Mi mirada se clava en la suya, mi corazón late con fuerza, esperando escuchar palabras que, temo, podrían romperlo aún más.
- Lo que necesito es saber por qué estás alejándote después de todo lo que compartimos, después de todas las promesas que hicimos.
- Para ti es fácil hablar de promesas, no te espera nadie. Sin embargo, yo tengo una vida, una familia, y no puedo simplemente ignorar eso. - La veo cerrar los ojos, y en ese gesto, puedo ver la lucha interna que ha estado enfrentando- Mia, esto es más complicado de lo que pensé. Creo que estaba en una burbuja en la que solo existíamos tú y yo, y de pronto, esa burbuja ha estallado y me siento desnuda ante el mundo.
Las palabras de Ales resuenan en el espacio entre nosotras, y siento que ese mundo del que habla se desmorona a mi alrededor.
- Yo también tengo una vida. También tengo una familia que espera mi regreso, pero no puedo simplemente renunciar a lo que siento por ti.
El silencio se cierne nuevamente sobre la habitación, pero esta vez, ya no me queda resistencia. Mis ojos buscan los suyos, esperando encontrar la esperanza de que tal vez, solo tal vez, podamos superar este momento de oscuridad.
Mi corazón late con fuerza y mi mente sumida en un torbellino de emociones deja que mis lágrimas empañen mis ojos ante la realidad de perder a Ales y no puedo soportarlo. Siento que mi pecho se aprieta como si un vendaval de emociones lo estuviera consumiendo.
- Maldito sea este mundo que nos juzga y que nos arranca el amor como si fuera un pecado. Maldita sea esta farsa que quieres aparentar Ales. Las cámaras, los periodistas, el planeta entero mirando y juzgando. ¿Por qué no pueden entender que el amor no se puede controlar ni encerrar en cajas de embalaje? ¿Realmente estás dispuesta a sacrificar lo que teníamos por un matrimonio muerto? ¿Por el miedo al que dirán? ¿No te das cuenta de que te estás alejando de lo más hermoso que hemos encontrado?
- Ni siquiera sé lo que estoy haciendo.
- ¡Por favor, Ales!
La rabia y el dolor se entrelazan con mis pensamientos mientras observo como Ales se va alejando cada vez más de mi lado.
- Sé que no te mereces esto.
- No puedo creer que alguien tenga el poder de arrebatarme a la

persona que amo. -Siento como si todo mi cuerpo estuviera desgarrándose, las lágrimas caen ya sin control, y mi voz interior maldice el destino que parece habernos jugado una mala pasada- Maldito sea todo esto, malditos tus prejuicios y maldita tu estúpida lealtad que nos está arrebatando lo más valioso que teníamos. ¿No puedes ver que estamos cediendo ante el miedo en lugar de luchar por lo que realmente importa?
Y lloro la pérdida inminente de un amor que creía eterno.
- Fabrizio llegará mañana junto con mis padres. La prensa, el mundo entero estará ahí… Esto es más grande de lo que pensé, pero cariño no puedo soportar verte así. Dime, ¿qué opción tengo? ¿Destrozar la vida de toda mi familia?
- No Ales, no. Es mucho más sencillo destrozar la mía.
- Tal vez esté cometiendo el mayor error de mi vida. Tengo miedo a lo desconocido. ¡Oh! ¡Dio! Todo esto me supera. Solo espero que comprendas la difícil elección que he tenido que hacer.
Noto sus ojos mirando mi cuerpo como si fuese la última vez que va a verme desnuda. La decisión está clara y la amenaza con romper no solo su propio corazón, sino también el mío es tan evidente que no hay marcha atrás.
Tengo que respetar su deseo porque no me queda otro remedio, al fin y al cabo, somos seres civilizados y caernos o levantarnos no depende solo de nosotros mismos.
Salgo de la cama y comienzo a vestirme, no hay poder más grande que la derrota cuando has visto la victoria en tus manos.
No escucho nada, ni quiero oír nada más, la ilusión más efímera, el momento más precioso ha llegado a su fin y una pena me consume por dentro, porque la pena ha comenzado a alimentarse de mí.
Y me alejo de Ales porque se han cerrado todas las puertas, seguiré caminando sola, convirtiendo el recuerdo en la promesa de amor más esperada y soñada.

* * *

El momento que he estado temiendo finalmente ha llegado. Mis padres están de pie frente a mí, con ojos llenos de lágrimas al encontrarme después de tanto tiempo de incertidumbre. Pero mi corazón, a pesar de la felicidad de verlos, está teñido por la sombra de la inevitable revelación.
Mi padre me abraza con fuerza y entre sollozos dice.
- ¡Mia, hija! Pensamos que te habíamos perdido para siempre.
Y mi madre se une al abrazo también llorando de alegría.
- Estamos tan felices de tenerte de vuelta, cariño, pero mira cómo estás hija.
Mi sonrisa es genuina, aunque sé que detrás de ella yace la

complejidad de lo que enfrentaré. Ales se acerca, y siento la tensión en el aire mientras mis padres y ella se encuentran.
- Estoy encantada de conocerlos por fin, Mia me ha hablado mucho de toda su familia.
El español de Ales al igual que mi italiano son un puro desastre.
- Muchas gracias, hija, por ser un apoyo tan grande para Mia durante tantos días.
Ales sonríe tímida, quisiera estar dentro de su cabeza en este momento.
- Estamos muy agradecidos de que ambas estéis a salvo. ¿Cómo podemos agradecerte lo suficiente?
Mi mirada se cruza con la de Ales, y en ese instante, percibo la angustia en sus ojos al tiempo que se prepara para el reencuentro con su esposo, Fabrizio, y sus padres. El nudo en mi estómago se aprieta, anticipando la tormenta emocional que se avecina.
Por fin, Fabrizio y los padres de Ales llegan, y el aire se carga con una mezcla de alivio y tensión. Los abrazos y lágrimas fluyen, pero en mi mente, solo puedo oír el eco sordo de mi propio sufrimiento.
Ales asiente con gratitud a los cariñosos besos de sus padres. Ojalá supiera que está sintiendo cuando su mirada vaga lenta hacia Fabrizio, y sé que se avecina la colisión de dos mundos.
Al observar el reencuentro entre Ales y Fabrizio, siento un dolor profundo que me perfora el pecho. La felicidad y la normalidad que tratan de proyectar solo intensifican mi propio sufrimiento y descubro una sonrisa forzada en Ales.
- Estoy aquí, Fabrizio. Gracias por no perder la esperanza.
Veo como la atrapan en un abrazo conmovedor entre su esposo y sus padres, y yo observo desde la distancia, sintiendo que mi mundo se desmorona ante mis ojos.
Intento disimular mi dolor, pero cada intercambio entre ellos resuena en mi alma como una melodía triste. Me sumerjo en la pena disfrazada de sonrisas y, sin embargo, mi corazón se despedaza en millones de trozos al ver a mi amor compartiendo la alegría del reencuentro con quienes comparten su vida cotidiana.
Mis padres me rodean con amor, sin saber que mi corazón, a pesar de estar de vuelta en casa, se siente más perdido que nunca. La mentira se despliega como una cortina opaca, ocultando la verdad de lo que realmente ocurrió en la isla.
Y las presentaciones llegan, nuestras familias eufóricas y encantadas se abrazan y besan como si se conocieran de toda la vida. De pronto un abrazo de Fabrizio me sorprende y no tengo otro remedio que corresponder cortésmente a él. No sé si voy a desfallecer o a enfrentar la situación con la cabeza bien alta, al fin y al cabo, mi amor, mi único amor, también es el amor de este hombre que parece cariñoso y

respetuoso.
- Cuando hablamos con nuestra niña nos contó todo lo que has hecho por ella, cuanto la has cuidado. Dijo que la salvaste y nosotros te estaremos eternamente agradecidos. Todo lo que necesites Mia, estamos aquí para ti, como si fueses nuestra propia hija. Gracias.
Su madre me retiene las manos entre las suyas, parecen españoles o nosotros italianos, y es que nos parecemos tanto físicamente.
Los ojos de la madre de Ales están llenos de lágrimas y eso me conmueve, no puedo dejar de abrazarla a la vez que cierro los ojos y la siento más profundamente, ojalá pudiera decirle cuanto amo a su hija, cuanto desearía que me abrazara como parte de su familia.
- Cuando saqué a Ales del mar me convertí en la persona más feliz de la tierra. Hubiera dado mi propia vida por salvar la suya.
Así de dramático sonó y así de real era. Estaba gritando en silencio mi amor por su hija y solo una persona de todas las que estábamos allí lo entendió.
- En la embajada nos han dicho que aún debemos esperar un par de días más para obtener vuestros pasaportes. Tenemos muchas horas para ponernos al corriente de todo.
¿Era la perspicacia de mi padre la que hablaba? Jamás se le pasaba nada por alto.
Vuelvo a observar a Fabrizio y veo en él la imagen de un hombre que ha compartido la vida con Ales durante años. Su presencia irradia serenidad, pero también puedo percibir la profundidad de su amor por Ales en su mirada y en cada gesto que le dirige.
Veo como Fabrizio se acerca a Ales con una ternura palpable, como si ella fuera el centro de su universo. Cada palabra que le dedica está impregnada de cariño y preocupación, y no puedo evitar sentir una punzada de envidia porque quiero ocupar ese lugar.
Aunque mi corazón anhela que Ales sea solo mía, no puedo ignorar la realidad de la situación. Fabrizio y Ales tienen una historia juntos, una vida que han construido durante años, y sé que no puedo pretender deshacer esa conexión con solo un chasquido de mis dedos.
Sé que Ales se siente incómoda por mi presencia, evita mi mirada continuamente y se deshace en halagos hacia sus padres tan cariñosa como siempre. Sin embargo, siento sus ojos clavados en mí cada vez que me cree distraída ¿por qué sigues mirándome si ya has decidido que tomemos caminos diferentes?
Compartimos todos juntos la comida del mediodía, y las risas, la tristeza y los relatos se entremezclan. A veces Ales y yo nos miramos y reímos con alguna anécdota, hay una fuerte atracción que no podemos evitar, que dispara alarmas porque no estamos solas y nuestra comprensión del que no puede ser ha quedado suficiente clara.
A la noche ambas familias cenamos separadas, es momento de

intimidad y al final del día nos vamos a la cama agotados por las emociones.
Entonces comienza el preludio de lo que será una larga noche para mí. Ya estoy viendo como Ales se desviste ante su marido y la ansiedad ha comenzado a hacer estragos dentro de mi cuerpo, convirtiendo mis pensamientos en una espiral de celos.
Siento un gran dolor al imaginar a Ales, tan cerca de Fabrizio, compartiendo la cama y seguramente su cuerpo.
Cada visión de ellos me arrastra más profundo en la oscuridad alimentando mis miedos. Y me pregunto si Ales piensa en mí mientras está con él, si también se siente así de desgarrada por nuestra separación.
Me siento tan sola luchando contra mis demonios internos que amenazan con consumirme en la nada.
Sé que debo encontrar una manera de calmar mi mente frenética, de encontrar paz en medio de este caos emocional. Pero en este momento, me siento tan atrapada que soy incapaz de hallar una salida.
Y lloro, angustiada, tapándome la boca contra la almohada que grita de impotencia y rabia, y doy puñetazos sobre el colchón y tiro de las sábanas deshaciendo la cama, la desesperación ha invalidado cualquier pensamiento cuerdo, creo que voy a volverme loca de amor.
No puedo respirar, de pronto todo el aire de la habitación se ha consumido y me consume con él como por inercia y acabo en el suelo lamentando, suplicando, agonizando a una historia que me ha dejado vacía y rota.
Temo que me escuchen, quiero romperlo todo, romperme yo misma contra la pared y acabar en mil pedazos. No quiero vivir sin Ales. ¿De veras estoy pensando en salir de este mundo de puntillas?
Con un portazo salgo de la habitación, y ni siquiera sé qué dirección tomar. ¡Dios mío ayúdame porque mi cabeza se ha vuelto loca! Solo quiero morirme, joder, solo quiero desaparecer y dejar de sentir este dolor que me arranca las entrañas.

* * *

Me he despertado en la playa con el mar de fondo. Lo echaba de menos. Echaba de menos el olor a salitre y la textura de la arena pegándose en mi piel.
De pronto pienso en la hora que debe ser porque el sol está muy alto para que sea una hora temprana. Seguro que me estarán buscando y mis padres no se merecen padecer más angustia por mi culpa.
De vuelta en el hotel, veo como Ales habla con una pareja de policías, no sé si es por mi causa o simplemente está aclarando dudas.
Entonces me ve y yo la veo como corre angustiada a mi encuentro.

- ¡Estás loca!
Y me golpea en el pecho con ambos puños llorando como una niña y luego se abraza a mí desesperada.
No digo nada y me dejo abrazar, aunque no correspondo a esos brazos que rodean mi cuerpo con fuerza y una lágrima perdida resbala por mi mejilla.
- Has pasado toda la noche fuera ¿dónde estabas?
- ¿Por qué sabes que he estado toda la noche fuera?
- Porque fui a buscarte Mia.
Me quedo literalmente de piedra, ¿a buscarme para qué?
- No logro entenderte.
Y deja de abrazarme para mirarme directamente a los ojos.
- Cuando Fabrizio se durmió fui hasta tu habitación y no estabas. Después de ese momento no sé cuantas veces he vuelto durante la noche.
- No estaba de humor para charlas te lo aseguro.
- ¿Qué has hecho toda la noche? ¿Dónde has estado?
Me guardo tantas cosas que quisiera decirle. Mientras nos miramos a los ojos ambas sabemos que el amor que sentimos está más latente que nunca.
- Me quedé dormida en la playa, la echaba de menos.
- He estado muy asustada Mia.
- No te preocupes por mí, pronto nuestros caminos se separarán y no tendrás que volver a buscarme nunca más.
- ¿Qué estás diciendo? Quiero mantener el contacto contigo.
- Creo que no es buena idea. No pretendo pasarme la vida sufriendo por ti. Hiciste tu elección Ales.
- Cariño, yo…
- No me llames cariño. Para ti he dejado de ser algo íntimo.
Su cara expresa conmoción y la frialdad de mis palabras le han hecho daño. Conozco cada arruga de su rostro cuando le hace una visita la desesperación.
- ¿Quieres romper con todo?
- ¿No estaba en tus planes? Tampoco estuvo en los míos significar tan poco para ti.
- Estás siendo muy injusta.
- ¿Injusta? Solo quiero olvidarte y seguir con mi vida. Y por Dios, no me digas que podemos seguir siendo amigas. No lo soportaría. Vuelve con tu Fabrizio imagino que estará buscándote.
Ales me contempla durante unos segundos hasta que baja la mirada supongo que decepcionada. Luego me da la espalda y se aleja sin decir nada más, y yo lucho con todas mis fuerzas para no correr hasta ella y no dejarla marchar así de mi vida.
La veo caminar en dirección contraria a mí. ¿Es un adiós o un hasta

siempre? No lo sé y eso me destroza.

Capítulo 10

Después de mi regreso a España, todo es una locura y puedo asegurar que solo en las noches Ales me acompaña. Cuando el silencio me atrapa y los recuerdos vuelven a mi mente sin piedad.
Tengo un seguimiento médico muy estricto y durante los primeros días mi madre no me deja ni a sol ni a sombra, siempre vigilante, siempre preocupada por mi peso y mi desmejoramiento físico. Incluso quiere hurgar en mi cabeza, pero la alejo con evasivas.
Los medios de comunicación no me dejan respirar ni un segundo, entrevistas de radio, periódicos y hasta conexiones en directo por televisión. Creo que de golpe me he convertido en el personaje más popular del país.
En el telediario, veo mi salida del aeropuerto en Barcelona y el despliegue de periodistas y cámaras de televisión. Apenas puedo recordar nada de lo abrumada que me sentí en aquellos momentos, y es que solo escuchaba mi nombre y los flases de las cámaras lanzando destellos. Ni siquiera recuerdo toda la gente anónima que se acercó hasta el aeropuerto con pancartas de bienvenida, y a ellos sí me habría encantado ofrecerles una sencilla sonrisa de agradecimiento.
Zainab, aparece por la casa de mi madre cada día después del trabajo. Como ya he dicho es el reflejo de mi propia sombra y creo que es la persona que más sabe sobre mi experiencia.
Le he hablado de Ales, pero siempre ocultando, siempre dejando ese atisbo de prejuicio que me impide ser del todo sincera con mi amiga. Quizás si sus propias circunstancias fuesen diferentes no tendría tantos reparos en abrirme a ella. Y es que sé que no puede entender el amor entre dos personas del mismo sexo, incluso nos hemos discutido por esta cuestión en más de una ocasión. Supongo que su educación estricta y radical es la culpable de estos pensamientos extremistas. La religión que una vez más, impone, prohíbe y atemoriza a los creyentes.
Hoy salgo por primera vez a la calle después de quince días. Y tengo que admitir que estoy muy mejorada o por lo menos eso es lo que veo en el espejo. Aún recuerdo mi impresión al verme reflejada después de dos meses en el espejo del baño del hotel donde nos alojaron. Podría haber parpadeado cientos de veces y no me habría reconocido ni en mil años. Parecía una mala copia de mí, esquelética y chamuscada.
Reconozco que me he esforzado mucho por volver a la normalidad, y estoy deseando retornar a mis clases en la universidad y que toda esta pesadilla acabe de una vez.

Sé que todavía tardaré por lo menos una semana más para conseguir llegar a estar todo lo recuperada que debería y afrontar mi día a día sin problemas. Por lo pronto voy camino de la universidad porque me tienen preparado un gran recibimiento y han esperado a que estuviera más o menos en condiciones para el acontecimiento.

Al llegar al conocido edificio siento un nudo en el estómago y mis manos están ligeramente temblorosas. Aunque estoy emocionada por el recibimiento que me han preparado, también estoy nerviosa por enfrentarme a tantas personas después de lo que he pasado.

Respiro hondo y me obligo a poner un pie delante del otro mientras camino por el campus. Las miradas de curiosidad y los murmullos a mi paso me hacen sentir aún más ansiosa. ¿Qué estarán pensando todos ellos de mí?

Finalmente llego al lugar donde se llevará a cabo el evento y veo a algunos de mis compañeros esperando afuera. Me siento abrumada por la emoción de verlos de nuevo. Sus sonrisas cálidas y sus gestos de apoyo me dan la fuerza suficiente para seguir adelante.

Cuando entro en la gran sala de actos, me sorprende ver la cantidad de personas que han venido a darme la bienvenida. Hay globos, pancartas y una atmósfera de celebración se respira en el aire. Mis compañeros y alumnos me reciben con abrazos y palabras de cariño, y siento una oleada de gratitud por todo el amor y el apoyo que me dan.

Me indican cual es el lugar donde debo sentarme y a medida que avanzo por el pasillo, me detengo para saludar a cada persona, agradeciéndoles por estar allí y por todo lo que han hecho por mí durante mi ausencia.

Cuando por fin tomo asiento, aparece el decano con ese aire de distinción que siempre le acompaña y su primera mirada va dirigida a mí. Después veo una sonrisa, creo que es la primera vez que lo he visto sonreír desde que estoy trabajando aquí.

Sube la pequeña escalinata y se dirige hacia la columna de oradores. Estoy impaciente por escuchar qué va a decir.

- Buenos días a todos. -El micro retumba en la sala- Hoy, nos hemos congregado aquí para recibir a una de nuestras profesoras que vuelve tras vivir una experiencia trágica y desafortunada. Es un honor para mí dar la bienvenida de nuevo a Mia Lara. Su regreso después de enfrentarse a momentos vitales es un testimonio de su fuerza y superación. Todos nosotros hemos sentido su ausencia y hemos compartido su dolor durante estos dos meses tan difíciles. -Mientras escucho las palabras del decano, todo mi cuerpo comienza a temblar, supongo que son los nervios del momento- Hoy, no solo celebramos su regreso, sino que también honramos su valentía al enfrentar los desafíos con determinación y coraje. Mia es un ejemplo para todos nosotros, y su presencia en nuestra comunidad académica es un

recordatorio de la importancia de la supervivencia, la solidaridad y la esperanza. -Una ovación estalla en la sala mientras mis compañeros y estudiantes aplauden y me sonríen. Me siento emocionada y agradecida por el reconocimiento, pero, sobre todo, me siento profundamente conmovida por el afecto y el apoyo que me rodea en este momento- Mia, estamos encantados de tenerte de vuelta entre nosotros, y esperamos con ansias trabajar contigo y aprender de ti una vez más. -Yo uno mis manos y asiento con la cabeza en un gesto de agradecimiento- Ahora, por favor, si eres tan amable de acercarte al estrado y dedicarnos unas palabras.

Cuando me pongo de pie, un gran aplauso general envuelve la sala y me siento casi con alas para llegar hasta el estrado. Estoy muy nerviosa y con una sensación de vértigo en el estómago. El corazón latiendo con fuerza y las manos sudorosas.

Al llegar hasta la columna de oradores tomo el micrófono y me enfrento al público, observo caras sonrientes y expectantes que me miran con atención. Y les dedico una sonrisa tímida antes de prepararme para hablar.

- Gracias. -Comienzo, mi voz sonando un poco más débil de lo que pretendía- Gracias a todos por este cálido recibimiento y por el apoyo que habéis demostrado hacia mí en este momento tan especial de mi vida. -Otra sonrisa tímida vuelve a formarse en mis labios mientras continúo y trato de encontrar las palabras adecuadas para expresar mis sentimientos- Ha sido un viaje difícil, y estoy muy agradecida por el amor y el apoyo que he recibido de cada uno de vosotros. Vuestra presencia aquí hoy significa mucho más de lo que puedo expresar con palabras. -El público asiente con gestos de entendimiento y empatía, animándome a seguir adelante- Quiero aprovechar esta oportunidad para expresar mi profunda gratitud a mis colegas, estudiantes y amigos por la bondad y comprensión durante este tiempo tan difícil para mí. -El silencio en la sala ahora es palpable mientras continúo mi oratoria- Han sido dos meses de extrema supervivencia, donde solo la fe y la esperanza de poder regresar a casa me dieron la fuerza suficiente para luchar cada día. -Otra ronda de aplausos estalla en la sala, y siento un nudo en la garganta- En fin, estoy emocionada por volver a esta universidad que significa tanto para mí y poder seguir haciendo mi trabajo, contribuyendo con ello, a hacer grandes cosas juntos. Y a usted decano, quiero expresarle mi más sincero agradecimiento por sus palabras y su gran apoyo. Gracias. Gracias a todos.

Con eso, dejo el micrófono en su lugar y me retiro del estrado completamente feliz y llena de energía renovada.

* * *

He vuelto a comenzar mis clases en la universidad, es el primer día y poco a poco el agobio de repetir continuamente lo mismo me impacienta. Quisiera que este día no se me hiciese eterno. Sé que todo el mundo quiere saber de mi experiencia y no es que me incomode, solo es que estoy cansada de repetir siempre lo mismo.

Hace más de tres semanas de mi regreso y las decenas de entrevistas me han agotado, ojalá no se repitan las mismas preguntas que los medios de comunicación me hicieron una y otra vez.

Apoyada en mi mesa espero que toda la clase se dirija hacia sus asientos y noto las miradas, las sonrisas que quieren ser cómplices y la curiosidad reflejada en los rostros de mis alumnos.

- Hoy es un día muy especial. -Comienzo sintiendo todas las miradas fijas en mí- Creí que no lo lograría. -Y sonrío cuando todos se ponen en pie y comienzan a aplaudir, no sé si una hazaña o un regreso inesperado.

Después de unos segundos un nudo se forma en mi garganta, sí, estoy agradecida y conmovida por este recibimiento que no esperaba. - Gracias a todos por vuestro apoyo y cariño. Haremos una clase algo diferente, podéis preguntar cualquier cosa que se os ocurra sobre la experiencia y dejaremos el tema zanjado aquí para proseguir con las distintas materias. Imagino que habréis escuchado muchas cosas en los medios.

- ¿Cómo fue tu llegada a la isla después del naufragio?

Y enseguida comienzan las preguntas.

- Lo suficiente dramática como para no olvidarla en lo que me resta de vida. -Y sonrío abiertamente- Después de ser vapuleada por el mar durante horas, acabé tirada en la orilla como un despojo. Había pasado parte de un día y toda la noche flotando en el agua con un salvavidas. He de decir que siempre he sigo muy buena nadadora y quizás eso me salvó la vida.

- ¿Y la otra superviviente?

- Alessandra consiguió salir del agua casi tres días después agarrada a un gran trozo de madera desprendido del barco. Estaba en muy malas condiciones así que la ayudé en todo lo que pude.

- En alguna entrevista dijo que sacó cadáveres del agua.

- En efecto.

Y no pude decir más, aunque esperaran que lo hiciese.

- ¿Cómo lograron sobrevivir durante tanto tiempo?

- Fue un desafío enorme, debo decirlo. Sobrevivir en la isla durante dos meses fue una experiencia agotadora física y emocionalmente. Nos enfrentamos a la escasez de alimentos y agua, al agotamiento por el calor y la humedad, y a la constante preocupación por ser rescatadas. Pero lo más difícil fue mantener la esperanza y tener un motivo para seguir adelante cada día.

- ¿Y cual fue ese motivo para ti?
- Bueno, por ejemplo, el estar hoy aquí con todos vosotros, mi familia y amigos y lo más simple seguir con mi vida.
Decir que llegué a desear vivir solo por Ales estaba fuera de cualquier comentario.
- ¿Fue dura la convivencia con la otra superviviente?
- Desde luego no habría querido que fuera una bruja. - Y mi risa se confunde con la de todos mis alumnos-Nuestra relación pasó por muchas etapas durante esos dos meses. Al principio, éramos dos extrañas asustadas y confundidas, después con el tiempo, nos apoyamos mutuamente y nos volvimos muy dependientes y cercanas. La experiencia nos unió de una manera que nunca habíamos experimentado, y creo que eso fortaleció nuestro vínculo de una manera única.
Si lo pillaban, pues bien, en este momento de mi vida ya no sabía si quería seguir ocultando o escondiendo algo que formaba parte de mí. Y si no lo decía más claro era por el respeto que Ales se merecía.
- ¿Qué aprendió de su experiencia? ¿Hay alguna lección que quiera compartir con nosotros?
- Hay muchas lecciones que aprendí durante todo este tiempo, pero creo que una de las más importantes es el no perder nunca la esperanza. Aprendí a valorar las pequeñas cosas de la vida, a no dar por sentado lo que tenemos, y a no perder la fe en nosotros mismos y en los demás.
- ¿Vivieron situaciones de riesgo, a parte del naufragio en sí?
- Tuvimos momentos difíciles sí. A mi compañera, por ejemplo, le picó un escorpión.
Y escucho un murmullo general.
- ¿Es cierto que con la falta de comida desaparece el deseo sexual?
- Ciertamente no hace que pienses mucho en ello, la verdad. – Y me río con ganas porque si tengo que hablar de mi experiencia creo que soy lo contrario a cualquier ser humano. Mi libido a pesar del cansancio, la dificultad o el hambre que en ocasiones era demoledor, no me abandonó por completo, pero estoy convencida que de no estar enamorada de Ales ni habría pensado en ello. -Las condiciones físicas y mentales hacen que apenas pienses en eso. Estaba más preocupada por sobrevivir os lo aseguro.
Durante una hora les hablo de la flora, los frutos silvestres, las condiciones climáticas y su efecto sobre la vegetación. Y durante una hora disfruto como hacía mucho que no lo hacía.
El paso de los días es agotador para mis emociones y sé que mis compañeros me notan muy cambiada, apenas mantengo largas conversaciones como solía hacer antes, me agobia estar rodeada de gente y necesito mi soledad.

Estoy en el aula, rodeada de alumnos y me doy cuenta de lo distante que me he vuelto. Antes solía disfrutar del bullicio del campus y ahora me siento abrumada por la presencia de tanta gente a mi alrededor.
Cierro los ojos y me sumerjo en mis pensamientos, dejando que la imagen de la isla se apodere de mi mente. Puedo ver las olas rompiendo con suavidad en la orilla, el sol brillando en el cielo tan azul y la brisa cálida acariciando mi piel. Y es entonces cuando me doy cuenta de que lo que realmente anhelo es escapar de todo esto, de este mundo que me agobia y me hace sentir perdida. Ya no sé si es por Ales o por mí misma, pero necesito encontrar esa sensación de paz y libertad que tenía allí.

Hay personas de mi entorno más cercano que están preocupadas por mí. Intentan convencerme para que salga, que me divierta como siempre he hecho y yo no soporto el bullicio, no soporto estar rodeada de gente y sentir que estoy más sola que nunca. Y es que me faltas tú Ales, siempre me faltas tú.

Siento un vacío, una sensación de pérdida que no puedo llenar con nada. Y en medio de todo este caos solo hay una persona que acabaría con todos estos sentimientos.

Aprovecho cualquier momento para escribirte,
mi última carta dirigida a ti, escuece tanto como todas las anteriores, pero la leo una y mil veces hasta que las lágrimas no me dejan ver las palabras.

“El tiempo pasa, implacable, y nosotras seguimos adelante, como si nada hubiera cambiado. La verdad es que cada día me muero un poco más por dentro, aunque trate de ignorar todo lo que ha pasado en mi vida. ¿Cómo es posible que me dejara arrastrar así? Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba sucediendo.
Las noches se han vuelto más largas y los días más grises, mientras tropiezo una y otra vez con la realidad de lo que somos ahora. La locura y la pasión se desvanecieron, dejando espacio a la melancolía y la añoranza de lo que pudo haber sido.
Los días se deslizan lentamente, como sombras oscuras que se arrastran sobre mi alma herida. Cada amanecer trae consigo una sensación de vacío, recordándome una y otra vez tu ausencia en mi vida.
Siento tu falta como un agujero negro en mi pecho, una herida abierta que se niega a cicatrizar.
Cada rincón de mi ser grita tu nombre en silencio, anhelando tu presencia, tu calor, tu amor.
Tu recuerdo me persigue como un fantasma, susurros de promesas rotas y sueños no realizados. Cierro los ojos y puedo verte frente a mí, tu sonrisa radiante, tus ojos llenos de amor. Pero cuando los abro, solo

encuentro un vacío doloroso que amenaza con consumirme.
Me pregunto si alguna vez podré superar esta pérdida, si algún día podré aprender a vivir sin ti. La verdad es que la idea de un futuro sin ti es como enfrentarse a la oscuridad infinita, sin esperanza de encontrar una luz al final de este macabro túnel.
Cada noche, me sumerjo en un mar de lágrimas, ahogándome en la desesperación de tu ausencia. Me pregunto si tú también estás sufriendo, si también llevas mi dolor en tu corazón.
Incluso en medio de esta oscuridad, me aferro a la frágil esperanza de que algún día, de alguna manera, encontremos el camino de regreso. Y es que creo que el amor que siento por ti es eterno."

- Hola, Mia. ¿Estás bien?
De golpe levanto la cabeza sobresaltada y veo a una de mis compañeras entrando en el aula vacía.
- Sí, estoy bien.
- No lo pareces. ¿Ha pasado algo desde que regresaste a tus clases?
- No, nada en particular. Solo estoy tratando de acostumbrarme a estar de vuelta.
- Bueno, estoy aquí para ti si necesitas hablar. Te he estado notando un poco distante.
- Lo siento si te he parecido distante. Realmente aprecio tu preocupación. Solo estoy pasando por algunas cosas personales en este momento, pero no te preocupes, de veras.
- ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? No tienes que enfrentarlo sola, lo sabes.
- Gracias, de verdad. Por ahora, solo necesito un poco de tiempo para procesar todo.
- Bien, pero recuerda que estoy aquí.
- Lo tendré en cuenta.
Hoy ha debido ponerse de acuerdo todo el mundo para preguntarme, porque cuando regreso a casa encuentro a mi madre entre cacerolas en mi cocina. Ni siquiera sé qué está haciendo aquí.
- Hola mamá.
- Hola hija. ¿Cómo te han ido las clases?
Me acerco a darle un beso en la mejilla.
- Bien, como siempre. -Y después me alejo hasta el comedor para soltar el bolso y mi maletín. - ¿Qué estás haciendo?
- Te preparo algo de comer, que si no lo hago yo, tú no comes apenas nada y no te conviene.
- Claro mamá, y así poco a poco irás cebándome como a una gallina.
- Exagerada. -La escucho murmurar cuando regreso a la cocina- ¿Cómo estás?
- Estoy bien. Solo un poco cansada, supongo.

- He notado que has estado un poco distante estos días. ¿Pasa algo de lo que quieras hablar?
- Estoy bien, de verdad.
- Mia, te conozco. Sé cuando algo te preocupa. ¿Ha sido tu regreso al trabajo? ¿Es demasiado para ti?
- No es el trabajo, mamá. Es…difícil de explicar.
- Puedes confiar en mí, cariño. ¿Qué está pasando?
Y quiero contárselo todo a mi madre, pero no puedo.
- Es solo que… las cosas han cambiado. Me siento diferente desde que regresé, como si no encajara en mi propia vida. Antes de este viaje, todo parecía tan claro, tan seguro. Pero ahora, me siento como si estuviera atrapada en una neblina, incapaz de encontrar mi camino de regreso a la realidad.
- Entiendo. Las experiencias traumáticas pueden cambiar a las personas de formas que a veces ni siquiera podemos comprender. Pero recuerda que esta sensación pasará. Solo necesitas tiempo.
- ¿Y si ya no soy la misma persona que era antes? ¿Y si todo esto me ha cambiado de una manera que no puedo deshacer?
- Nadie espera que vuelvas siendo exactamente la misma persona que eras antes. La vida está llena de experiencias que nos moldean y nos transforman. Lo importante es que siempre mantengas tu esencia, tu verdadero yo. Y nunca pierdas de vista lo que realmente te importa.
- Pero… ¿y si ya no sé lo que realmente quiero?
- Entonces es hora de explorar eso, cariño. Tómate el tiempo que necesites para descubrirlo. No tengas miedo de mirar hacia adentro y escuchar a tu corazón. Y recuerda, siempre estaré aquí, para apoyarte en cada paso que des.
- Gracias, mamá.
- Hace tiempo que no me cuentas nada de Alessandra, ¿cómo está?
Ya estaba tardando demasiado esa pregunta.
- No lo sé.
- ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido algún problema ente vosotras?
- Es complicado.
Y de pronto, la veo que me mira con cara cuadriculada.
- ¿Qué es complicado?
- Ni siquiera tengo su número de móvil.
- ¿Cómo es posible eso?
Se ha quedado literalmente con la boca abierta y no tengo ni idea de cómo explicarle lo que pasa entre Ales y yo.
- Nos olvidamos de darnos el número.
Es imposible que algo tan estúpido cuele, pero lo único que quiero es que deje de preguntarme por Ales, no necesito martirizarme aún más por su recuerdo.
- Espera un momento, ¿me estás diciendo que después de todo lo que

habéis pasado juntas, no tienes ni siquiera su número de teléfono?
Me siento tan atrapada como un ratón en una ratonera.
- Sí, así es.
- ¿Cómo es posible que hayáis llegado a esta situación?
Y vuelvo a tratar de mantener la compostura.
- Simplemente se nos pasó por alto en medio de todo lo que estaba pasando.
- Lo siento, hija, pero no puedo creer que estés siendo tan evasiva sobre esto. Sé que algo ha pasado entre vosotras, y no me estás contando toda la verdad.
- Perdona mamá. No puedo hablar de esto ahora mismo.
- Estás actuando de manera muy extraña y eso no hace más que echar leña al fuego. Mia, cariño, realmente quiero ser comprensiva y respetar tu privacidad. ¿Estás segura de que no pasó nada entre Ales y tú durante todo ese tiempo?
- ¿A qué te refieres?
Creo que me pongo blanca y cada vez me siento más incómoda. ¡No quiero hablar de eso con mi madre!
- Noté como os comportabais Ales y tú, vi como mirabas a su marido. No estoy tratando de ser intrusiva, solo quiero asegurarme de que estás bien y que todo lo que me has contado antes no tiene nada que ver con Alessandra.
Y con esas últimas palabras mi mundo se viene abajo y no puedo evitar echarme a llorar. Aunque quiera echarle un pulso a la inteligencia de mi madre, siempre acaba ganando y no me queda más remedio que abrazarme a ella desesperada.
Llevo tanto tiempo guardando todo esto tan adentro de mí que ha acabado explotándome como un globo en la cara. Creo que soy incapaz de afrontar sola todo lo que me ha pasado y necesito gritarlo. Necesito agarrarme a alguien porque voy en caída libre y cada día que va pasando estoy más cerca del suelo.
- Lo siento, mamá, lo siento. No quiero decepcionaros a papá y a ti.
- ¿Qué estás diciendo?
- Trato de esforzarme y adaptarme a la vida de nuevo después de todo lo que pasó, pero… Ales es parte de lo que me preocupa.
Y me rompo como un espejo en mil pedazos, ya no puedo parar de llorar y de dar rienda suelta a todos estos sentimientos que me consumen.
- Cariño, mírame, ¿te has enamorado de Alessandra? -Y como un mazazo esa pregunta me deja en shock. No puedo articular ni una sola palabra- ¿Crees que puedes decepcionarme porque te hayas enamorado de otra mujer?
- No lo sé, mamá. No sé qué hacer… Me siento tan perdida.
- Escúchame. No importa quien sea la persona de la que te enamores,

lo importante es que seas honesta contigo misma. Tu felicidad es lo que más nos importa.
- Y ahora, ¿qué van a pensar todos? ¿Qué va a pasar con mi vida?
Siento como la mano de mi madre me acaricia el cabello con dulzura.
- Cariño, creímos que te habíamos perdido para siempre ¿crees que va a importarnos lo que la gente piense o diga? Lo más importante es que te des cuenta de tus sentimientos y los enfrentes. Si estás enamorada de Alessandra, eso es algo que no puedes ignorar.
- ¿Y si esto cambia todo? ¿Si ya no puedo volver a ser la misma?
- Entonces serás una versión diferente de ti, una versión más auténtica y valiente. La vida está llena de cambios y desafíos, pero lo importante es que no tengas miedo de seguir tu corazón y ser fiel a ti misma.
La abrazo con fuerza, y en ese instante siento un peso levantarse de mis hombros. Sé que el camino por delante no será fácil y que olvidarme de Ales, por el momento, está del todo descartado. Es demasiado doloroso, demasiado complicado. Solo puedo esperar que, con el tiempo, encuentre la fuerza para enfrentarlo y seguir adelante.
- Mamá, no estoy segura de nada.
- ¿Qué sentía Alessandra?
- Las dos vivimos algo especial.
- Hija, ella está casada.
- Sí, para mi desgracia, porque no sé cómo narices voy a olvidarla.
- En esta situación, es mejor que cada una sigáis vuestro camino.
- Pero mamá, no puedo simplemente olvidarla. Cada momento que pasé a su lado se ha grabado en mi corazón de una manera que no puedo explicar.
- Entiendo que tus sentimientos sean intensos, sin embargo, no puedes esperar que todo se resuelva mágicamente.
Imposible sentirme más frustrada.
- Lo sé, de veras que lo sé. Intento apartarla de mis pensamientos, pero su recuerdo vuelve a mí con más fuerza. No puedo evitarlo.
Mi madre me comprende, lo sé.
- Entiendo que esto sea difícil para ti, pero es importante que encuentres la manera de seguir adelante. No puedes quedarte atrapada en un amor imposible.
- Y ¿cómo se supone que debo hacerlo? ¿Cómo puedo olvidar a alguien que es tan importante para mí?
- Hija, sé que esto es difícil, aunque debes ser fuerte. Tienes que pensar en tu propio bienestar y en tu futuro. Si realmente amas a Ales, dejarla ir es la mejor opción para ambas.
- Es lo que he estado haciendo desde que apareció su marido, dejarla ir.

* * *

La decisión de hacer un viaje de fin de semana a Milán es impulsiva, casi irracional, pero siento que es lo único que quiero hacer en este momento después de la conversación con mi madre. No sé dónde vive Ales en esta ciudad, ni por qué calles suele ir, pero eso no me importa. Solo quiero caminar por los mismos lugares que ella, sentirme un poco más cerca y despedirme. Así que aquí estoy, en las bulliciosas calles de Milán, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras camino sin un rumbo fijo. El aire fresco me acaricia el rostro y huelo ese aroma húmedo de los días lluviosos.

A medida que avanzo, me traga el ruido de la ciudad, pero admiro los edificios imponentes que se alzan en el cielo dándome la bienvenida y preguntándome si en alguno de ellos estará Ales en este preciso momento. Y la imagino caminando a mi lado entre sonrisas y palabras de amor. ¡Qué diferente habría sido todo si no hubiera existido Fabrizio en su vida!

Como siempre suele sucederme invento una historia donde la certeza de un encuentro es real y la veo surgiendo de cada esquina, cada rincón que ahora siento tan familiar y desconocido a la vez.

Imagino que detrás de cada ventana iluminada, Ales podría estar esperándome, con una sonrisa en los labios y veo su figura entre la multitud, como si estuviéramos predestinadas a encontrarnos en medio de tanta gente, pero como siempre son quimeras de mi mente frenética. En realidad, sé que es casi imposible encontrarte.

De regreso a Barcelona y después de haber pasado la noche más larga de mi vida, me despido de Milán y Ales se queda allí como uno de los puntitos más que veo desde el avión.

Capítulo 11

Zainab está terriblemente enfadada conmigo. Me largué a Milán sin decirle adonde iba y ahora tengo que cargar con su monumental cabreo.

Explicarle el por qué desaparecí no me resulta nada fácil, pero creo que ha llegado el momento de hacerle frente y acabar con secretos que no me llevan a nada.

La tengo enfrente de mí con esa cara de pocos amigos que suele poner cuando está molesta, y aunque le pregunto si quiere tomar algo se niega a recibir nada de mí en este instante.

Entonces la que se pone seria soy yo, y la miro, quizás sabiendo de antemano que esta conversación va a ser un antes y un después de nuestra amistad.

- Lo que voy a contarte no va a gustarte Zai. -Y comienza a ponerse en guardia, si la conozco. – Hay algo que me he callado a propósito porque de sobras sé tu reacción, sin embargo, no me parece justo ocultarte algo así por el cariño que nos tenemos y por los años que llevamos juntas.

Zainab no aparta los ojos de los míos, no sé realmente qué espera que vaya a decirle.

- Estoy escuchándote y no sé si quiero saber lo que viene después.
- Necesito que me escuches hasta el final antes de que saques conclusiones precipitadas.
- Está bien, adelante. Dime qué pasa.
- Verás, Zai… No sé cómo empezar. Es algo que he guardado en secreto durante todo este tiempo, pero creo que ya es hora de que lo sepas. Es sobre Ales.
- ¿Ales? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?
- Es difícil de explicar, pero… Bueno, resulta que… Estoy enamorada de ella.

Zainab me mira con incredulidad, como si no pudiera aceptar lo que acaba de escuchar.

- ¿Estás diciendo que estás enamorada de esa mujer? Eso es imposible Mia. Has confundido completamente tus sentimientos.
- No Zai, te aseguro que no estoy confundida. No sé cómo pasó, pero pasó. Y he intentado ocultarlo por temor, incluso de ti, por miedo a tu reacción. Sé que nunca vas a comprender algo así.
- Por supuesto que no lo voy a comprender y mucho menos de ti. Te he visto con chicos desde hace años, así que perdona que cuestione lo que me estás diciendo.

- Sé que es difícil de asimilar. Estoy siendo sincera. Esto no es algo que haya elegido, simplemente ha sucedido.
- Y ¿cómo puedes estar segura de lo que sientes? No puedes simplemente ignorar tu atracción hacia los hombres. Lo he visto Mia.
- Lo sé. Y créeme, he pasado mucho tiempo cuestionándome a mí misma y tratando de entenderlo. Pero cada vez que miraba a Ales, cada momento compartido en esa isla, es cómo me hacía sentir… no pude negármelo a mí misma.
- ¿Te has acostado con ella?
- Sí.
- ¡Oh! ¡Por favor! Esto es demasiado, Mia. No puedo creer que hayas llegado tan lejos.
- No quería lastimarte. Pero necesitaba contártelo, que supieras la verdad.
- No sé qué decir. Estoy en shock. No esperaba escuchar algo así de ti.
- Lo lamento mucho. Te prometo que esto no cambia quien soy yo ni lo que significas para mí. Eres mi mejor amiga y siempre lo serás.
- Necesito tiempo para pensar en todo esto. No puedo asimilarlo simplemente de la noche a la mañana.
La tensión entre nosotras es palpable, y estoy a punto de derrumbarme como tantas otras veces desde que Ales apareció en mi vida.
- No te entiendo, de verdad que no te entiendo. ¿Has pensado en cómo esto podría afectar tu vida?
- ¡Claro que lo he pensado! Y he tenido miedo durante mucho tiempo, sin embargo, no puedo seguir negando quién soy y lo que siento. Necesito ser honesta conmigo misma, incluso si eso significa enfrentarme a la desaprobación de los demás.
- ¿Con los demás te estás refiriendo a mí?
- Solo me preocupáis mis padres y tú.
-Dime una cosa. ¿Alguna vez antes de ahora te habías fijado en otra mujer de esa manera?
- No, Zai. Nunca había sentido algo así por otra mujer.
Temo lo peor, como que esté pensando si la he mirado a ella de forma diferente y eso me incomoda hasta el punto de pensar que se está pasando de la raya. Nadie mira a todo el mundo con pretensiones sexuales o por lo menos yo, no lo hago.
Estoy molesta porque ya no me gusta el cariz que está tomando la conversación. ¿De veras piensa que todas las noches que hemos dormido juntas, todas las guerras de cosquillas, todas las veces que nos hemos visto desnudas han provocado en mí algún tipo de deseo?
Esa pregunta de Zainab, me hace sentir incomprendida. Es frustrante tener que explicar algo tan íntimo y personal a alguien que parece incapaz de comprenderlo.
- ¿Cómo puedes estar tan segura de que esto no es solo una fase?

- Eso no significa que mis sentimientos por Ales no sean reales. Simplemente ha sucedido, y no puedo ni quiero cambiarlo.
- ¡Ah! No quieres.
- No, no quiero. Y no quiero porque jamás antes había sentido algo así. ¿Quieres que te sea sincera? Todas mis relaciones han sido nefastas si las tengo que comparar con lo que siento ahora. No conocía el amor, Zai, lo he descubierto por primera vez con Ales y me ha hecho sentir lo que jamás nadie antes logró. Y no puedo responder a todas las preguntas que me he hecho desde entonces. No he dejado de pensar, de intentar ver algo en mi pasado que me hablara de esta sexualidad que permanecía oculta y dormida. Y voy a decirte algo, no me arrepiento, porque los sentimientos no se escogen, el amor no se escoge, simplemente aparece aun cuando no lo esperas.
Creo que Zainab solo mira su propio ombligo y nada de lo que pase a su alrededor tiene cabida si no encaja con sus creencias.
Hemos crecido juntas, pero eso no significa que a partir de aquí nuestros caminos se separen irremediablemente. Y no voy a impedirlo si en su mente cerrada no hay posibilidad de acoger otras percepciones tan reales como la vida misma.
- He de irme. ¡Cuídate! ¿okay?
- Por supuesto.
No dice nada más y desaparece tras la puerta de mi casa. Tengo una amarga sensación de que quizás no vuelva a verla nunca más. El mal sabor de boca que me queda es como si estuviera masticando hiel ¿de verdad he perdido a mi amiga por algo tan estúpido e incomprendido llamado homofobia?

* * *

La noche lluviosa me envuelve con su manto oscuro y gélido mientras camino de vuelta a casa. El sonido de las gotas golpeando el pavimento también golpea mis recuerdos en la isla. Es la primera vez que veo llover así desde que lo hacíamos protegidas por aquel refugio y crea una sinfonía melancólica a mi alrededor, mezclándose con el eco de mis pasos solitarios. El cielo está cubierto por un velo de nubes grises que ocultan la luz de la luna, sumiendo la ciudad en una penumbra sombría.
Cada gota de lluvia que cae sobre mi piel me cala hasta los huesos, empapándome por completo. El viento sopla con fuerza, haciendo que las ramas de los árboles se balanceen de un lado a otro y que las sombras dancen y se proyecten sobre las paredes de los edificios.
Mis pensamientos están en todas partes, dispersos como las gotas de lluvia que caen a mi alrededor. Me siento perdida en medio de la tormenta, y cada paso es un desafío, cada respiración es un esfuerzo más por mantenerme en pie en medio de mi propia tempestad.

Cuando llego a casa me quito el abrigo empapado y dejo caer el paraguas al suelo con un suspiro de cansancio. Mis zapatos gotean agua en el suelo mientras camino hacia el cuarto de baño, buscando una ducha caliente que me quite este frío de los huesos.
Decir que tengo el alma cansada a estas alturas es una evidencia tal que al mirarme al espejo su reflejo me cuenta una historia triste y melancólica. Todo me sigue hablando de Ales y a pesar de estos tres meses pasados desde que nos despedimos mis pensamientos siguen pegados a ella como por inercia.
La lluvia sigue cayendo lánguidamente afuera, estoy a salvo entre paredes que me protegen y alimentan el orgullo de lo que soy a pesar de todo, a pesar de este amor que sigue arañándome con fuerza. Y aunque la tormenta ruge en el exterior, sé que encontraré la calma en este calor postizo que me da el hogar.
Sigo sumida en mis pensamientos con una taza de café caliente entre mis manos. Estoy absorta en reflexiones sobre Zainab cuando el teléfono vibra suavemente sobre la mesa. Lo miro y curiosa levanto el dispositivo y deslizo la yema de mi dedo sobre la pantalla para ver quien es. Si es mi amiga que aparece después de semanas de silencio voy a celebrarlo.
Un número desconocido, que cansada estoy de que me toquen la moral con mensajes irritantes, sin embargo, antes de dejar el móvil sobre la mesa leo la frase tras el número y el corazón me da un vuelco. Con manos temblorosas, mis ojos recorren las palabras con avidez.
- Hola Mia. Ha pasado mucho tiempo.
Qué me hace pensar que es Ales ni siquiera puedo explicarlo. Creo que siempre está presente en cualquier cosa que haga en mi vida.
- No reconozco este número ¿puedes decirme quien eres?
Espero unos largos segundos y vuelvo a ver, escribiendo.
- Soy Ales. Siento no haberme presentado.
Aguanto la respiración, creo que voy a morirme.
- No te preocupes, estoy feliz de saber de ti. ¿Cómo estás?
- Estoy bien, gracias. Ha sido un período difícil, aunque trato de seguir adelante.
- Supongo que ha sido duro para las dos. ¿Cómo está Fabrizio?
- Fabrizio y yo estamos tratando de hacerlo funcionar. Pero de eso no quiero hablar ahora. Quiero hablar de nosotras.
- ¿De nosotras?
Y una estúpida sonrisa de desesperación aparece en mis labios.
- He estado pensando mucho en ti. No puedo sacarte de mi mente, Mia.
- ¿Es un poco tarde para venir ahora llamando a mi puerta, no te parece?
- Necesito verte.

Me quedo en blanco como siempre me pasa cuando mis neuronas se colapsan.
- No creo que eso pueda ser posible.
Negarle vernos es negarme mi propia esperanza, aunque solo pienso en los tres meses de angustia y desesperación que ya he dejado atrás y no quiero comenzar de nuevo a olvidar.
Después de mi contestación suena el timbre del móvil y veo el mismo número reflejado en la pantalla. Creo que el corazón va a salirse de mi pecho solo de pensar en volver a escuchar su voz.
Y cojo la llamada temblando literalmente, sabiendo que esto volverá a ser un nuevo comienzo para intentar olvidarla.
- Hola.
- Mia, ¡oh Dio! No sabes cuanto deseaba volver a escucharte. -Yo me quedo en silencio porque no tengo ni idea de qué decirle. -Perdóname por haber dejado pasar tanto tiempo.
- ¿Cómo has conseguido mi número?
Creo que estoy enfadada, aunque mis sentimientos están tan a flor de piel en este momento que no sabría descifrar todas estas emociones que pugnan por salir a trompicones.
- No ha sido fácil.
- Ales, esto no es una buena idea. Llevo meses intentando olvidarme de ti.
- Estoy en un simposio en Barcelona y me alojo en el hotel Majestic. Por favor, necesito verte una vez más Mia, hablar contigo. Hay tantas cosas que quiero decirte.
- Ales, no puedo volver a pasar por todo esto otra vez.
- Por favor, solo te pido que tomemos un café y hablar. Dame esa oportunidad.
- No lo sé… Esto es difícil para mí. Estoy tratando de seguir adelante, de reconstruir mi vida. Vernos no es lo mejor después de todo este tiempo.
- Entiendo que no te lo he puesto fácil, tampoco lo ha sido para mí te lo aseguro. Déjame arreglar las cosas entre nosotras. No puedo dejar que te vayas así de mi vida.
- No sé si hay algo que arreglar. Lo que pasó entre nosotras fue demasiado intenso para sencillamente convertirlo en una amistad, ¿entiendes lo complicado y doloroso que es para mí?
- Lo entiendo, pero ¿podemos al menos intentarlo? No quiero que te vayas pensando que no me importas, porque lo haces, más de lo que te puedas imaginar.
- ¿Realmente crees que vale la pena? Me destroza pensar que voy a volver a verte y después te vas a ir con Fabrizio de nuevo. Prefiero recordarte eternamente que volver a hacerme una puta ilusión más por ti.

- Lo que sentimos no ha desaparecido, sé que todavía hay algo muy especial entre nosotras.
- Tú lo llamas algo especial y yo lo llamo sencillamente amor. Mira, es mejor que lo dejemos aquí. Sigue con tu vida y déjame seguir con la mía.
Y tras un silencio que me atormenta, escucho como a Ales se le apaga la voz.
- Lo entiendo. Gracias por coger el teléfono.
- Adiós Ales. Cuídate.
Después de colgar el teléfono, un pesado silencio invade todo cuanto me rodea. Mis manos tiemblan y mis ojos se empañan de lágrimas.
Me dejo caer en el sofá, abrazándome a mí misma como si pudiera contener el dolor que me consume. Cierro los ojos y respiro profundamente, intentando calmar mi agitada respiración, pero no hay escapatoria, el dolor está ahí, palpable y tan intenso que me destroza.
Me duele tanto pensar en todo lo que podríamos haber sido, en las promesas rotas y los sueños desvanecidos. Me duele la idea de volver a verla y acabar enfrentándome a la realidad de que nunca seremos nada más que dos extrañas. Y me duele saber que, a pesar de todo, la amo. La amo con cada fibra de mi ser, con cada latido de mi corazón.
Sé que aunque intentar olvidarla sea lo más sensato, es imposible. Porque el amor que siento por ella es tan real y profundo que no va a desaparecer.
Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y me obligo a levantarme del sofá. No puedo quedarme aquí, sumida en la tristeza y la desesperación. Aunque ahora duela, quizás algún día pueda mirar hacia atrás y recordar a Ales con una sonrisa, pero hoy no es ese día. Hoy solo puedo dejar que el dolor me consuma y esperar que encuentre la paz que tanto anhelo.
Me voy a la cama porque solo quiero dormir y olvidarme de todo, ojalá pasara la vida y al despertar Ales no fuera más que un lejano recuerdo en el tiempo.
Acaba de sonar la alarma del móvil y me pesa la cabeza. Anoche tuve que tomarme dos pastillas para dormir y poder echarla por fin de mi mente.
Mientras me visto, cada prenda parece pesar más que nunca, como si estuviera cargada con el peso de mis propios pensamientos. La conversación con Ales sigue resonando en mi cabeza, cada palabra, cada silencio, cuanto hubiera deseado decirle que me muero por verla, que cada pedazo de mi piel y de mi cuerpo le pertenece, cuanto hubiera deseado decirle que la amo con cada fibra de mi ser.
El dolor que siento es lacerante y tan demoledor como un tornado que amenaza con tragarme por completo. Me pregunto una y otra vez si

realmente vale la pena seguir adelante, si alguna vez podré encontrar el descanso que tanto necesito.
Desayuno sin apetito, apenas saboreando el café recién hecho, y mientras engullo sin ganas una tostada con mermelada mis ojos fijos en algún punto de la cocina no me dejan ver nada más que un posible encuentro y no puedo evitar preguntarme qué hubiera pasado si las cosas fueran diferentes, si Ales y yo hubiéramos tenido una oportunidad real.
Mientras conduzco hacia la universidad esa sensación de vacío sigue envolviéndome. No sé cuánto tiempo más podré soportar este dolor, esta sensación de pérdida inagotable.
Al llegar me preparo para dar clases, tratando de mantener la compostura frente a mis alumnos, y aunque por dentro estoy destrozada me esfuerzo por ofrecer sonrisas y hacer parecer como si no pasara nada.
¿Alguna vez os habéis sentido como si caminarais sobre brasas ardientes?
A lo largo de la mañana mis pensamientos se van desviando hacia la posibilidad de encontrarme con Ales. Intento concentrarme en la clase, pero mi mente está en otra parte, perdida en un mar de dudas y preguntas sin respuesta. Las palabras salen de mis labios de forma automática, estoy sintiendo mi corazón latir con fuerza en mi pecho, recordándome que no puedo seguir ignorando lo que siento.
Durante la comida, apenas puedo saborear nada. Mi estómago está revuelto a consecuencia de los nervios y la ansiedad, y sigo dándole vueltas a la idea de volver a verla. ¿Quiero correr ese riesgo? Sé que si vuelvo a ella me será imposible no darme por vencida y caeré como una hoja muerta entre sus brazos. Y ¿después? Volveré a despertar del sueño haciéndome aún más daño.
Al salir de la universidad, el peso de este día aciago y lleno de dudas se hace más evidente. Cada paso que doy parece un esfuerzo sobrehumano, como si estuviera caminando hacia mi propia perdición. Y a pesar de todo, una parte de mí sigue aferrada a la esperanza de que tal vez, hoy pueda encontrar la felicidad que tanto anhelo.
Cuando cojo el coche mi cabeza ya no atiende a preguntas sin respuesta, no atiende al dolor ni a la desesperación, y pongo dirección al hotel Majestic tan convencida que me doy miedo. Alcanzo velocidad y ya nada puede pararme, tengo la imagen de Ales grabada y solo quiero estrecharla entre mis brazos.
Con el motor rugiendo, me sumerjo en una especie de trance impulsado por una fuerza que parece venir desde lo más profundo de mi ser. Mis manos sujetan firmemente el volante, mis ojos fijos en la carretera, y mi mente anclada en otro lugar, un lugar donde solo

existe Ales.
El camino hasta el hotel se desvanece en un borrón de luces y sombras, pero mi determinación no flaquea. Cada kilómetro que recorro me acerca un poco más a ella, a ese encuentro que podría cambiarlo todo.
Al llegar al hotel mi corazón está desbocado, estoy viendo la entrada y cada paso que doy parece desvanecerse marcando un ritmo frenético.
Finalmente, estoy frente a la imponente fachada del hotel Majestic. Mis manos están ligeramente sudadas y un temblor que no puedo evitar sacude todo mi cuerpo. ¿Estoy lista para esto? ¿Estoy lista para enfrentarla de nuevo, para enfrentar lo que siento por ella?
Con un suspiro cruzo el umbral del hotel y me adentro en su interior. Ni siquiera sé si Ales sigue registrada o ya se habrá marchado de vuelta a Milán. Así que me dirijo a la recepción para preguntar si aún sigue hospedada allí.
La recepcionista me saluda con una sonrisa profesional, y yo soy incapaz de devolverle el gesto.
- Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?
Trago saliva antes de responder, intentando controlar mis emociones.
- Buenas tardes. Quisiera saber si una persona está todavía alojada aquí. El nombre es Alessandra Moratti.
La recepcionista teclea algo en su ordenador y después de unos segundos asiente con la cabeza.
- Sí, efectivamente. La señora Moratti sigue registrada en una de nuestras habitaciones. ¿Quiere que la llame para anunciarle su visita?
- Si es tan amable se lo agradecería.
La idea de volver a verla apenas me deja respirar con normalidad. Estoy temblando y creo que mi corazón va a saltar de mi pecho de un momento a otro. Espero que Ales conteste a la llamada de recepción, pero no hay respuesta.
- Lo siento. La señora Moratti no se encuentra en su habitación. Si es tan amable puede esperarla en el vestíbulo.
- Gracias.
Cuando me encamino hacia los confortables sofás, observo un grupo de gente entrando al hotel y entre ellos está Ales. Mi corazón da un vuelco al verla entrar, y por un momento siento que el mundo entero se detiene a mi alrededor. Ella no me ha visto aún, está ocupada conversando con las personas que la acompañan, pero yo no puedo apartar la mirada de Ales.
Me quedo inmóvil en mi lugar, observándola con una mezcla de emociones que amenazan con desbordarme. Me pregunto si debería acercarme o esperar a que me vea. Creo que mis piernas se han convertido en plomo porque me pesan demasiado para poder dar un solo paso.

Finalmente, reúno el coraje suficiente para avanzar hacia ella y cuando estoy a pocos metros, Ales levanta la vista y nuestros ojos se encuentran. En ese instante, todo se detiene. Ya no hay ruido, ni risas, ni charlas apresuradas. Solo estamos ella y yo.

Veo una mezcla de emociones que no puedo descifrar del todo. Hay algo en su mirada que me hace creer que quizás todavía haya esperanza para nosotras.

- Mia… - Susurra mi nombre, como si no pudiera creer que realmente estoy aquí.

- Hola. -Respondo, tratando de mantener la calma a pesar de la emoción que me invade.

Nuestros ojos siguen fijos el uno en el otro, como si estuvieran comunicándose sin necesidad de palabras. Puedo sentir el peso de todo lo que vivimos, de todo lo que nos separa, pero también la fuerza de lo que nos une. No sé qué va a pasar, pero estoy más que dispuesta a averiguarlo. En este momento, sé que no importa lo que haya pasado antes, ni lo que pueda pasar después. Lo único que importa es este instante, aquí y ahora.

Sin pensarlo más, doy un paso adelante y extiendo mi mano hacia ella. Ales me mira y una sonrisa tímida se dibuja en su rostro tomando mi mano entre las suyas.

- ¿Quieres tomar un café conmigo? - Y Ales asiente con la cabeza. – Vamos.

Con una mezcla de nervios y emoción, nos dirigimos hacia la cafetería del hotel. El ambiente tranquilo y acogedor nos rodea mientras nos sentamos en una mesa apartada. Ales y yo nos miramos durante un momento, sumergidas en un mar de emociones que no necesitan palabras para ser expresadas. Hay tanto que decir, tanto que compartir, aunque al mismo tiempo, sabemos que este momento es suficiente por ahora.

- ¿Cómo has estado? -Pregunta Ales, rompiendo el silencio con su suave voz.

- He estado. -Respondo tratando de encontrar las palabras para expresar lo que siento.

- Yo también -admite con una mirada reflexiva. – Ha sido difícil.

Asiento sabiendo que por lo menos yo, he pasado por un camino difícil desde que nos separamos.

Durante un rato, conversamos sobre cosas triviales, evitando tocar temas demasiado profundos o dolorosos. Es como si ambas estuviéramos probando las aguas, buscando la manera adecuada de abordar la complejidad de nuestra relación. Pero a medida que pasan los minutos, me doy cuenta de que no necesitamos palabras para entender lo que sentimos la una por la otra. Nuestros ojos hablan por nosotras, revelando una verdad que ninguna de las dos se atreve a

decir en voz alta.
- ¿Cómo está tu familia? Te deben de haber mimado a conciencia.
Ales ríe, la noto feliz, con los ojos brillantes y despiertos como me miraba meses atrás después de hacer el amor.
- Estoy encantada, ya sabes lo que me gusta que me mimen.
- Algo aprendí, sí.
- Están todos bien, gracias por preguntar. Y ¿tus padres?
- Todo perfecto.
Volvemos a mirarnos en silencio, creo que las dos estamos temiendo la misma pregunta.
- Quiero que sepas que nunca pude sacarte de mi cabeza y lo intenté con todas mis fuerzas. Te negabas a salir de mis pensamientos un día tras otro. Pensé mucho el volver a encontrarnos cuando surgió este viaje. Al principio lo descarté por completo, pero una vez que estuve tan cerca de ti me fue imposible dejar de intentarlo.
- Esto no ha sido buena idea, Ales.
Por su expresión creo que comprende lo que siento al decir esas palabras, y no dejo de pensar si notará el sufrimiento impreso en mi rostro.
- No quiero perderte, Mia. No puedo seguir luchando contra algo que se me revela desgarrándome. Necesito que entiendas que hay una parte de mí que siempre está a tu lado, que no puede abandonarte.
- Sigues casada con Fabrizio, seamos sensatas. Nunca me colaría como una ladrona en tu vida.
- No robas nada que no desee darte.
- Ni yo voy a tomar de ti un segundo plato. ¿Entiendes eso?
Ales me mira con seriedad, de sobras comprende lo que le estoy pidiendo. Y yo que sé que algo así no va a suceder me desespero.
- Estoy enamorada de ti, Mia.
- Deja de ponérmelo todo tan difícil, por favor. Estoy aquí como me pediste, dispuesta a tomar un café contigo y charlar. No…
- Cariño… -Me está cogiendo la mano y la acaricia con el dedo pulgar. Y yo siento que mis entrañas se revuelven dentro de mí brincando por la suave caricia, por el contacto tímido y a la vez intenso que ambas estamos sintiendo.
Mis ojos suplican, aunque no quiera, suplican y ella lo sabe. Me mira la boca, sé lo que quiere, sé lo que está deseando con todo su ser. Y me permito devolver la mirada a sus labios. Hablamos un idioma muy nuestro, uno que aprendimos juntas, uno que prendía la inevitable llama- Sube conmigo a la habitación, por favor.
- Esto es un error.
- Necesito sentirte. Deja que me lleve tu amor grabado en mi piel.
Veo como Ales se levanta y se dirige al camarero para que apunte lo servido a su habitación. Luego vuelve hacia mí y extiende la mano

para que se la tome. Estoy caminando entre nubes, todo está borroso en mi mente y solo tengo un pensamiento, quiero estar con ella.
Esperamos nerviosas el ascensor mientras miramos hacia el suelo y evitamos otro contacto de nuestros ojos. Hemos encendido una mecha que no va a dejar de consumirse hasta que todo lo que llevamos guardando durante meses salga volando por los aires.
Cuando llegamos a la habitación ya es imposible detener el deseo. Solo ha hecho falta estar a solas para comernos la boca con desesperación. La empujo hacia la puerta y le saco el abrigo con prisas, ya no puedo dejar de tocarla, no quiero que nada enturbie este momento, mi cabeza solo piensa en volver a amar, en volver a sentir, porque solo puede ser ella la que devuelva esas sensaciones a mi cuerpo.
Dejamos caer la ropa al suelo y ni siquiera sé como llegamos a la cama. Estoy en un momento de frenesí tal, que la habitación entera me da vueltas, pero no es la habitación, somos nosotras las que rodamos por la cama rozando nuestra piel con ansiedad, besando, mordiendo, lamiendo pliegues de piel sudorosa. ¿Qué delirio puede poseerme para que todo mi universo se llame Ales? ¿Qué tormento va a arrancar mi piel al sentirla en mí por un periodo tan corto de tiempo? Déjame respirar, mi amor, déjame convencerme de que estarás aquí mañana. Dame tu aliento prohibido, dame tu cuerpo compartido porque quiero ser su dueña, no hagas que derrame más lágrimas, déjame respirarte cada día, porque cada día quiero estar presente en tu vida y cada día quiero que me despiertes con tu sonrisa, con este amor implacable que te ha regalado mi vida entera.
Su cuerpo se mece sobre el mío, estoy sintiendo un placer desesperado, un placer que se hará eterno en mi memoria y que jamás podrá ser sustituido, lo sé, porque cada gemido de tu boca da aliento a la mía, cada respiración agitada hace que toda yo hierva de deseo, y quiero comerte entera, porque es el sabor de tu cuerpo el que no olvido, el que me ha estado dando fuerzas para continuar.
Déjame explorar hasta el último rincón de tu piel, déjame hallar tu fragancia para que colme de olores todo mi ser. Llenar mis dedos de amatista, cubrir mi cuerpo con tu jazmín. Quisiera alcanzar por siempre tu horizonte y quedarme allí como mecida por las nubes. Déjame amarte, bella, porque bello es el retorno del guerrero herido.
Mi boca resbala por tu vientre, convirtiendo en perlas mis lágrimas al derramarse. Te vivo y te siento, me amas y me despiertas de este letargo en que se había convertido mi vida. Si sé que solo tú puedes darme la savia para seguir viviendo, ¿por qué he de dejarte marchar? Acaríciame hasta que las sombras se marchen, dame tu esencia y mézclala con la mía, como dos gotas de agua que quisieran formar un río. Lanza pregones de amor porque quiero que el mundo sepa, quiero

que el mundo entienda que esto no es un amor menor, que mi sangre, se ha derramado por tu sangre.
Me dejo llevar entre espasmos contraídos, mis dedos dentro de ti, los tuyos dentro de mí, en un baile de algodones surcando el cielo. Y quiero tenerte así, aferrada a mí y sin aliento, agotada con nuestro movimiento. Quiero tenerte así, descubriendo amaneceres. Descubriendo que es tu respiración la que da cobijo a mi aliento.
- No deseo que acabe esta noche, mi amor.
- Sabes que eso no va a pasar.
- ¿Puedes dejar de ser tan cruelmente realista?
- Podría dejar de serlo si esperara algo a cambio de esta noche.
- No puedo ofrecerte nada de momento.
- Si no lo supiera no estaría llorando como una imbécil.
- Mia, me siento tan perdida sin ti. Soy incapaz de forjarme un futuro si tú no estás en él.
- Piensa en Fabrizio, él también merece tu amor.
- Un amor decapitado.
- No, el amor que siempre le has ofrecido.
- ¿Cómo puedes entregar un amor tan puro sin esperar nada a cambio?
- Perdí mi oportunidad cuando regresaste con tu marido.
Ales me acaricia con ternura el rostro.
- No pude hacer otra cosa. Aquel no era el momento y lo sabes.
- Y ¿ahora, es el momento? Claro que no. Nunca llegará porque la realidad está demasiado clara. Quieres tenernos a los dos y eso está fuera de toda discusión. No pienso pasarme la vida esperando migajas.
- Jamás he pretendido eso.
- ¿Y qué estamos haciendo Ales? Regalarnos una noche. Una sola noche después de meses de ausencia.
- Siento todo esto, de verdad.
- Haces que piense que no sientes nada.
- No digas eso.
- ¡Voy a volverme loca, joder!
Y me tapo la cara llorando como una niña, no me importa que Ales me vea, me da igual todo, me da igual que intente convencerme de que algo va a cambiar. Yo sé que no será así y dejo volar esta angustia que me está matando.
- ¡Por favor, cariño!
- No soy tu cariño, no soy absolutamente nada para ti.
Quiero ser cruel, sí, porque necesito que esto no vuelva a repetirse nunca, porque tengo la determinación en acabar aquí y ahora esta historia. Ya no necesito vivir en una ilusión constante, en un anhelo constante.
Me voy al lavabo para darme una ducha y tranquilizar en algo este estado de nervios que me tiene desesperada y ansiosa. Y después

recojo toda la ropa del suelo y me visto con los ojos de Ales clavados en cada movimiento que hago. Posiblemente esta sea la última vez que nos veamos. Hemos recorrido un largo camino hasta llegar aquí, pero todos los caminos se acaban, no son infinitos.
Veo como Ales entra en la ducha y cuando sale, envuelta en una gran toalla blanca abre su maleta y coge ropa limpia. Sé que es el final, el final de todo y el final de nada, porque al fin y al cabo no fuimos más que unas amantes pasajeras.
Está evitando mi mirada, pero veo como las lágrimas recorren sus mejillas. Las dos sabemos que no hay nada más que decir y este silencio denso deja cualquier pregunta resuelta.
Su móvil le deja una notificación, seguramente es recepción avisando de que tiene el taxi en la puerta.
Bajamos por el ascensor y creo que tengo el alma en los pies, Ales me mira con la angustia reflejada en los ojos y acerca su mano a mi cara para acariciarla, estamos viviendo la peor despedida de la historia y otra ilusión más se deshace como la hojarasca, otra posibilidad fallida, otro comienzo para olvidar aún más duro.
El peso del silencio es casi tangible, como si nos envolviera un abrazo frío. Ales mira al suelo, incapaz ya de sostener mi mirada por más tiempo, y siento ese nudo apretando mi estómago cuando veo sus lágrimas deslizarse por las mejillas. Es una imagen que quedará grabada en mi mente, una estampa de dolor y resignación que me derrota por completo.
Cuando llegamos al vestíbulo, la veo caminar hasta el punto de recepción para saldar su cuenta y es la señal inequívoca de que este momento tiene que llegar a su fin. Suspira con pesar cuando regresa de nuevo donde estoy yo, como si cada inhalación fuera un recordatorio de lo inevitable.
Al traspasar la puerta del hotel siento que estos breves segundos van a noquearme por completo, y caminamos hacia el taxi como si siguiéramos la marcha de un funeral ¿acaso lo que vamos a enterrar es la esencia de nuestro amor?
Con las manos en los bolsillos de mi abrigo, veo cómo Ales sube al taxi que la espera. Si pudiera huir de este mundo lo haría en este preciso instante. Y escucho el sonido del motor, como se pone en marcha y se incorpora a la circulación. Estoy paralizada, anclada en el suelo viendo como su figura se aleja, cada vez más y más.
Finalmente, cuando el taxi se pierde de vista, me obligo a dar un paso hacia adelante, aunque por dentro esté gritando por detenerla y correr tras ella. Sé que no puedo. Ales se ha ido, y con ella se va también la última esperanza para que vuelva a ser feliz.
Con las manos aún en los bolsillos de mi abrigo, sé que Ales se ha llevado un pedazo de mi corazón que nunca podré recuperar. Me

siento como si estuviera flotando en un inmenso mar a la deriva, con olas tumultuosas e incapaz de encontrar tierra firme.
Al final, doy media vuelta y camino lentamente hacia mi coche. Cada paso me cuesta un esfuerzo sobrehumano, como si estuviera arrastrando el peso de mil vidas sobre mis hombros, y llego al coche y me dejo caer en el asiento rompiendo a llorar desesperada, quiero respirar y no puedo porque este dolor me deja sin aire.
No sé cuánto tiempo paso allí, rota y descompuesta. Me doy cuenta de que mis manos están temblando y agarro el volante con fuerza, como si eso pudiera ayudarme a mantenerme en pie. Enciendo el motor y comienzo el viaje de regreso a casa. El trayecto se me hace una eternidad y cada kilómetro me separa un poco más de Ales, estoy tan desgarrada por dentro que creo que jamás volverán a sanar estas heridas.
Al llegar a casa, me cambio de ropa mecánicamente, siguiendo un guion ya establecido. Cada prenda que me quito sigue impregnada de su olor y por un momento siento que no voy a poder seguir adelante.
Intento convencerme de que el mundo no se para aquí y me dirijo a la universidad para dar mis clases. No puedo permitir que este dolor afecte también a mi trabajo. Sé que mi imagen es un puro desastre, estoy congestionada por las lágrimas y será inevitable que todo el mundo se percate de ello. Y aun así quiero seguir adelante, pero cuando estoy cerca de la puerta caigo al suelo de rodillas como si todo mi cuerpo se desmoronara sin sentido, no tengo fuerzas, siento todos mis miembros como si fuesen goma y una vez más las lágrimas hacen su espectáculo íntimo y ya tan acostumbrado.

Capítulo 12

¿Qué otro remedio queda que continuar con tu vida, aunque sientas que esa vida te abandonó? Sigo respirando, sigo caminando, aunque el peso del dolor haya sido casi insoportable. Tuve que repetirme cada día, que, aunque la vida me abandonara, yo nunca la abandoné. Y en esa simple verdad encontré la fuerza para continuar, un paso a la vez, un día a la vez, esperando que el sol volviera a brillar en mi horizonte.
He estado tan ausente del mundo que al final el mundo vino a buscarme a casa. Y tras dos semanas de parón inevitable donde la depresión y el hastío me consumían volví a alzar el vuelo, pero era un vuelo rasante que apenas se despegaba del suelo.
Todos creyeron que fueron secuelas de la tragedia vivida, así que nadie puso ningún inconveniente en que me tomara ese descanso tan necesario. Sin embargo, mi madre conocía todos los detalles de esa recaída aparatosa, y sé que quería reprenderme por volver a cometer otra locura que me llevó a despojarme de las últimas fuerzas que me quedaban. Seguramente se apiadó por el estado en que me encontraba y volvió a levantarme del suelo como cuando era tan pequeña que no sabía caminar.
No he vuelto a saber nada de Ales desde entonces, bueno, quizás sea mejor así, su presencia en mi vida no hace más que atormentarme.
La vida sigue su curso, y con la llegada de la primavera, se acabaron las noches frías, y el recuerdo frío. He comenzado a salir con mis amigos de nuevo, y me ha ayudado a redescubrir la alegría en las pequeñas cosas, a recordar que aún existe la belleza y felicidad en el mundo a pesar de las sombras que lo habitan, y aunque me falta Zainab intento divertirme y pasarlo lo mejor posible. Por fin han vuelto las risas y las payasadas típicas de mí, y es que ha sido todo un consuelo que las personas que me quieren me acepten tal como soy.
Ahora me llama la atención que el descubrimiento de tener una sexualidad diferente a la norma lleve mis ojos en volandas hacia el sexo femenino. Hace tan solo un año me habría reído solo de pensarlo, y encima mis amigos me bromean diciendo que me lance a por esta o aquella otra chica.
Lo cierto es que no he vuelto a tener ninguna experiencia con otra mujer que no haya sido Ales, pero supongo que con el tiempo eso también cambiará. Solo hay que esperar a que el mañana sea un poco más brillante que el hoy.
Las clases en la universidad vuelven a ser divertidas y mi sentido del humor se ha regenerado como la cola de una lagartija. He de decir

que me lo paso en grande cuando mis alumnos se desbocan como caballos debatiendo esto o aquello otro. Es como si poco a poco todas las aguas volvieran a su cauce y los ríos revueltos se amansaran día a día.
No es que Alessandra haya desaparecido de mi vida como por arte de magia, es que estoy aprendiendo a vivir sin ella, a respirar sin su presencia constante a mi lado. Claro que todavía hay momentos en los que su recuerdo me acecha, momentos en los que me pregunto cómo estará y qué será de su vida. Pero llegar adonde estoy ahora es algo que deseé con tanta fuerza.
Hoy hace un año que regresamos a casa, y durante todo este tiempo los recuerdos se van haciendo cada vez más borrosos, es curioso como vamos perdiendo la conexión con el momento vivido, como si las experiencias se desvanecieran lentamente en la neblina de la lejanía, dejando solo rastros difusos en nuestra mente.
El tiempo, tan majestuoso en cada paso que da, parece borrar los detalles más íntimos de nuestra memoria, dejando solo los contornos vagos de lo que una vez fue real. Los rostros, las voces, los momentos compartidos se desvanecen como el humo entre los dedos, y solo quedan las emociones más intensas, impresas en lo más profundo de nosotros. A veces me pregunto si es mejor así, si es preferible dejar atrás los recuerdos dolorosos y seguir adelante con nuestras vidas. Y también sé que esos recuerdos, por borrosos que sean, forman parte de lo que somos, de nuestra historia, y negarlos sería como negar una parte de nosotros mismos. Así que hoy, en el aniversario de nuestro regreso a casa, elijo recordar. Recordar los buenos momentos, los momentos llenos de risas y complicidad, pero también los momentos de dolor y tristeza. Porque cada uno de ellos ha contribuido a hacerme quien soy hoy, y no puedo ni quiero olvidarlos.
Al llegar a mi despacho en la universidad me enzarzo en revisar las materias que me tocan para hoy. Y ahí estoy haciendo anotaciones cuando escucho unos golpes en mi puerta y con tono sereno y sosegado invito a pasar a la persona que quiere llamar mi atención.
- ¡Hola Rai! – Me fijo en el conserje sonriente y mientras me saluda deja un paquete sobre mi mesa.
- Hoy ha llegado solo esto.
- Muy bien. Gracias.
Y vuelvo a verlo salir como un rayo.
Me llama la atención ese paquete y antes de levantarme para ir a clase le doy un vistazo. Está dirigido a mí, así que no hay error posible. Busco el remitente y leo la dirección de una universidad italiana. No puede ser casualidad, pienso con sorpresa y entrando por momentos en pánico. Casi no tengo tiempo, pero no puedo esperar a saber que contiene este paquete e intento abrirlo nerviosa. Como siempre la

cinta de embalar se resiste y tengo que buscar las tijeras que están sobre mi escritorio, y cuando al final aparece la detallada portada de un libro me quedo con la boca abierta. Intento parpadear, pero lo que leo no es una alucinación “Tu nombre escrito en la arena” de Alessandra Moratti. Quiero reaccionar con la máxima normalidad, pero todo mi mundo vuelve a caerse desprendido por millones de emociones que desencadenan una gran hecatombe. La sorpresa me ha dejado sin aliento, y mis pensamientos se agolpan en mi mente, luchando por encontrar sentido a esta inesperada entrega.

Con dedos temblorosos, tomo el libro entre mis manos, sintiendo su peso familiar y el suave roce de sus páginas. ¿Qué significa esto? Las preguntas se amontonan, pero antes de que pueda comenzar a encontrar respuestas, mis ojos se posan sobre la dedicatoria. “Para Mia.”

Las palabras impresas me dejan la boca seca y el corazón galopando sin control alguno. Cada letra resuena dentro de mí con tanta fuerza que me deja paralizada, y una mezcla de emoción y miedo se agita en mi pecho mientras asimilo la magnitud de lo que acabo de recibir.

Con determinación, cierro el libro y lo dejo sobre la mesa. No puedo permitirme llegar tarde a clase, pero en cuanto tenga la oportunidad, sé que mis pies volarán para encontrarse de nuevo con esta invitación a lo desconocido.

Durante las clases, me encuentro luchando contra una creciente impaciencia que amenaza con desestabilizarme. Cada minuto parece una eternidad mientras mi mente divaga, incapaz de concentrarse en las lecciones que imparto. Mis alumnos hacen preguntas, levantan la mano en busca de respuestas y apenas puedo prestarles la atención debida. Mi cabeza está completamente absorbida por el libro que espera sobre la mesa de mi despacho.

Las horas van pasando y cada segundo lo percibo como una tortura, apenas puedo contener mi deseo de escapar de la sala y sumergirme en las páginas que aun esconden todo un mundo de secretos y revelaciones para mí. Me siento como si estuviera desconectada de la realidad que me rodea, atrapada en un estado de anticipación febril que sin remedio me está consumiendo. Y el tiempo sigue deslizándose a un ritmo agonizantemente lento.

Finalmente, anuncio el final de la última clase y mientras recojo mis cosas y me apresuro hacia la puerta algunos alumnos me interceptan para que les aclare algunos conceptos. Les pido que se acerquen a mi despacho durante la hora de tutoría, y ya sé que no voy ni a poder ni rozar el libro de Ales hasta que no llegue a casa.

Cuando voy conduciendo por fin hacia casa me digo que tengo una forma muy curiosa de olvidarme de Ales. Esa misma mañana hacía elucubraciones filosóficas sobre el tiempo y lo estupenda que me

siento en este momento y ahora regreso como una loca porque una parte de mi amada está impresa entre líneas en un libro.
No quiero valorar lo que significa, ni lo enganchada que sigo estando a Ales, no quiero reconocer que todo este tiempo no ha servido más que para calmar mi alma hasta que de nuevo a aparecido su nombre en mi vida.
Cuando entro en casa me voy directa a la ducha, parece que haya quedado para una convención y esté llegando media hora tarde porque todo lo hago lo más aprisa que puedo. Por supuesto, hoy están descartadas las quedadas, las llamadas de teléfono y todo lo que suponga estar en contacto con el mundo exterior, porque hoy tengo una cita importante con mi pasado. Hoy quiero desconectarme y darme por entero a Ales, aunque sea en la distancia, aunque sea en el simple recuerdo.
Después de ponerme cómoda y sentarme en mi sillón de lectura con un café y unos bollos, cojo el libro y vuelvo a admirar la portada de una goleta destrozada en la orilla. Colores rojo y anaranjado son el fondo perfecto para ese nombre escrito en blanco, Alessandra Moratti.
Y cuando lo abro vuelve a aparecer esa dedicatoria dirigida a mí y que vuelve a pellizcarme el corazón. Después sin querer esperar más, me sumerjo en su lectura casi temblando por la emoción.

"*El sonido ensordecedor de las olas rompiendo contra los arrecifes fue lo primero que percibí al recobrar la conciencia. Abrí los ojos con esfuerzo, estaba confusa y dolorida y en la oscuridad de la noche solo pude atisbar a ver una sombra que me ayudaba a salir del mar.*
Todo está muy borroso en aquellos primeros instantes, solo sentía que alguien mojaba mis labios y me hablaba con preocupación, ni siquiera puedo verle, era incapaz de abrir los ojos.
Aunque lo deseaba no pude recordar nada hasta unos dos días después. Estaba tumbada en la suave alfombra de hojas de un refugio, rodeada por el rumor del mar y el ruido incesante de los animales. Trataba de recordar como había llegado hasta allí, pero mi desconcierto era tal que todos los recuerdos estaban borrosos, fragmentos dispersos de imágenes y sensaciones que se desvanecían con cada intento de recuperarlos.
Entonces la vi entrar bajo la luz deslumbrante del sol. Y esa figura se movía lenta, pero con determinación hacia mí. Con cada paso su imagen se volvía más clara, más definida, hasta que finalmente pude distinguir los rasgos de su rostro. Era una mujer joven, de cabello oscuro y ojos marrones, que me observaba con una mezcla de preocupación y alivio.
Se acercó a mí con cautela, como si temiera asustarme, y pude ver con claridad su primera sonrisa.
Sentí el calor reconfortante de su mano en mi mejilla, y un destello de reconocimiento cruzó mis pensamientos. Había sido Mia quien me rescató

del mar, quien estuvo a mi lado mientras luchaba por recobrar el hilo de vida que me quedaba.
Y supe que estaba a salvo. Su presencia se convirtió como el faro en la oscuridad, como una luz guía que siempre muestra el camino hacia la seguridad y aprendí que debía confiar ciegamente en ella."

No voy a negar que sus palabras me han llegado tan adentro que me emocionan. Poder meterme en su cabeza me alivia y la siento tan cerca en este instante que tengo los ojos borrosos por unas incontenibles lágrimas. Está haciendo que reviva aquellos primeros momentos con ella como si hubieran sucedido ayer mismo.

"*Los días pasaban lentamente, marcados por el ritmo calmado de la vida en la isla. Mia me cuidaba con una devoción que nunca olvidaré, asegurándose de que tuviera suficiente agua y comida para recuperarme de las heridas que el sol y la falta de agua habían dejado en mi piel.*
Poco a poco, cada día pasado, iba recobrando fuerzas. Las quemaduras sanaban despacio, y mi piel comenzaba a recuperar su color natural. Mia estaba a mi lado en todo momento, animándome y reconfortándome cuando la desesperación amenazaba con volver a hundirme.
Fue durante esos días de convalecencia que comenzamos a explorar la isla juntas. Al principio solo cortos paseos para recoger algo de fruta y a medida que me sentía más fuerte internándonos en la profunda selva."

Leo con detenimiento como explica nuestra excursión a la cueva y relata literalmente todo cuanto sucede, me sorprende en como hace hincapié en nuestra conexión, en como bromeábamos o discutíamos, cuando trabajábamos con ahínco para conseguir comida o hacer fuego. Nuestra aventura por el manglar y sus consecuencias finales. Todo está relatado de tal forma que me veo claramente en cada uno de los momentos mencionados.
Habla de los peligros y las dificultades que enfrentamos y como la consecuencia de todo eso nos unía cada vez más. Habla de como nos apoyábamos mutuamente, compartiendo risas y confidencias, de nuestras cenas en el refugio y las largas charlas que mantuvimos. Como, a medida que nos enfrentábamos a cada desafío, nuestra amistad se fortalecía, convirtiéndonos en compañeras inseparables.
Me parece maravillosa su manera de expresarse, la delicada pincelada a cada relato y no puedo parar de leer, es tardísimo, lo sé, mañana tengo que madrugar, pero estoy tan despierta que me sería imposible dormir.

"*A medida que pasaban los días, lo que al principio había sido una intensa amistad entre Mia y yo comenzaba a transformarse en algo más profundo, más complejo.*

Cada instante compartido, cada risa compartida, cada mirada prolongada, todo ello iba creando un vínculo al que ya no podía ponerle un nombre. Sentía mi corazón acelerarse cada vez que Mia estaba cerca, y siempre buscaba cualquier excusa para estar a su lado, para sentir su presencia.
Al principio, traté de ignorar esos sentimientos, de achacarlos a la situación extrema en la que nos encontrábamos. Pero con el paso del tiempo, se volvieron demasiado intensos para ignorarlos más. Me di cuenta de que me había enamorado de Mia de una manera que nunca conocí.
Cada gesto suyo, cada palabra, cada mirada, me llenaba de una felicidad indescriptible y también de un profundo temor. Temor por arruinar lo que teníamos, temor a enfrentar la posibilidad de que mis sentimientos no fueran correspondidos. Me preocupaba perder la amistad tan valiosa que habíamos construido a lo largo de todo ese tiempo si confesaba lo que sentía. Y a pesar de todo no podía negarlo. Me había enamorado de su valentía, de su compasión, de su belleza. Y aunque me aterraba la idea de confesarle mis sentimientos, sabía que no podría seguir ocultándolos por mucho tiempo.
El momento en que nuestros labios se encontraron por primera vez fue como si el mundo entero se detuviera. Había una electricidad en el aire, una tensión palpable que solo podía significar una cosa, que Mia estaba sintiendo exactamente lo mismo que yo.
El roce suave de sus labios contra los míos fue como un bálsamo de amor incondicional, y no me importó nada más que el calor de su cuerpo junto al mío, el suave susurro de su respiración y el latido apresurado de nuestros corazones."

El impacto de descubrir que Ales ha revelado abiertamente lo que sucedió en la isla y que compartimos me deja en estado de shock. Nunca habría imaginado que sería capaz de enfrentarse al mundo de esta manera, de exponer nuestra intimidad de forma tan pública. Siento que todo mi cuerpo tiembla y que estoy en un estado de completa incredulidad.
No puedo evitar preguntarme cuáles serán las consecuencias de este libro, cómo reaccionará la gente al enterarse de nuestro amor. Aunque al mismo tiempo, me doy cuenta de que ya no me importa tanto lo que piensen los demás. Estamos rodeados de juicios y opiniones, pero ¿quién realmente tiene el derecho de juzgar los sentimientos de dos personas?
Ales ha sacado a la luz nuestra historia, me ha sacado de mi rincón cerrado y oscuro, y aunque me siento vulnerable y expuesta, también siento una extraña sensación de liberación. Por primera vez, este amor será conocido por todos, y a pesar de que eso conlleva sus propios desafíos, también es un paso hacia adelante en aceptar quiénes somos y lo que sentimos.

Ya no puedo parar de leer, es como si me fuera la vida en ello.

“Mientras el amor por Mia crecía dentro de mí, también surgía un dilema cada vez más preocupante, ¿cómo iba a lidiar con los sentimientos que aún persistían por mi marido? Cada vez que cerraba los ojos, su imagen aparecía ante mí, recordándome los momentos compartidos, las risas, las lágrimas y los sueños que habíamos construido juntos. Era una lucha encarnizada, un enfrentamiento interno entre lo que mi mente sabía que era correcto y lo que mi corazón anhelaba desesperadamente. Sabía que tenía que ser honesta con él, pero temía su reacción, temía herirlo y perder la estabilidad que había encontrado a su lado.

Pero Mia… No podía negar lo que sentía, se había convertido en mi único refugio, en la única persona que seguía dándome esperanzas para continuar y no podía ignorarlo, ni siquiera por el bien de una vida tranquila y estable con mi marido. El amor era demasiado poderoso, demasiado real para darle la espalda.

Así que mientras luchaba con mis pensamientos y emociones, también sabía que debía tomar una decisión. Una decisión que afectaría no solo mi propia vida, sino también la de aquellos a quienes amaba. Y ese dilema no podía posponerlo por más tiempo.

La primera vez que nos amamos, todo a nuestro alrededor parecía desvanecerse en la oscuridad del sufrimiento, dejándonos a solas en esa isla creada solo para nosotras. Cada roce de piel, cada susurro de amor encendía una llama en lo más profundo de nuestro ser, consumiéndonos en un fuego ardiente y desenfrenado.

Mis labios encontraban los suyos con una urgencia desesperada, como si estuviera buscando refugio en su calor, en su dulzura. Sus manos recorrían mi cuerpo con una suavidad que me hacía temblar, y en ese instante supe que no había vuelta atrás. Cada beso, cada caricia, era una promesa susurrada, un juramento. Y cuando nuestros cuerpos se fundían en uno solo, el universo entero parecía detenerse para contemplar la belleza de nuestro amor.

Eran momentos mágicos, instantes de pasión desenfrenada. Y entonces supe que nunca volvería a ser la misma, que Mia había dejado una marca imborrable en mi corazón para siempre.

La felicidad que siguió fue como un sol brillante que iluminaba cada rincón de mi vida. Los días estaban impregnados de nuevas sensaciones y emociones, todas ellas alimentadas por el amor que sentía por Mia. Era como si todo en mí cobrara vida de nuevo, como si cada pequeño detalle estuviera embutido de algo especial y maravilloso.

Me desconcertaba la intensidad de mis sentimientos, la forma en que Mia había conseguido abrir puertas en mi corazón que creía selladas para siempre. Y al mismo tiempo, era mágico descubrir cada matiz de este nuevo amor que se abría ante mí. Cada mirada me recordaba lo

afortunada que era de haber encontrado estos sentimientos tan puros y genuinos.
Éramos cómplices de nuestras sonrisas, de las largas conversaciones y dulces momentos de intimidad. Éramos cómplices de cada beso, del tiempo que pasábamos juntas y de ese lugar donde solo existíamos nosotras dos en un instante en el tiempo detenido para ambas."

Las lágrimas ya son imparables, tengo que separar el libro de mis manos y me deshago en un llanto desesperado, Ales está confesando su amor por mí ante el mundo y mi perplejidad es abrumadora. La creí cobarde, la creí honrada, a veces la enviaba al infierno y otras me conmovía su fidelidad, lo difícil que le estaría resultando batallar con este dilema, pero de veras, nunca creí que se desnudaría así, enfrentando a las habladurías que todo esto iba a provocar, rompiendo con cualquier lazo de cordura.
Estoy ilusionada porque sus sentimientos eran reales, y también comprendo mi parte de culpa para lanzarla desde este precipicio sin piedad. Mis últimas palabras fueron tan hirientes, tan desgarradoras.
No puedo seguir leyendo, tengo un peso tan grande en el pecho que no me deja respirar. Y camino hacia la cama para zambullirme a placer en las sombras que me rodean, para dejarme vencer una vez más.

* * *

"*Al ser rescatadas, viví una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado, sentía alivio y gratitud por haber sido salvadas y por tener la oportunidad de volver a mi vida anterior, a mi familia, a todo lo que conocía y echaba de menos. Pero al mismo tiempo, una profunda tristeza se apoderó de mí al tener que dejar atrás la realidad que había compartido con Mia.*
El regreso a todo lo conocido suponía el regreso a mi vida anterior, a mis carencias y a todo lo que me acompañaba diariamente. De pronto me encontré entre dos mundos, entre dos realidades que parecían irreconciliables. Volvía a mi vida cotidiana con sus rutinas y sus responsabilidades. Y dejaba lejos mi mundo con Mia, un mundo de libertad, de descubrimiento y de amor absoluto.
A medida que pasaban los días, me di cuenta de lo difícil que sería integrar estas dos realidades en mi vida. Y aunque amaba a Mia con todo mi ser, comprendía también que tenía compromisos sellados y promesas que debía cumplir. Traté de encontrar un equilibrio entre estos dos mundos, convencerme que toda la experiencia vivida se quedaría atrás en el tiempo y todo volvería a ser tal y como era antes. Pero confrontar decisiones tan difíciles no estaba en la lista de cosas por hacer y el sacrificio se convirtió en algo demasiado doloroso.
Quería aparentar el retorno a mi vida conocida y tranquila, como si nada

en mi interior hubiera cambiado, como si no temiera despertar con los ojos empañados en lágrimas y mi humor no estuviera por los suelos. Y fue una lucha salvaje y continua, intentar una desconexión imposible que no hacía más que rebelarse a todas horas.
Tenía a Mia grabada a fuego en mi piel, soñaba con su olor, su sabor, soñaba con los instantes más íntimos como si fueran a volver de un momento a otro. Y me debatía entre lo correcto y lo que en definitiva podía hacerme feliz. ¿Podía comportarme de una forma tan egoísta? ¿Podía pensar solo en mí y dejar atrás años de proyectos con mi marido? La respuesta hasta ese instante siempre fue, no."

Después de un largo y agotador día he vuelto a los pensamientos de Ales. Estoy tumbada en mi cama apoyada a un gran cojín y con la tenue luz de la mesita de noche.
No sabría describir exactamente lo que siento. Lo que creía perdido ha vuelto a mi vida de repente, y lo hace con una fuerza que me deja desconcertada. Me pregunto qué espera Ales que haga ahora. ¿Quiere que salga corriendo a su encuentro, que retomemos lo nuestro dónde lo dejamos, o simplemente quiere que ignoremos lo ocurrido y sigamos adelante como si nada hubiera pasado? ¿Cuáles eran sus pretensiones al enviarme el libro?
La falta de sueño y todas estas emociones me tienen al borde del colapso. Necesito ordenar mis pensamientos y decidir cómo enfrentar esta situación, aunque la incertidumbre de lo que desea Ales me tiene completamente en vilo.
Retomo la lectura donde la dejé, y me paso la primera hora inmersa en sus páginas hasta que llego a un capítulo que me desarma por completo.

"Y entonces llegó la oportunidad de volver a verla, de tener en un solo día toda la ausencia acumulada, y nada pudo detenerme cuando al tenerla frente a mí de nuevo la amara y la deseara como lo hice. Nada consiguió impedir que todo mi cuerpo hirviera con su contacto, que se despertaran mis instintos más primigenios y salvajes, hubiera querido poseerla eternamente. Que nada en este mundo nos hubiera separado nunca más. Pero Mia tan fiel a sus principios acaba con todas las ilusiones que traía conmigo, me siento asqueada y egoísta al pedirle que sigamos juntas de forma ocasional, quiero tenerlo todo y ni siquiera puede pensar en ser las sobras de nadie. Le hago daño y me arrepiento, ella no se merece un amor a medias, un amor oculto entre paredes de hotel y visitas precipitadas. Y acepto su súplica de dejarla en paz, de alejarme para siempre de su lado.

A mi llegada a casa, no quiero seguir mintiendo, toda mi lucha por recuperar un amor extinguido se acaba, no pretendo causar dolor, no quiero decepcionar a nadie, pero cuando me miro en el espejo veo mi

propia decepción reflejada en mis ojos y ya no lo soporto, no quiero continuar con una burla a la inteligencia de nadie, ni siquiera a la mía. No quiero mentir ni actuar en un drama que me conmueve cada día y no quiero seguir llorando entre penumbras ignorando lo que cada día me grita el corazón."

Capítulo 13

Estoy atrapada entre una multitud de periodistas y cámaras que me acosan sin piedad. Mis intentos para esquivar las preguntas incisivas y las luces brillantes de los flases son en vano, y a cada paso que doy parezco atraer aún más atención.

Cada vez que salgo de casa, me veo rodeada de una avalancha de reporteros ávidos por obtener la última primicia sobre mi relación con Ales. Las redes se han vuelto un hervidero de comentarios y opiniones sobre el libro y la revelación del amor que dice sentir por mí, y yo como si estuviera en el centro de un huracán temo ser absorbida y vapuleada sin conciencia.

Por más que intento mantener la calma y seguir adelante con mi vida, el constante escrutinio público y algunas críticas feroces me están desgastando lentamente. Me siento vulnerable y expuesta, como si todos pudieran ver a través de mí y juzgarme por mis acciones y decisiones más íntimas

A medida que el escándalo cobra más fuerza en los medios de comunicación y las redes sociales, me veo obligada a enfrentarme a la realidad de que mi vida privada ya no me pertenece. Estoy atrapada en un sinfín de chismes y especulaciones a cuál más lejana a la verdad y todo esto ya comienza a derrumbarme de nuevo.

La avalancha de llamadas y solicitudes de los medios de comunicación me acosan sin descanso. Cada vez que miro el teléfono, veo una lista interminable de mensajes de periodistas y agentes de prensa que buscan obtener mi versión de la historia. Incluso el telediario público dedicó un segmento a la aparición del libro y yo me veo radiografiada ante el planeta entero. Lo que comenzó como una relación clandestina se ha convertido en el centro de atención de los medios y las redes y yo me siento completamente desbordada ante toda esta presión.

Desesperada por encontrar algo de respiro he buscado refugio en mis padres. Y es en su compañía cuando encuentro un poco de paz y normalidad en medio del caos en que se ha convertido de nuevo mi vida.

- Hemos estado viendo las noticias y parece que las cosas se han vuelto un poco locas por ahí.

Veo a mi padre un poco más serio que de costumbre.

- Hoy ha sido un día realmente terrible. No dejan de llamarme pidiendo entrevistas y ya no sé cómo evitarlos.

- Debe ser muy difícil lidiar con toda esa atención no deseada.

- Solo quiero que se olviden y todo termine de una vez. Quizás podría

quedarme unos días en casa para alejarme un poco de todo este caos.
- Claro, por supuesto. Tu habitación está lista. ¿Has sabido algo de Ales?
Solo oír su nombre transforma mi cara.
- Ha intentado hablar conmigo de todas las maneras posibles, pero estoy tan enfadada que no quiero actuar de forma impulsiva y terminar diciendo algo de lo que me arrepienta después.
- ¿Ha intentado contactarte?
Vuelve a reincidir mi madre.
- Sí, ha llamado varias veces, incluso ha enviado mensajes tratando de disculparse y explicar su lado de la historia. Y sinceramente, no sé si estoy lista para escuchar lo que tiene que decir.
- ¿No deberías dejar que se explique por lo menos?
- ¿Para decirme qué? Me ha puesto en un paredón de fusilamiento y todo el mundo dispara balas sin saber el cómo ni el por qué.
- No sé, hija. Tal vez tenga su lado de la historia que no conocemos. Podría ser importante escucharlo antes de sacar conclusiones.
- Pero, papá, ¿cómo puedo siquiera considerar escuchar a alguien que ha decidido hacer pública nuestra intimidad sin mi consentimiento? No puedo simplemente ignorar eso.
- Entiendo tu punto de vista, pero también es importante mantener la mente abierta. No sabemos qué la llevó a hacerlo.
- Sí, quizás tengas razón. Lo que pasa es que sinceramente, solo quiero alejarme de todo esto y tomar un respiro.
- Eso es comprensible. Haz lo que sientas que es mejor para ti.
- Creo que aprovechando las vacaciones voy a salir del país. -Y mis padres me miran temerosos- a ver, tranquilos, no va a pasar nada.
- ¿Adónde piensas ir?
Ese tono de mi madre no ha sonado para nada relajado.
- Barajo ideas. Tal vez un lugar donde me entretenga lo suficiente para poder desconectar de toda esta locura.
- ¿Y no crees que deberías quedarte aquí y enfrentar esto? - Inquiere mi padre también con tono serio.
- Lo siento, pero ahora mismo necesito un respiro. No puedo lidiar con toda esta presión.
- Bueno, si eso es lo que necesitas, está bien. Pero asegúrate de mantenernos informados y cuidarte.
Mi madre sigue preocupada.
- Lo haré.
He silenciado el móvil y esta noche he podido dormir más tranquila. Después de desayunar voy a entrar en internet. Buscaré algún viaje que no sobrepase mi presupuesto y me convenza lo suficiente. Igual hasta tengo suerte. Hasta he pensado en hacer una llamada de teléfono a Marta y Javier para que me acompañen por esos mundos de

Dios.
Conocí a estos dos locos cuando estudiamos la carrera y desde entonces hemos seguido viéndonos. Al final se casaron y por supuesto estuve en su boda, muy bonita y entrañable, por cierto.
Les encanta viajar y por eso enseguida pensé en ellos, la verdad es que no deseo ir sola a ningún lugar, prefiero la compañía y el calor de las personas que me aprecian a seguir pasando horas solitaria y aburrida.

* * *

Al llegar al aeropuerto, me siento contrariada por la mezcla de recuerdos que se me vienen de golpe a la cabeza. Miro a mi alrededor y veo las mismas terminales bulliciosas y activas de siempre, las puertas de embarque con sus pantallas electrónicas parpadeantes y el ir y venir constante de pasajeros.
El sonido de las conversaciones animadas, el zumbido de las maletas rodantes y el anuncio de vuelos por los altavoces me transportan a los numerosos viajes que he hecho durante todos estos años. Sin embargo, hoy dejo el trabajo atrás y busco con la mirada a mis amigos Marta y Javier que están tomando café esperando mi llegada.
Después de los abrazos y los besos tan exagerados como siempre, comienzo a hablar sin poder poner freno.
- ¡Chicos, no puedo creer que finalmente estemos haciendo este viaje juntos! Va a ser increíble.
- ¿Sabéis que estoy hasta emocionado?
- Seguro que será inolvidable.
- Espero que nada tan inolvidable como pasó con mi último viaje.
Marta y Javi se quedan muy serios y yo al verles las caras lanzo una carcajada sin poder evitarlo.
- Será una aventura inolvidable -Dice Marta sonriente- Aunque espero que no tan inolvidable.
Y nos reímos los tres.
Pasados los primeros minutos de una conversación intrascendente, Marta me mira seria y de pronto baja la mirada hacia su taza de café. Yo me extraño por ese gesto y la contemplo a la vez preocupada.
- Hay algo que necesito decirte…
- ¿Qué pasa? ¿Estás bien?
Mi amiga parece nerviosa, jugueteando con sus manos antes de finalmente tomar aliento y hablar.
- Compré el libro de Ales. Y lo leí.
Y yo me quedo sin palabras por un momento, pensando que realmente pasaba algo malo.
- ¡Joder tía! Me has asustado.
- Lo siento. No sabía cómo decírtelo.
- ¿Tanto te incomodaba decírmelo? Sabiendo lo que te gusta el cotilleo

lo raro es que no te lo hubieses leído.
Como siempre le quito importancia al hecho e intento tranquilizarla.
- Bueno sí. Tenía curiosidad por saber más sobre lo que pasó en la isla, sobre tu historia con Ales.
- La misma curiosidad que tiene medio mundo, no te preocupes.
- Quizás no debería haberlo hecho sin tu consentimiento.
- ¡Qué dices loca! A estas alturas todo el mundo que me conoce ya lo ha leído. Bueno, y ¿qué opinas del libro?
- Es… intenso. Impactante. Me hizo ver las cosas desde una perspectiva completamente diferente. Puedo entender mejor lo que pasaste en la isla y lo que significó vuestra relación. Pero también pude ver lo difícil que ha debido ser para ti enfrentarte a todas esas emociones y recuerdos ahora que el libro está en el centro de atención.
- No es fácil, la verdad.
- Nos habías contado tu historia con Ales, pero plasmar los sentimientos de esa manera es muy diferente. Nadie cuenta de una forma tan íntima todo lo vivido con alguien por puro placer de hacerlo.
- No sé si para mi desgracia, la verdad.
- ¿De veras no te alegras que reconozca estar loca por ti?
- Si te digo que no estoy conmovida es mentira. También quiero a Ales. Sé que todo esto ha sido confuso y complicado, pero no puedo negar lo que siento. Ella es una parte importante de mi vida y aunque sé que las cosas han cambiado y las circunstancias nos han separado, el amor que siento por Ales sigue ahí. Es difícil de explicar.
- Si te sientes así, ¿por qué estás empeñada en huir? Ales ha dejado muy claro lo que siente por ti. Ha dejado a su marido y se lo ha dicho al mundo. ¿Qué necesitas más?
Marta siempre ha tenido la capacidad de ponerme nerviosa con sus comentarios y reflexiones y no tengo ni idea de qué decirle porque siempre tiene razón. De pronto, una serie de personas comienzan a hacer corro bastante cerca de donde estamos y mis nervios se multiplican.
- Creo que me están reconociendo. Esa gente está sacando fotos con el móvil.
- ¿De veras?
Javi se gira y los mira, y yo no sé dónde meterme.
- Va a pasar tiempo hasta que toda esta historia se olvide.
- Deberíamos intentar mantener la calma y hacer como si no pasara nada.
Dice Javi tan convencido que hasta me lo creo.
- Si no podemos evitar que la gente hable, sí podemos elegir cómo reaccionamos ante ello. Vamos a centrarnos en nuestro viaje y disfruta

de cada momento Mia.
Creo que lo mejor es mantener la calma cuando se acercan dos chicas y me piden que me haga una foto con ellas. Estoy tan alucinada que no doy crédito a lo que está pasando. Es extraño como cambia la percepción de las cosas cuando pasas de sentirte agredida a admirada en cuestión de segundos.
Me cuentan que están casadas y que es una pena que no pueda firmarles el libro. Estoy tan anonadada que sin pensarlo saco una pequeña libreta que siempre llevo en el bolso y les escribo una cariñosa dedicatoria. Para Noa y Cris, me dicen sonrientes.
Marta y Javi sonríen y yo no quepo en mí de gozo.
Mientras miro por la ventanilla del avión, una sensación de nostalgia me envuelve. El paisaje del mar vuelve a traerme recuerdos del pasado, de los días vividos junto a Ales y la intensidad que compartimos. Sus palabras impresas en el libro resuenan en mi mente, y traen consigo una profunda añoranza difícil de describir.
En medio de la agitación del vuelo y las conversaciones de Marta y Javi, me sumerjo en mis pensamientos, sopesando la posibilidad de volver a encontrarme con Ales. Me pregunto qué estará haciendo ahora, si también estará de viaje en algún lugar aprovechando sus vacaciones, o si estará ocupada con otras cosas.
Desde que Marta me preguntó qué sentía yo por Ales la idea de encontrarme con ella ya no ha dejado de tomar forma en mi cabeza, y esa idea me parece tentadora y al mismo tiempo me aterra volver a sufrir, siento un deseo ardiente de volver a verla, de abrazarla y hablar durante horas, sin embargo, no puedo olvidar todos estos meses agónicos que aún intento dejar atrás.

* * *

Han sido seis días de libertad y esparcimiento plenos. Siento que vuelvo con energía renovada y el ánimo por las nubes. Marta y Javi como siempre, han sido una compañía excepcional durante todo el viaje. Juntos hemos recorrido las calles de Londres explorando cada rincón interesante, descubriendo nuevos lugares que no conocía de mis anteriores visitas a la ciudad y sumergiéndonos en la cultura y el ambiente.
Cada día ha estado lleno de aventuras y momentos inolvidables. Hemos visitado lugares emblemáticos y hemos paseado por sus barrios, disfrutando como chiquillos de cada instante. Pero más allá de los lugares, lo que traigo conmigo es el tiempo compartido, las risas, confidencias y las largas conversaciones que han creado un recuerdo que perdurará para siempre.
Lo más increíble fue ver en todas las librerías el libro de Ales como top ventas y la sensación de que una parte de mi vida estuviera

expuesta al mundo.
A mi regreso a casa parece que los paparazis se han cansado de hacer guardia ante el portal y con un profundo suspiro doy gracias de que al fin me dejen respirar.
Estoy cansada y después de darme una ducha y cenar algo ligero, veo el libro de Ales sobre el sofá, la única intención al volver a cogerlo es ver su fotografía impresa en el reverso. Qué estúpida me siento cuando comprendo que cada paso que doy alejándome de ella es una condena en vida. Cuantos kilómetros he de correr en dirección contraria para darme cuenta de que su nombre seguirá persiguiéndome allá donde huya. No sé en qué momento cojo el teléfono, ni como marco su número. De pronto solo escucho un tono insistente de llamada y una voz que contesta algo alterada.
- ¿Mia?
- Ciao cara.
- ¡Oh, Dio!
Exclama Ales, su voz tiembla ligeramente, como si el eco de mis propias palabras resonara en ella. Hay un breve silencio, como si ambas estuviéramos tratando de encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentimos.
- ¿Cómo estás?
Pregunta finalmente Ales, rompiendo el silencio tenso.
- No lo sé. -Es mi sincera respuesta. – Confundida, supongo.
Puedo sentir el peso de la distancia entre nosotras, la barrera invisible que se ha levantado tras el caos desatado por la publicación del libro.
- Lo siento. No debería haberte involucrado en esto.
Y por un momento siento un destello de ira. ¿Involucrarme?
- ¿Por qué lo has hecho? -Mi voz de pronto suena más fría de lo que pretendo. - ¿Por qué sacar nuestra historia a la luz de esta manera?
- Lo siento, Mia. -Responde Ales, su voz quebrada, no sé si por el remordimiento o la metedura de pata. – No lo hice con la intención de lastimarte. Solo quería… que el mundo supiera la verdad.
- Pues muchas gracias por hacerme la vida aún más complicada.
- No lo entiendes, Mia. -Me susurra.
- No se trata solo de decir la verdad, se trata de confianza, de respeto.
Hay otro silencio incómodo, cargado de todo lo que no nos atrevemos a decir en voz alta.
- Lo siento. -Repite Ales una vez más, su voz apenas un susurro ahora. – Lo siento mucho.
Y aunque quiero creer en sus palabras, el dolor y la rabia siguen ardiendo dentro de mí, alimentando la brecha que sigue abriéndose entre nosotras.
- ¿Qué pretendías? ¿Entrar en el puesto de top ventas?
- No seas cruel, por favor. Necesitaba que entendieras. Solo ha sido

una forma de decirte que eres lo mas importante de mi vida.
Esas palabras se clavan en mi cabeza, y lucho por encontrar un lugar entre el enojo y el amor que todavía siento por ella.
- Puedo entender, Ales. Pero esta no ha sido la mejor manera de hacerlo. Has expuesto nuestra intimidad ante todos sin pensar en las consecuencias.
Hay otro silencio incómodo, y sé que ambas luchamos por encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que sentimos sin hacernos más daño.
- Jamás estuvo en mi intención causarte ningún problema. – Murmura finalmente, su voz llena de pesar. – No sé cómo arreglar esto, pero haré lo que sea necesario para intentarlo.
- Sabes que ya no puedes arreglar nada. ¡He tenido que huir de Barcelona para que me dejaran en paz! – Quiero creer en sus palabras, quiero creer que su amor es sincero y que juntas podemos superarlo todo, pero este estúpido dolor sigue impidiéndome ver con claridad. – Necesito tiempo, Ales. -Casi susurro- No puedo prometerte nada ahora mismo.
Puedo sentir el nudo en mi garganta, la lucha interna entre el deseo de perdonar y el miedo a ser herida de nuevo.
- Lo entiendo. Te daré todo el tiempo que necesites.
Por ahora es todo lo que puedo ofrecer. Tiempo. Tiempo para sanar, tiempo para perdonar, tiempo para volver a encontrarnos.

Capítulo 14

Me he pasado todo un día buscando documentación sobre Ales en internet. Hace más de una semana que hablamos por última vez y he aprovechado estos últimos días de vacaciones para averiguar lo que ha estado sucediendo en su país.

Desde su rescate ha pasado de ser la heroína a la gran villana y esto me ha dejado perpleja. No tenía ni idea de la guerra mediática producida por todos los acontecimientos en la vida de Ales y algunos titulares hacen que me hierva la sangre.

Ha habido manifestaciones en pro de los derechos LGBTQ+ y manifestaciones en contra, todo el país ha debatido, se ha escandalizado y ha dado su opinión sobre algo que no tiene nada que ver con ellos. Y lo peor de todo han crucificado a Ales por pasar de amante esposa a vulgar infiel.

Se me cae el alma solo de pensar en el infierno que es su vida ahora, en lo complicado que ha debido ser para ella verse juzgada y sentenciada por mostrar su intimidad públicamente, y yo creyéndome perseguida, en comparación he vivido la parte dulce y menos dramática de todo este lío.

La prensa rosa la ha perseguido incansable robando imágenes de su vida cotidiana, también ha sido un infierno para Fabrizio, pero es que cada infierno tiene sus propias consecuencias y él para su desgracia ha sido el tercero en discordia.

No quiero ni imaginar las consecuencias que todo esto ha debido de producir en sus familias. Verse expuestos así ha tenido que ser tan irritante como doloroso. Incluso la noticia saltó a todos los periódicos más prestigiosos del país y la televisión pública.

Ahora siento que la presión mediática ha sido tan feroz que Ales no se merecía algo así. Ya no es cuestión de preguntarse si se equivocó o no, sencillamente todo el mundo tiene derechos, pero los de Ales han sido mutilados y vapuleados del norte al sur de Italia. Y lo peor es que yo misma me he unido a ese juicio y no lo soporto.

Me doy cuenta de que no puedo seguir esquivando la responsabilidad de mis propias acciones. He contribuido a este caos al permitir que la ira y la frustración nublen mi juicio. Ahora, más que nunca, siento la necesidad de rectificar mis errores y buscar la forma de apoyar a Ales en medio de esta tormenta mediática.

He decidió tomar medidas para enfrentar esta situación de frente. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras la persona que amo sufre. Es hora de asumir mi propia responsabilidad de lo sucedido. Sé que debo estar allí para Ales, para apoyarla y recordarle que no está

sola en esta batalla.
Descubro que está recorriendo el país con la firma del libro y aún admiro más su coraje y determinación. Es la persona más valiente que he conocido nunca.
El día siguiente pasa volando mientras organizo frenéticamente mi viaje a Roma. He reservado un vuelo y un hotel en la ciudad y reconozco que tengo los nervios a flor de piel. Cada momento cuenta, y no puedo permitirme perder la oportunidad de estar allí para Ales.
Mientras preparo la mochila y voy recogiendo cosas que necesito me vienen a la cabeza imágenes de Alessandra firmando su libro, rodeada de admiradores. Su cara a pesar de todo está sonriente y agradece a sus seguidores estrechándoles la mano. Y luego vuelvo a recordar los vídeos donde huía de los periodistas sin contestar a ninguna pregunta. Ahora me duele mi actitud y que yo también le diera la espalda.
El vuelo hacia Roma es breve, pero ha salido con mucho retraso, ahora estoy impaciente y nerviosa de poder llegar a tiempo a la firma y cuando cojo un taxi en dirección a la librería donde se está produciendo el acto repaso una y otra vez lo que quiero decirle e incluso veo la escena con nítida claridad.
Está oscureciendo cuando el taxi me deja en la puerta de la librería y veo las persianas del exterior a medio bajar. Entonces temo que Ales ya se haya marchado cuando observo como se inicia el motor de subida de la persiana y alguien sale del interior. Me acerco a la puerta e intento entrar, pero hay una persona que está volviendo a cerrar con llave por el interior del local. Le muestro el libro que llevo en la mano y me hace con señas que la firma ha terminado, pero cuando miro hacia el interior veo a Ales hablando con una mujer muy distinguida y de porte serio, no tengo ni idea de quien puede tratarse y vuelvo a mirar casi suplicante a la persona que está detrás de la cristalera, abro el libro y le indico la dedicatoria. Entonces me señalo a mí misma esperando que entienda lo que quiero decirle e increíblemente lo hace. Veo como vuelve a girar la llave y abre la puerta. Una sonrisa de agradecimiento ilumina mi rostro cuando al fin puedo traspasar el umbral y me adentro en el antiguo edificio.
Y me dirijo decidida hacia donde se encuentra Ales, sigue charlando y creo escuchar que conversan sobre las ventas del libro. Estoy muy nerviosa y mi corazón late deprisa. A unos tres metros de distancia Ales se da la vuelta, seguramente ha presentido que alguien se acercaba y sus ojos se encuentran con los míos, su expresión se transforma en sorpresa. Puedo ver el asombro reflejado en su rostro, pero también una chispa de alegría que no puedo ignorar. De golpe se ha quedado muda y la mujer que habla con ella me mira extrañada, pero ya no me importa nada ni nadie y vuelvo a convertir el universo en un mundo de solo dos personas.

- Mia… - murmura, apenas creyendo lo que ve.
- Hola, Ales. - respondo, tratando de mantener la calma a pesar de los acelerados latidos de mi corazón.
La mujer que está con ella me mira con curiosidad, pero decido ignorar su presencia. Mis ojos se centran únicamente en Ales.
- Disculpa, mi vuelo se ha retrasado y vengo directamente del aeropuerto. He traído mi libro para que me lo dediques. - confieso, sintiendo el peso de mis palabras en el aire tenso entre nosotras.
Ales parece aturdida, sin saber qué decir. Puedo ver la lucha interna en sus ojos, la misma lucha que yo he estado librando desde que recibí su libro.
- No esperaba verte aquí - dice finalmente, su voz cargada de emoción y sorpresa.
- Lo sé, tampoco estaba segura de venir, pero necesitaba verte.
Trato de expresar lo que siento sin dejar que los nervios me dominen por completo. Y Ales asiente lentamente, como si estuviera procesando mis palabras. La mujer que la acompaña nos observa con interés, está muy claro que ya sabe quien soy y una casi perceptible sonrisa curva sus labios.
- ¿Cómo estás? -me pregunta, rompiendo el breve silencio que se ha formado entre nosotras.
- Confundida, supongo. Todo esto ha sido demasiado para mí - admito con sinceridad y dejando que mi vulnerabilidad se refleje en mis palabras.
Ales parece comprender, y un destello de tristeza cruza por sus ojos. Sé que esta situación nos ha afectado a ambas de maneras que aún estamos tratando de entender.
- Lo siento. No quería causarte más problemas – murmura, con un gesto de arrepentimiento en el rostro.
- No se trata de eso. Creo que necesitamos hablar – digo, mirándola directamente a los ojos. - ¿Me firmas el libro?
- Por supuesto, estaré encantada de hacerlo. – responde con una sonrisa suave, aunque puedo percibir una sombra de tensión en su expresión.
La mujer que la acompaña observa la escena y decide dar un paso atrás para darnos espacio.
Ales toma el libro de mi mano con cuidado y abre la portada con delicadeza. Luego la veo escribir un sencillo “Ti Amo”.
- Espero que te haya transmitido lo que quería decirte – murmura mientras termina de firmar.
- Lo ha hecho. Ha sido una sorpresa, pero estoy agradecida por ello – respondo con honestidad.
Ales me entrega el libro con una suave sonrisa, y por un momento, nuestros dedos se rozan ligeramente. Es un instante fugaz, pero

suficiente para enviar un escalofrío por mi espalda.
Y así, en medio de la librería casi vacía me acerco sin poder evitarlo y la atraigo hacia mí cogiéndola por la cintura. Si llamamos la atención no me importa en absoluto, solo quiero sentirla cerca, he esperado demasiado tiempo para esto. Ales me mira a los ojos sin esperar esta reacción por mi parte y mientras la abrazo sus brazos rodean mi cuello con suavidad, y puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío. Y lo recibo con la satisfacción de tenerla de vuelta en mi vida. Solo somos Ales y yo, y ya todo lo demás no me importa nada.
Nos mantenemos abrazadas, incapaces de apartarnos la una de la otra. El tiempo está detenido y nos permite este fugaz instante de intimidad.
Nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su aliento mezclándose con el mío y cierro los ojos, dejándome llevar por esta sensación que he echado tanto de menos.
Nadie dice una sola palabra, hay muy pocas personas aquí y todas ellas trabajan en esta librería. Supongo que estamos obsequiándolos con un bonito reencuentro típico de las pelis románticas, pero ya no me importa nadie más que no se llame Alessandra y busco sus labios por fin, después de tanto tiempo. Anhelando ese contacto que tanto he extrañado. El pulso se acelera en mi pecho, cada latido resonando con fuerza en mis oídos y sé que ella está sintiendo lo mismo.
- He soñado cada día con este momento. – Susurro entre sus labios.
- La gente nos mira.
- Acostúmbrate cariño porque no nos van a dejar vivir durante mucho tiempo. – Y me rio con suavidad.
- Aún no creo que estés aquí Mia.
- Hasta hace pocos días yo tampoco lo hubiera imaginado.
Ales me da otro beso rápido.
- Ven, quiero presentarte a mi agente.
Caminamos hacia ella cogidas de la mano y me siento feliz después de mucho tiempo.
- Francesca, te presento a Mia.
- Me alegro de conocerte por fin.
- Encantada.
Francesca sonríe con amabilidad mientras nos estrechamos las manos en un gesto de saludo cordial. Su mirada parece evaluar la situación con curiosidad.
- El placer es mío.
Ales interviene con entusiasmo, enlazando nuestros brazos en un gesto de complicidad.
- Bueno, ya conoces a la otra parte de la historia.
- Y es un gran orgullo para mí, te lo aseguro. Estoy feliz de que por fin todo se haya solucionado entre vosotras.

Ales me mira con sus ojillos más tiernos y yo me siento más enamorada que nunca.
- Creo que deberíamos retirarnos ya, estas personas están deseando irse a casa.

* * *

Hemos amanecido con la cama tan revuelta que me dan ganas de reírme a carcajadas. Creo que estoy soñando cuando veo a Ales tumbada a mi lado aún dormida y tan bella que me deshago como un helado.
La luz suave de la mañana se filtra por las cortinas entreabiertas, iluminando delicadamente la habitación y resaltando los suaves contornos de su rostro. Observo cada rasgo, tan tranquilo y sereno en el sueño, y me maravillo de lo afortunada que soy de tenerla a mi lado.
Recuerdo los momentos de intimidad compartidos durante la noche, los susurros de amor, las caricias tiernas y su suave sonrisa al sentir mis besos. Cada momento juntas parece haberse fundido en un remolino de sentidos mezclados y aturdidos por la intensa pasión, dejándome con una sensación de plenitud y felicidad que extrañaba tanto.
Y aún hay una punzada de miedo, a esa voz interior que me recuerda lo frágil que es todo esto en realidad, lo fácil que sería volver a perderlo todo. La vida me ha enseñado que nada es seguro, que el amor puede desaparecer en un instante, volviendo a dejarme el corazón roto y las ilusiones hechas añicos.
Pero quiero aferrarme a este instante, a esta sensación de felicidad que me embarga ahora y disfrutar de cada segundo junto a Ales dejando atrás las largas horas de hastío y desesperación.
Quiero acercarme lentamente a ella, sentir el calor de su cuerpo junto al mío, y me permito perderme en el suave susurro de su respiración, sabiendo que este momento es todo lo que necesito para ser completamente feliz. Porque entre sus brazos, todo parece estar en el lugar adecuado.
La veo abrir los ojos y me mira sonriente y ya no espero, porque el paso del tiempo tampoco lo hace.
Nuestros labios se encuentran en un beso cargado de emoción y deseo, un beso que sabe a todas las palabras no dichas durante tanto tiempo. Es como si cada momento de distancia se disipara en un solo instante, dejando solo espacio para este amor desesperado.
Siento la suavidad de sus labios contra los míos, el calor de su aliento acariciando mi piel. Es un beso que parece durar una eternidad y al mismo tiempo pasa demasiado rápido. Y me olvido de todo lo demás, sumergiéndome por completo en la dulce sensación de tenerla cerca.

Los sonidos a nuestro alrededor se desvanecen, dejando solo el susurro de nuestras respiraciones entrelazadas y el latido frenético del corazón.

Y mientras nos besamos, sé que este reencuentro marca el comienzo de algo nuevo entre nosotras, algo que ni siquiera el tiempo ni la distancia ha conseguido romper. Es un amor que ha resistido pruebas difíciles y ahora, finalmente, ha encontrado su camino de regreso a casa.